

## PRESENTACIÓN

*Parece un cuento. Y lo es. En el sentido de que todo cuento, el más fantástico y aparentemente irreal, echa raíces en la fabulosa tierra de la realidad. Las cartas de Boris Pasternak que aquí publicamos pertenecen también a esta doble perspectiva de la vida, hecha de encuentros, de pequeños estallidos cotidianos, de avencruces de fronteras, tos cuales, enfocados bajo su simple unicidad cotidiana, no quieren decir nada o muy poco. Reunidos en un volumen, en algo que los aune y los haga perceptibles en su común significación ascensional, se transforman de repente en una novela, quiero decir en un conjunto simbólico y representativo, en un peso vital.*

*Toda existencia humana es, bajo este aspecto, una novela, y cada aventura un capítulo palpitante, un escalón hacia el más arriba, donde todo se junta con el fin de formar nuestra unidad definitiva, nuestro paréntesis fenomenológico.*

*Así estas cartas. Una joven poetisa alemana, Renata Schweitzer, al escuchar un día la lectura radiofónica del capítulo «La muerte de Jiva-*

go», transmitida por una emisora alemana, escribió una carta a Pasternak e incluyó en el mismo sobre algunos de sus poemas. Esto sucedió el 13 de marzo de 1958. En aquellos días empezaba a cruzar los mares de la notoriedad la nueva y extraordinaria carabela del «Doctor Jivago». El 10 de abril, Renata Schweitzer recibió la primera respuesta. En el otoño del mismo año, Pasternak fue galardonado con el Premio Nobel y excluido de la Sociedad de Autores de su país. El escándalo —ni el primero ni el último dentro de la pseudo república oficial de las letras contemporáneas— dio la vuelta al mundo y Pasternak se transformó en amigo o en enemigo del género humano, según el matiz político que se le otorgaba. Lo literario se unía, en injustas nupcias, con la política. De los dos esposos, por suerte, sobrevive siempre el primero.

Poco a poco, esta correspondencia forma, por encima de los dramas oscuros y sangrientos que constituyen la historia de aquellos años, un lazo humano, luego un idilio platónico, entre la joven poetisa alemana y el gran poeta y novelista ruso, como si quisiera enseñar a sus contemporáneos cuál era el verdadero motivo, diría musical, que enlazaría, en el mismo concierto cultural, las profundidades de Alemania y de Rusia. Una humanidad modelo, perteneciente a un posible futuro o a un pasado ideal, aparece formándose a través de estas cartas, prolegómenos, según mi opinión,

*para una verdad europea, la única aceptable.*

*Pocas veces he leído un documento más conmovedor. El poeta adulado por el mundo entero y perseguido por los suyos, encuentra en esta correspondencia un ancla de seguridad. Y es apasionante seguir, mes tras mes y año tras año, el ritmo de elevación de esta unión anímica, de esta nueva entelequia que se está esbozando y que, en este caso, trasciende lo personal para invitarnos y purificarnos a todos.*

*El sueño de Renata es el de ir á ver a su correspondiente. Y un día lo consigue. La aldea, la casa del poeta, su modo de ser y de hablar, aquel rincón ruso, tan noble y sencillo, espiritualizado por la presencia de Pasternak, tan distinto de la imagen colectiva que de la U.R.S.S. nos hacemos a través de sus antipoe-tas, configuran algo así como un retrato del genio en sus últimos momentos. Ya que, poco después, tal como la última carta nos lo deja presentir, el poeta muere, no antes de enviar a su Renata alemana un telegrama patético, su adiós terrenal. Todo un misterio acaba con esta muerte, pero continúa, de otra manera, en la consciencia literaria de los lectores, drama momentáneo, igual a tantos otros, eternizado por su arte o virtud representativa.*

*El libro, igual que una novela metafísica, termina como había empezado. Renata Schweitzer abre la radio en la noche del 31 de mayo de 1961 y escucha la tremenda noticia, la que ponía fin a esta correspondencia, no a lo que*

*ella significará para siempre en la vida de todos los que la hayan leído e incorporado a lo mejor de sus almas. Los lobos que aullan alrededor de la casa donde el doctor Jivago y su Lara vivían un amor imposible, seguirán aullando. Son el símbolo de la crueldad, de la vida que pasa, que hace daño y que conserva, dentro de su misma y tremenda realidad, la posible existencia de los símbolos en que solemos reconocernos y sobrevivir.*

*Después del «Doctor Jivago», estas cartas, este concierto a cuatro manos, constituye la mejor obra de Pasternak, no sólo por su calidad literaria, sino también por su valor histórico, por el alcance autobiográfico de sus páginas, tan poderoso y vasto como la sombra de una novela.*

ViNTILA HORIA

Es otra vez abril. Ante mis ventanas se extiende el parque. Avanza el crepúsculo. Una neblina azulada se alza de los matorrales cubiertos por el velo de la primera capa de verdor fresco. Esta neblina se condensa en blancas oleadas, tiende a subir cada vez más y más alto, envuelve los troncos delgados de los abedules, los abanicos oscuros de los abetos. Poco a poco se hacen visibles únicamente las cinceladas copas de los árboles, sobre el horizonte opaco. Sólo la llamada soñolienta del pato salvaje —turbando el silencio— llega desde el agua. Y el estrecho senderito, que discurre entre los abetos, se pierde en la niebla...

Invariablemente este sendero arrastra mis pensamientos hacia el pasado. Trae a mi memoria un estrecho sendero de bosque, en Peredelkino, que conducía de la casa de Boris Pasternak al lago y al poblado. Por este sendero yo caminaba con él en la radiante mañana del primer día de Pascua del año 1960, el último de su vida. Ahora, todo eso me parece un sueño. Todo. Pero la vida crea en su momento sueños más extravagantes que los que son capaces de inventar las personas de más atrevida fantasía. La victoria sobre esta aparente impo-

sibilidad se la atribuyo a una fuerza superior, llamémosla Divina Providencia, destino o lo que sea. Voy a intentar responder, con el mayor acercamiento a la verdad, a las frecuentes preguntas que me han formulado y, al mismo tiempo, cumplir la última petición que me hizo Borís Pasternak: «Cuando yo muera, no escriba un libro sobre mí... ¡pero déjeme hablar a mí mismo! »

A principios de enero de 1958 un estudiante de medicina de la República Federal alemana me pidió que le guardase un recorte del periódico «El Tiempo», porque no tenía derecho a llevar consigo el periódico, editado en Occidente. Prometí cumplir su deseo, y escondí el recorte en mi mesa-escritorio. Pasaron varias semanas antes de que me topara con este recorte de «El Tiempo», buscando otra nota que necesitaba. Mi vista se clavó en la fotografía de un hombre maduro, con un rostro tan expresivo, tan particular, que me resultaba difícil apartar los ojos. Después, empecé a leer el artículo: «El encuentro con otra Rusia».

Mis ojos recorrieron rápidamente las líneas, pero al llegar al final me puse a releer de nuevo el artículo. Era sobre Boris Pasternak, en el que Gerd Ruge describía su primera visita al poeta en Peredelkino y anunciaba asimismo la aparición en Italia de su novela «Doctor Jivago».

¡Rusia! ¡Esta palabra ha sonado siempre en mí como un conjuro! Quizá porque fueron los

rusos los primeros que encontré en mi vida como representantes de un país extranjero. Desde la primera infancia vivieron en mi imaginación.

Un anochecer de primavera —al final de la primera guerra mundial— me despertó algo insólito. Dormía ya en mí cama —las ventanas permanecían entreabiertas, y los finos visillos se inflaban como velas de barco—, cuando de repente oí una lejana y maravillosa canción. En aquellos tiempos, cuando no había ni radio ni radio-gramolas, esto resultaba chocante. Me levanté de un salto, y corrí hacia la ventana. Ante mí se extendía un mar de árboles frutales blancos. Sobre ellos pendía la rosada hoz de la luna. En la lejanía, cantaban unas voces masculinas —con dulzura, en tono bajo, con tristeza—, nunca había oído nada semejante. Permanecí en pie y escuché, como hechizada. Después, sin poder contenerme, me eché a llorar, por primera vez en mi vida sin un motivo aparente. Más tarde, supe que esa noche cantaban los prisioneros de guerra rusos, que vivían y trabajaban en el límite de nuestro huerto experimental de plantación de frutas. Mi hermano mayor se hizo amigo de ellos, y me hablaba con frecuencia de Piotr Orlov y de otros. Tallaban para él, en madera, magníficos pájaros. Y dibujaban —con simples lapiceros de tinta— maravillosos adornos en sus alas, hechas de tablillas separadas y finamente pulidas. A veces, mi hermano me autorizaba a acer-

carne hasta la valla donde se oían voces que hablaban en alemán chapurreado o en ruso. Para mí, esto constituía siempre un viaje a un país enigmático.

Cuando crecí un poco, leí una novela juvenil cuya acción se desarrollaba en Rusia. Influenciada por esta novela, me entró un deseo incontenible de vivir un invierno ruso en Moscú, con sus cascabeles en los trineos, cocheros con pellizas, tostaderos en las calles. Y la Pascua —recibida por innumerables campanas con sonido de infinito gozo—, el alegre « ¡Cristo ha resucitado! », el triple ósculo, los bizcochos de *Pascua* bendecidos, los huevos pintados y el agua bendita. Me sentía arrastrada hacia todo eso, como si lo hubiera vivido ya alguna vez. En mi imaginación, veía las «dachas» de madera con sus balcones esculpidos, el reciente y esponjoso verdor de los abedules, percibía el silencio y la extensión de los bosques. De aquel libro recuerdo hasta ahora una canción rusa, y todavía me turba. Al principio, la entonaba con un motivo inventado por mí. En ella se habla de una vieja que explica a una niña lo que es el amor, del comienzo primaveral de las sensaciones y de la iniciación al camino de la vida, de las estepas con malezas llenas de pinchos, de los pies destrozados y las lágrimas nocturnas, y de la sonrisa a través de las lágrimas que espera a los seres queridos al final de la vida.

La sensación de una pérdida irreparable se apoderó de mí cuando comprendí que esta Ru-

sia había desaparecido para siglos. Con tanto mayor apasionamiento profundicé después en la literatura rusa. Me tragaba literalmente las obras de Tolstoi, Dostoyevski, Gogol y Pushkin. Releía con frecuencia los «Recuerdos» de Bismarck, de la época en que estuvo como cónsul en Petersburgo; leí luego sobre el catastrófico final de la familia zarista y acerca de la demoníaca personalidad de Rasputín. El pasado me interesaba tanto como las nuevas formas de vida de este país, del que tan pocas informaciones me llegaban. Luego, otra vez, se desencadenó la guerra.

En aquella época conocí en uno de los archivos extranjeros —donde me llevó el trabajo—, al doctor X, príncipe georgiano, huido en el año 1918 a Alemania, y que residía aquí con otro apellido. Me contó muchas cosas de su patria, y contestaba a mis innumerables preguntas. En cierta ocasión, dijo con orgullo: «Sí, domino también el idioma ruso porque he estudiado en la Universidad de Petersburgo. Pero es casi lo mismo que si usted aprendiera el chino. Nuestra nación es tan amplia y tiene tantos idiomas distintos, que incluso nosotros no nos entendemos todos unos con otros. Ciertamente es difícil gobernar un país con tal cantidad de contrastes ¡si se tiende a conservar la justicia! » A pesar de que hacía más de veinte años que vivía en Alemania, y de que en su patria le había tocado pasar mucho malo, en cada una de sus palabras se adivinaba siem-

pre la nostalgia por su país y la tristeza, cuando hablaba de Rusia. Me parece que no hay en el mundo gente más arraigada a su suelo que el pueblo ruso, que se destaca por su inquebrantable fuerza interior, profunda religiosidad, musicalidad y gran capacidad intelectual.

Por eso, el artículo de Gerd Ruge sobre Boris Pasternak me produjo una fuerte impresión. El hombre suele conmoverse de un modo extraordinario cuando recibe inesperadamente una respuesta adecuada a una pregunta —al parecer— irresoluble.

Boris Pasternak... Su vida y su muerte, su personalidad y su arte, constituían una nueva revelación viva del mundo. Aunque yo por aquel entonces no podía ni imaginarme qué espinoso camino se abría ante Boris Pasternak —y lo mucho que ya había pasado—, sin embargo, intuí con absoluta claridad su destino sublime.

Impulsada por la impresión del artículo, sentí deseos de escribir a Pasternak; comunicarle el eco que habían despertado en mi alma él y su mundo. No obstante, titubeé. ¿Qué voy a escribir y adonde? Intenté imaginarme el estado de ánimo del que recibe semejante carta, que no podía contener nada importante. Y dejé la pluma a un lado.

Transcurrieron de nuevo varias semanas. La tarde del 12 de mayo yo volvía del centro de la ciudad, cansada. Suelo oír pocas veces la radio, pero aquel día sintonicé un concierto

cualquiera. Al conectar el aparato oí las palabras: Boris Pasternak. Me olvidé del concierto, y de mi cansancio.

El locutor hablaba de sus padres, de su juventud en Moscú, de la influencia de Tolstói y Scriabin en su evolución, de su inspiración musical que, diríase, había marcado a Pasternak el camino de su vida. Contó que cuando Pasternak tenía dieciséis años de edad había estado casi un año en Berlín; que el último semestre de la facultad de filosofía lo había estudiado en Marburgo y —que más tarde—, en el curso 1922-1923, vivió de nuevo en Berlín. Más adelante el locutor comentó el profundo conocimiento que sobre Europa poseía Pasternak, y del que hablaba Gerd Ruge en su artículo. Finalizó la transmisión con la lectura del capítulo «La muerte de Jivago», de la novela esperada entonces con impaciencia, y el título de las poesías de Yuri Jivago. Esta emisión me emocionó profundamente; más todavía, me hizo temblar. Casi cuatro años después de la muerte del ser querido, la vida transcurría a mi lado sin rozarme. Nada era capaz de emocionarme. Pero ahora me puse a escribir —como si estuviera en trance— la carta que una vez ya había intentado, inmediatamente después de la lectura del artículo de Ruge. Y me quedé dormida encima de los papeles esparcidos por la mesa. Al día siguiente vi con sorpresa las cuartillas diseminadas a mi alrededor, pero así y todo las recogí y las mandé.

Casi sin creer que la carta llegaría al destinatario. Para que Boris Pasternak tuviera una idea sobre mí, introduje en el sobre una fotografía y una de mis poesías, «Viernes Santo» \*, en consonancia con el nombre de sus poesías en «Doctor Jivago». Esto sucedía el 13 de marzo de 1958. El 10 de abril —al abrir el buzón— encontré una tarjeta. Estaba escrita por una letra completamente desconocida para mí. Al regresar a mi habitación, le estaba dando vueltas entre las manos; vi de pronto que llevaba sellos extranjeros. Era una tarjeta de Boris Pasternak.

Moscú, 3 de abril de 1958  
(Tarjeta)

Amable y querida señora Schweitzer:

Le estoy profundamente agradecido por su hondo, trágico «Viernes Santo»; su bonita y radiante fotografía; su carta, llena de bondad, vida y espíritu poético. La he recibido en el hospital, donde por segunda vez este año he venido a parar a causa de la renovada y abominable enfermedad de la pierna. Por este motivo limito mi contestación a una tarjeta. Además, así existen mayores esperanzas de que

\* Algunas poesías de Renata Schweitzer, mencionadas en la «Correspondencia», las publicamos al final como apéndice.

llegue a usted. Desgraciadamente, casi toda mi correspondencia se pierde por el camino. Querida y respetada señora Schweitzer, temo mucho que la exageración del artículo indiscutiblemente interesante y de talento la ha inducido de tal modo al error que, sin una comprobación previa, me ha regalado con pruebas de su profunda y grande riqueza espiritual. Mi retrato está demasiado favorecido, mi importancia está aumentada sin límites, hasta lo inverosímil. No soy tan impertinente como para juzgar de un modo categórico y públicamente a otros pueblos y cosas. «Nosotros, somos rusos.» Lea sin falta «Doctor Jivago». Allí todo es más hondo, limitado, modesto y definido. Todos giran allí en torno al centro de la personalidad. A usted sin duda le gustaban —por nombrar sus fuentes allegadas de estudios— Storm, Jacobsen, Ibsen, Wagner, «Malte», el impresionismo, y así sucesivamente. Antes de la primera guerra mundial, aquí también surgieron unas tendencias completamente nuevas, elevadas y alentadoras, en arte y en cultura. Guardando fidelidad a esta afición, es preciso marchar siempre en la misma dirección cada vez más lejos hacia la claridad, el significado y lo esencial, sin perder —naturalmente— la verdad en el arte, la poesía de la histórica existencia y el palpitar de los misterios ya descubiertos. He soñado siempre con encontrar ese camino para mí, y he tratado de seguirlo. En

«J» \*, al parecer, lo he conseguido. Le envió mis mejores deseos.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas cuando leí esta carta, escrita con letra clara, ligera y fina. Las veces que he sonreído al contemplar estas líneas, no podría decirlo ahora. Me daba la impresión de que Boris Pasternak me había tendido su mano.

Me faltaba solamente escribirle una carta de gratitud en respuesta. Todavía no era capaz de hacerme a la idea de que mi carta había llegado a Rusia y este hombre famoso me había contestado desde la cama del hospital, con tanta profundidad y sencillez.

Berlín, 13 de abril de 1958

Querido, querido señor Pasternak:

El cielo ha permitido, por lo visto, que el 10 de abril recibiera yo su maravilloso mensaje. Me estremecí tanto, que me eché a llorar. ¡Y de felicidad!

¡Ay, si pudiera transmitirle lo que significa para mí contemplar y recibir las líneas escritas por usted! Me avergüenza y me alegra al mismo tiempo que me haya usted considerado digna de contestar, a pesar de su enfermedad y sus sufrimientos. ¡Daría cualquier cosa por tener

\* «Doctor Jivago». (N. del Tr.).

la posibilidad de llevarle unas flores a la sala del hospital, si pudiera aliviar sus angustias!

Se me ha presentado como un milagro el que exista en este mundo un idioma con el cual usted habla. Me parece que puede usted estar completamente tranquilo: el artículo de Gerd Ruge ha sido justamente comprendido por todos los lectores de Alemania. Y es usted únicamente, quien a causa de su excepcional impresionabilidad y modestia, afines a todo espíritu genial, soporta mal el enfoque sobre su persona de los proyectores de la opinión de la sociedad. «Demasiado favorecido» según su opinión, pero su retrato no puede ser «demasiado favorecido». ¡Eso es completamente natural! La noción de la belleza también es muy subjetiva ¡gracias a Dios! Me ha conmovido profundamente algo nuevo por completo. Tal vez en usted surge el mismo sentimiento ante la lectura de «Fausto». ¡Yo misma no sé lo que es! Todo junto: los rasgos, la cabeza, Ja mirada dirigida con tristeza a la lejanía, esa maravillosa boca, con talento para dar testimonio...

Recuerdo la noche cuando escuché la emisión sobre usted y sobre «Doctor Jivago». Entonces resultaba difícil retenerme en Berlín. Mi mayor deseo hubiera sido subir al primer avión y volar a Moscú. Tuve que escribirle, sencillamente. En aquella ocasión se transmitía algo sobre su vida y un breve contenido de la novela, y seguidamente un fragmento de la mis-

ma: «La muerte del doctor Jivago». ¡Dios mío, qué sentimiento despertó en mí ese lenguaje, esa escena! ¡Cómo un hombre podía comprender tan bien el sufrimiento de una mujer! ¡Y esa transcendencia! Cuando escuché los nombres de las poesías de Jivago, tuve la impresión de que era una hambrienta a quien ofrecían un menú escogido. ¡Ay, si las pudiera leer en ruso! Pero si no conozco, por desgracia, ni una palabra de ruso. ¡No conozco ni siquiera las letras! ¿Podría aprenderlo, todavía? ¡Cualquier idioma extranjero puede fecundar con tanta fuerza el propio!

Me parece que, así y todo, voy a tener que escribirle una carta más larga, y explicarle por qué añoro la personalidad, que es capaz de convertirse para mí en ejemplo. No para imitarla en la creación, aunque quizá en parte también para eso. Pero busco en primer lugar quien comprenda mis experiencias literarias. La mujer no puede pasarse sin el reconocimiento por parte del hombre, sin este reconocimiento sus intentos quedarán en manifestaciones privadas, que no podrán convertirse nunca en arte.

Desgraciadamente, «Jivago» aparecerá en Frankfurt, y solamente en otoño. Quiero encargar ahora mismo un ejemplar, ya que el libro —seguramente— se agotará en seguida. A su debido tiempo escribí a mi hermana María, a Hamburgo, para que sin falta encargara para ella un periódico con el artículo sobre us-

ted. Me contestó que había recibido tres veces el periódico, sin el artículo solicitado. Entonces se enfadó y fue ella misma a la redacción. Uno de los empleados rio discretamente, y dijo: «Por eso la gente compra este número como locos. ¡Pronto no nos quedará ninguna reserva!»

¡Ay, mi famoso poeta Boris Pasternak!  
¡Qué lejos está usted de mí... y qué cerca!  
Estoy contenta de haber conservado la facultad de hacer salir a la gente y conversar con sus fotografías. Me parece que, gracias a pensar continuamente en usted, he hallado algo indestructible. Si las corrientes positivas del corazón están en condiciones de lograr algo, sus sufrimientos tienen que atenuarse. Confío que esté usted en manos de los mejores médicos.

Hoy le envió únicamente este pequeño saludo para que sepa que usted me ha hecho feliz, y que mis días están llenos de pensamientos hacia usted.

¡Adiós! Con agradecimiento

su Renata Schweitzer  
Va incluida la poesía «Ángel».

4 de mayo de 1958  
(Tarjeta)

Frau Renata, amable amiga: su delicioso «Ángel» se yergue ante mí lleno de sonidos de su bonita voz. Soy feliz de que mi magnífica nueva amiga festeje con tanto talento mi victoria, que sus pensamientos —auténticos, metódicos, que respiran una observación real— no son una visión hueca de los sentimientos que vivimos en su mayor parte. Me parece que se ha acercado usted al umbral de mi vida y está dispuesta a traspasarlo benévola. Bueno ¿y qué? Le deseo éxito, ¿qué más puede desearse? Pero no vamos a apresurarnos, déjeme tiempo para cobrar aliento. Si lo mejor y más deseado, con la fuerza cálida del alma y el ímpetu del corazón influye en el correr del tiempo —no públicamente, no en el sentido de la sociedad, sino interior e invisible—, crea las cosas, los asuntos y los acontecimientos, orientando el paso del pensamiento de nuestro siglo. Y vea usted, no ha pasado nada todavía. Incluso «J», salvo en I\*, no ha salido en ningún sitio, nada se ha consolidado aún, y yo ya le contesto a usted de modo inadmisiblemente impetuoso, con los brazos abiertos, emocionado con usted y su llamamien-

\* En Italia. (N. del Tr.).

to que se oye a lo lejos. Sea como sea, pero yo ya me he acercado al límite y quiero en una de mis próximas cartas presentarle a usted, como mi auténtica amiga, a dos o tres de mis mejores amigas y ayudantes. Perdona que le exponga esto de manera poco delicada, pero lo mismo que no puedo ocultarla a usted de ellas, necesito que conozca a sus más cercanas y dignas vecinas. ¡Qué absurdo y falto de talento es todo esto! Mi gratitud hacia usted es infinita. Y ahora, déme sus dos manos. Así. Así. Su «Ángel» es un milagro. « ¡En mi alma Huye la eternidad! » No firmo la tarjeta, así llegará con más seguridad hasta usted.

\* \* \*

Boris Pasternak me llamaba su amiga. Recibí este regalo después de dos meses. Por primera vez en mi vida yo experimentaba el milagro del encuentro con el poeta en sus poesías. Después de esta carta mis días de entre semana cambiaron completamente, y aún no me atrevía a creer en mi suerte. ¿Tal vez sea únicamente una casualidad, sólo un breve resplandor, que desaparecerá de nuevo?

Por eso, en mi contestación, le hablé a Pasternak de mí vida, de mí trabajo actual y mis anteriores ocupaciones musicales en Berlín y en Viena, y también de la dolorosa pérdida de mi gran amigo Wilhelm Furtvengler, que había sido para mí en el transcurso de veinte

años —hasta su misma muerte— el impulso y la realización. No me había decidido aún a publicar mis veinte «Sonetos a la muerte», escritos en el año 1954. Ahora, volvía a sacarlos de nuevo. ¿Tendrán valor por sí mismos ante el poeta? Sabía que sobre sus defectos e imperfecciones él se expresaría con palabras cuidadas, otra crítica de estas poesías no la soportaría. Tenía la esperanza de que ahora Pasternak podía sentir de un modo muy claro lo que significa su participación y su amistad en mi solitaria existencia.

29 de mayo de 1958  
(Tarjeta)

En primer lugar, sobre lo importante. La disposición de ánimo, la profundidad del pensamiento en las poesías no recordadas aquí por mí, que parecen un eco de los misterios de Goethe en el principio, y los «Sonetos de Orfeo», de Rilke al final, que por ahora voy a dejar a un lado. Quiero señalar únicamente la realización más alta de lo logrado. Es en «Noticia», «Despertar», «Sepultura», «Álamo», «Casa», las líneas centrales de «Fe». Estos «pros» y estos «contras» de la reflexión natural y perceptible que se desborda en la línea del verso: «Conjeturamos con cansancio... Nos queda únicamente la fe en lo más alto... Y la marcha del reloj hoy o mañana.» «Las ove-

jas.» —¿No ha estado usted de visita en casa de su hermana?—, «La gran ciudad en invierno»; parcialmente, «Niebla»... «Y las varas amarillas, flexibles», etc., etc. Muy bien, muy emocionante, familiar. Me ha perseguido un sentimiento en relación a usted de una absoluta falta de tacto en mi inoportuno tono protector. Tenía que haber adivinado en usted a la escritora profesional. Por culpa, sobre todo, de mi ignorancia. Tenía yo que conocer, pero no conocía su nombre. En mi larga carta le hablé de la correspondencia que se había acumulado durante el tiempo de mi enfermedad, en espera de respuesta. Un tal místico Chatterji, al parecer historiador indio de filosofía y biógrafo de Rabindranath Tagore, me ha pedido que le escriba sobre el significado que ha tenido en mi vida Tagore. Este problema me resulta penoso. No he compartido nunca la adoración por Tagore. Este gran hombre, su fogosa actividad, su nombre famoso, no han constituido para mí la expresión de una poesía genial. De lo que culpo, naturalmente, a mi propia estrechez y limitación en cuestiones artísticas. Pero la cosa no está en eso. Ch. escribe: «Los amantes de la poesía del mundo occidental —entre ellos Yeats, A. E. Gilbert Murray, Ezra Pound, Rilke, Hauptmann, Gide, Rolland, Jiménez, Jouve, Schweitzer y otros— los han aclamado —Gitanjali— con gran entusiasmo...» ¿Es usted, Renata, o una persona de su mismo

apellido? ¿Ha escrito alguna vez sobre Tagore, o lo ha traducido?

Probablemente tendré que pedir que me operen de la rodilla —extracción del menisco—, de lo contrario esto no tendrá fin.

Gracias por todo.

Esta carta me produjo tristeza. Sonaba tan alejada, emanaba tanto aislamiento como si toda la cordialidad hubiera desaparecido. Tal vez mi carta le había molestado o ya entonces se iniciaba en él el presentimiento de una penosa enfermedad, que se manifestaba abiertamente en la vieja y dañada rodilla. Pero ¿era el único motivo de que se internara en el hospital del Kremlin? Al observar su sobretensión física y espiritual se percató, por lo visto, que no podía continuar en la abrumadora carga diaria con la magnitud precedente.

También en su siguiente carta se traslucía su melancólico estado de ánimo. Si lo que me escribió acerca de los sonetos hubiera resonado en las cartas anteriores, yo hubiera sido indescriptiblemente feliz. Ahora, estaba demasiado afligida por su tristeza y por el hecho de que debía desencantarlo: yo no tenía un gran nombre, y no había traducido a Tagore.

De mi carta del 7 de julio de 1958, Berlín.

El que haya usted encontrado tiempo para leer mis poesías y escribirme acerca de ellas con tanta minuciosidad me ha conmovido profundamente. Y también el hecho de que le hayan dicho algo. Pero me ha valorado demasiado alto, y esto me ha entristecido. Nunca he traducido a Tagore, no tengo ningún nombre y ¡no lo tendré nunca! Soy una activa novel en poesía y además carente, por desgracia, de ambición. Sin duda Chatterji tiene en cuenta al doctor Albert Schweitzer, famoso médico de Lambarene. Es teólogo, médico, músico y ha escrito —junto a otros magníficos libros— un destacado trabajo sobre Johann Seb. Bach y sobre la manera de cómo han de ejecutarse sus creaciones para órgano.

Es posible que la profunda seriedad interior de Pasternak me obligara a percibir, de forma nada mediocre, hasta qué punto en este corto tiempo se había convertido en el centro de mi vida espiritual y sensible. Echaba de menos el calor vivo de sus primeras cartas. ¿Volvería a palpar otra vez y seguirían llegando nuestras cartas? Era jugarse cada vez el todo por el todo. Aun hoy me parece un milagro el que solamente se perdieran algunas cartas, y eso en una época en que ambos contábamos con la posible pérdida.

20 de junio de 1958  
(Tarjeta)

Querida Renata:

Le contesto con una semana de retraso, perdóneme. La observación sobre Hamburgo se refería a su poesía «Las ovejas». Me daba la impresión de que estos versos tenían que estar escritos en la tierra natal de Theodor Storm, durante el tiempo de estancia de su visita en casa de su hermana. Evidentemente, esta observación estaba mal expresada.

Mi tarjeta resultó triste a causa de mí cansancio espiritual. El caso es que tengo encima la continua amenaza de una nueva e infinitamente larga enfermedad, que se hace recordar en cada movimiento involuntario, diríase, ante cada agudizado dolor, sin motivo, en la pierna. Que de nuevo irrumpen en nuestra vida los lejanos horrores aunque sea paliados, pero en su base tan despiadado despotismo me sacude recordando qué amenazas encierra esto para mí personalmente. Además, a todo esto, las continuas fricciones, los obstáculos y dilaciones, sin contar con mi edad y la falta de tiempo alejan el final de lo ya empezado y oculta cualquier nuevo comienzo. Si todo esto me conduce a una completa desesperación, por lo menos me posterga.

Al principio me consternó mucho el hecho de que mi carta no habiendo llegado a usted

—más tarde supe el motivo— se hubiera quedado en algún sitio de la ciudad. Pero ahora estoy contento de que muchas cosas escritas en ella, innecesarias e ingenuas, no caerán bajo su mirada. Tengo que formularle una petición, querida amiga. Para mí ha resultado nuevo el que exista un lugar histórico del nacimiento de Fausto, que esta legendaria figura efectivamente había vivido en algún sitio de Württemberg, y así sucesivamente. De este museo de Fausto he recibido un ruego con la petición de enviar mi fotografía y un autógrafo, así como expresar mi opinión sobre «Fausto». He escrito a toda prisa tres páginas, y que sirvan también como autógrafo. Ayúdeme, por favor, repáselas. Hacerse el original sería una ordinariez. Pero ¿no ha resultado demasiado vulgar y vacío? Si el comentario es satisfactorio, remítalo, por favor. Sin corregir mi imposible y hasta ridículo y desfigurado idioma alemán, no quiero con su ayuda parecer mejor de lo que soy. Al señor Karl Theens, Stuttgart-Degerloch, Albstrasse, 17. No se sabe si la carta con el comentario llegará hasta usted, pero vamos a arriesgarnos, tal vez tengamos suerte.

Tuvimos suerte, y antes de lo que yo me atreví a esperar. Ya al día siguiente, por correo aéreo, llegó una voluminosa y larga carta. La leí unas cuantas veces con mucha atención. En la habitación, llena de la presencia de Borís Pasternak, el tiempo parecía haberse detenido.

20 de junio de 1958

Mi querida Renata:

Ayer hice mención de este comentario en mi tarjeta. Permítame, por si acaso, que lo repita. Estas rápidas y superficiales líneas de aquella desesperada explicación del mundo, que en esencia representa «Fausto», están destinadas a la Casa-museo de Fausto en Knittlingen. Me han pedido de allí que les mande mi fotografía y un autógrafo, lo cual cumplo.

Me causa vergüenza mi idioma alemán y los sufrimientos que a usted le origina. Que caiga sobre mí la culpa. Soporte las barbaridades de mi idioma y deje sin arreglar todas las faltas. No quiero parecer otro del que soy en realidad.

Si le avergüenza el contenido de este comentario y lo encuentra pobre de espíritu, entonces no lo mande. Y por la sinceridad de su dictamen y por su ayuda, le besaré a usted ambas manos.

Al señor Karl Theens, conservador de la Casa-museo de Fausto en Knittlingen —Stuttgart - Degerloch, Albstrasse, 17— le envió como material impreso, aparte, una edición rusa de «Fausto». No sé si está permitido por la ley, he metido en el libro una fotografía sin ninguna inscripción.

Y ahora: ¡oh! , ¡oh! , ¡oh! , ¡Renata!

*Para la Casa-museo de Fausto en Knittlingen.*

El «Fausto» de Goethe es un mágico drama del encantamiento. Del hecho creador en la histórica existencia. Del milagro de la transformación, que ha cruzado las fronteras de la distancia, ha formado el mantenimiento de los siglos —derrubado y nuevamente resucitado—, sumiendo la naturaleza en la poesía; vaticinando el futuro, padre y fiador de quien es causa de este milagro.

En este drama está la entonación trágica y el mágico deleite en las profundidades de la humanidad. El hombre, encantador y exorcista de los espíritus —y esto ha de subrayar lo esencial de la tragedia— consiste en que la poderosa, sensitiva y viable personalidad corresponde apreciarla como consecuencia de su acertada actividad esencial, como una cosa cautivadora y sorprendentemente natural. Este drama declara solemnemente la genialidad y el ansia de actividad del ímpetu hacia lo sagrado e inmortal.

De todos los milagros que el nigromante Fausto realiza con su compañero de viaje ante la Corte imperial, el mayor milagro es el lenguaje de Fausto, el milagro del texto.

¿De dónde arranca esta dominante firmeza de la época de Shakespeare, Goethe, los griegos y algunos otros? ¿No consiste esto únicamente, quizá, en un tributo elogioso de respeto

hacia méritos pasados que nosotros les pagamos con magnanimidad, apartando su caducidad y deficiencia? ¿O es el secreto de su inmutable validez que, adelantándose a los tiempos y a las generaciones, nos sorprende pese a nuestra desidia y nos domina?

El estilo, tempestuoso y violento, de la tragedia produce su efecto. Es como si todo en ella ya estuviera dicho, y de un modo inverosímilmente actual. Como si viéramos la poesía viva y en plena marcha.

La inspiración del idioma de la vida y la objetividad, conseguidas por medio de la pintura animada y viva de las cosas; la concisión, la aliteración, el aforismo, el impetuoso movimiento y sonido de las palabras, el ritmo y las rimas, ya por sí mismos —desprendiéndose de la acción en la escena— constituyen una notabilidad, una aparición poco frecuente, un espectáculo completo. Corresponde decir esto, sobre todo, acerca de la rima de Fausto que, adelantándose a la frontera del tiempo casi alcanza a Rilke y crea nuevas propiedades dinámicas que transforman la oración y los efectos, desconocidos en el siglo pasado.

Los traductores tenían que haber comprendido, hace mucho tiempo, que cuanto mayor sea la madurez poética del original tanto más importante es en su composición la capacidad hacia el triunfo, hacía la victoria. Traducir el contenido de la obra, aunque sea fielmente y en correspondencia con la forma, pero sin re-

construir ni reproducir este fundamento de su influencia, es lo mismo que no hacer nada. Yo he traducido la primera parte de la tragedia en el transcurso de los meses de otoño e invierno del año 1949. Después de una interrupción de tres años, durante la cual escribí el principio de mi novela en prosa «Doctor Jivago», me puse de nuevo a traducir «Fausto», y concluí la segunda parte en 1952. En total, este trabajo me ocupó quince meses: seis meses la primera parte y nueve meses la segunda.

B. Pasternak

Peredelkino, cerca de Moscú, 18 de junio del año 1958.

Los pensamientos sobre la situación de Pasternak me perseguían. Este hombre genial, capaz de penetrar tan hondamente en la mentalidad y en el idioma de otro pueblo, este titán, tenía la posibilidad de relacionarse con el mundo exterior solamente como a través de la reja de una jaula. Así vivía el hombre a quien se ajustaban completamente las palabras dichas por él ante la definición de la obra de «Fausto»: «La poderosa, sensitiva y viable personalidad corresponde apreciarla como consecuencia de su acertada actividad esencial, como una cosa cautivadora y sorprendentemente natural». ¿No le correspondería el reconocimiento de que «la genialidad y el ansia de actividad del ímpetu hacia lo sagrado e inmortal» penetra en nuestra vida contemporánea ya que tan rara vez se encuentran? ¡Y qué gigantesca pérdida cuando entorpecen sus fuerzas en su descubrimiento creador! Esa situación es indigna de un hombre y me resultaba insoporrible ver en ella a Pasternak. Pero ¿qué podía hacerse? Pensaba mucho, reflexionaba y sopeaba la posibilidad de que Pasternak recibiera el Premio Nobel. Si el mundo reconociera sus méritos, comenzaría a gozar de un gran respeto y obtendría la posibilidad de unas relaciones espirituales, lo cual le sacaría del aislamiento. Pero ¿qué sabía yo de las leyes de su país?

De momento, yo podía llevar a Pasternak

por lo menos una pequeña alegría y comunicarle a Peredelkino que había llegado su carta de interesante contenido. Tenía que decirle sencillamente hasta qué punto se había apoderado de mí su artículo tan despectivamente juzgado por él mismo, donde con sobrias palabras explicó el propósito de su libro de modo claro y preciso. Propósito que a mí, como alemana, me resultó claro poco a poco gracias únicamente a las conversaciones con mi padre, y como resultado del trabajo sobre toda la literatura de Goethe. Particularmente me revelaron mucho los ensayos de Beutler, y le indiqué esto en mi carta a Peredelkino.

Berlín, 29 de junio de 1958

...¡Cómo puede usted, con su enorme talento, castigarse con esa crítica tan cruel! ¡Su alemán es tan brillante que los propios alemanes podrían envidiar la expresividad de su estilo y sus hallazgos de nuevas palabras! Y, por supuesto, su capacidad de abarcar a «Fausto» como una escena. Resulta sencillamente incomprendible cómo usted, siendo ruso, haya podido definir lo que Goethe definió en su idioma acerca de su tiempo e incluso del nuestro. Resulta muy interesante escuchar la opinión de una persona como usted, que se acerca a esta obra de una manera completamente imparcial. Precisamente para un extranjero este

punto de vista me parece extraordinario. En la escuela —en todo caso antes— nos inculcaban valoraciones definidas. Por ejemplo, la primera parte: la tragedia de Margarita, y no es así, ya que por el sentido tenía que haber sido la conversación con el diablo, el cual encuentra su culminación únicamente en la segunda parte. Si más tarde, a lo largo de muchos años, yo no hubiera vuelto una y otra vez a esta obra, mi conocimiento de la misma hubiera quedado muy limitado.

Yo podría comunicarle muchas cosas sobre el surgimiento de «Fausto», del por qué Goethe se inclinó por este tema, de dónde le vino el impulso y la necesidad de crear esta obra. Si usted quiere y me lo autoriza, le mandaré con mucho gusto el artículo de Beutler, profesor de la universidad de Heidelberg. ¡Es un tesoro para la comprensión de la obra de Goethe! Pero además Goethe, como nadie, extraña de sus propias experiencias. ¡Cuánto daría por hablar con usted sobre «Fausto», obra excelsa para mí en la literatura! Debo confesarle que para mí uno de los motivos del atractivo de su personalidad ha sido su percepción interior de «Fausto» que le ha hecho sentir la necesidad de ponerse a traducirlo.

Ahora, desearía hacerle determinadas preguntas y le ruego que me crea, voy a actuar de acuerdo con su respuesta. He copiado para mí el «comentario» para Knittlingen, antes de enviarlo hoy. ¿Me permite que me lo quede? En

caso contrario, yo —naturalmente— destruiré inmediatamente mi «comentario».

Mis preparativos para el viaje a España me parecen casi una barbaridad. ¡Para Vd. serían mil veces más necesarios el descanso, el esparcimiento y la liberación de sus penalidades! ¡Si al menos yo pudiera ayudarle en cualquier cosa! Caso de que tenga algún deseo, escríbame. A lo mejor, aunque sea de modo completamente insignificante, yo puedo resultarle útil en su trabajo. Ya que para un ser tan genial como usted lo más importante es descubrirse espiritualmente.-

\* \* \*

Y así emprendí mi viaje de verano. Mi mayor deseo hubiera sido ir a Peredelkino. Pero en aquel tiempo para los particulares era casi imposible. Y, sobre todo, ¿encontraría además Pasternak tiempo para el encuentro? Encima, yo no hablaba todavía ni una palabra de ruso, y no conocía a nadie en Rusia. Volé a Mallorca. En esta isla, donde viví a la orilla de una bahía solitaria en completo silencio, durante los largos días de verano, estaba ligada al poeta con el pensamiento más que antes. Al regresar a casa encontré sus cartas del 12 de julio y del 12 de agosto. Solamente al ver su letra sentí que de verdad había vuelto al hogar. Una tarjeta suya dirigida a España no llegó hasta mí.

12 de junio de 1958  
(Tarjeta)

Benévola, inteligente, ardiente amiga mía:

¡Cómo me ha alegrado de nuevo con su sensibilidad, el frescor de su pensamiento, su viva penetración espiritual! Naturalmente, la quiero a Vd. de todo corazón ¡cómo podría ser de otro modo! Pero no hablemos nunca de eso ¿estamos? Solamente en el caso de que, Dios no lo quiera, caiga por tercera vez en el hospital y —en la oscuridad y los sufrimientos— tendré necesidad de un manantial que actúe fuertemente como salvador. En cuanto a mi carta de abril, va lentamente por algún sitio y es posible que se detenga todavía determinado tiempo. Pero si, con todo, llega finalmente hasta Vd. le comunicará algo importante de mi persona.

De Fausto he leído mucho. De Gundolf. Un artículo desleído, gangoso, desprovisto de ideas, de Rickert; de Anderes, una edición ricamente comentada por E. Schmidt y R. Petsch. No conozco a Beutler. Guárdelo para mí. Se lo pediré cuando tenga tiempo para leer.

La idea del director del museo era recibir un autógrafo mío. No tengo simpatía por ese culto al papel, estoy en contra de tal fetichismo, En lo que se refiere al contenido del comentario, está a su entera disposición. Haga con él lo que quiera. Tal vez por otros me-

dios se repiten parecidas formas de circulación. Por ejemplo, para la biblioteca nacional de Austria en Viena, he copiado sencillamente distintos pasajes de «Fausto» —del original y de la traducción—, que lo mismo que mi carta para Vd. y las demás cartas se han detenido en el camino. Sin embargo, este medio mecánico no me satisface y —en caso de que de nuevo me soliciten autógrafos— voy a escribir algo nuevo, esencial, parecido a una separata. Pero cuando tenga que hacer esto en alemán, me voy a dirigir a Vd. para pedirle consejo, otorgarle el destino del artículo y publicarlo o no, según su parecer. Esto se hará posible, no obstante, sólo después de la aparición de «J», editado por Fischer cuando mi nombre no sea un sonido hueco para el público alemán. En estos días tiene que salir en París el «Doctor J». ¿Acaso veré yo ese libro? ¿Llegarán hasta mí los ecos? ¿No me traerá amargura esta fiesta? Ha salido también una autobiografía mía en francés, bajo un título inventado no por mí, sino por ellos.

Con el impulso ya contenido para pasar al «tú», vamos a esperar hasta la tercera vez que caiga enfermo. La abrazo. De verdad, no juego con eso. Vamos a quedar en el «Vd». Escribiré para Vd. sobre Rilke y Proust.

Esta carta me emocionó y desconcertó. Traté de recordar mis cartas desde España y tuve que confesarme que eran demasiado espontá-

neas, influenciadas por la atmósfera del sur. Le escribía a Pasternak sobre las bellezas de allí, y cómo hubiera deseado que él permaneciera un poco en aquella isla. Pero el pasar al tratamiento de «tú», aún no lo había considerado nunca. Al contrario, la intimidad del tuteo hubiera exigido una contención mucho mayor que el «Vd», que ya por sí mismo crea una inevitable distancia. Seguidamente, le comunicaba que por mediación de unos amigos se me había presentado la oportunidad para volar por algunos días a Moscú. A esto, sin embargo, Pasternak me contestó, pero no en su carta siguiente.

Hamburgo, 2 de agosto de 1958

... Estupenda ha sido su carta del 12 de julio, y me he entregado por completo a su sentimiento de intimidad y de confianza. Lo único que no entiendo del todo es lo que sucede con el «tú». Para mí no tienen ninguna importancia sí me trata de «Vd.», de «tú» o de «él». Además, pertenezco al grupo de gente que no soporta la coacción —sobre todo en el terreno del sentimiento—, y no puedo exigir aquello que yo misma no hubiera aguantado. Si el destino lo quiere y nos encontramos pronto, entonces —pero no antes—, sino precisamente en el momento de ese encuentro, se revelará si efectivamente puedo ser para usted

«un manantial que actúe fuertemente como salvador». Mi corazón tiembla ante ese momento, naturalmente. Yo ya sé qué inútil pequeñez puede a veces destruir una gran ilusión. Por eso, Borís, por el instinto de conservación, tengo que pensarlo todo muy bien y estar preparada para todo. Esto, naturalmente, es más fácil escribirlo que hacerlo. Pero no se pueden cambiar las costumbres del avestruz.

Bueno, ahora, ante todo, gracias por el artículo sobre Fausto. ¡Soy tan feliz de poderlo guardar para mí! No puedo compartir, sin embargo, su actitud hacia el «culto al papel». A mi juicio la cosa es totalmente distinta y resulta, aproximadamente, como la producción artística del original y su reproducción más auténtica. Esto constituye el secreto de la fantasía del espíritu que me transporta casi a una conmoción interior trascendental, cuando permanezco frente a un «auténtico» Miguel Ángel o me encuentro en la casa donde nació Goethe o Mozart. Algo semejante ocurre ante la escritura. Yo no podría tirar un sobre escrito por usted, ni dar el sello del mismo al filatelista desconocido aunque me ofreciera por él una fortuna completa. Considero que esto no tiene nada que ver con el fetichismo y sólo se desea abarcar y guardar espiritualmente como una herencia esta forma de lo eternamente vivo, encontrada una sola vez. Ciertamente, soy una persona de marcado temperamento visual y tal vez de ahí venga mi sensación exacta de estos

puentes que conducen al camino de las más recopiladas supervivencias del pasado.

Me alegré mucho de haberme podido encontrar con mi querido sobrino unas horas antes de su marcha a París, donde estudia románicas. Está escribiendo una tesis doctoral sobre Proust. Resulta casi una cosa de magia ¿no le parece? Yo he cogido a Proust para releerlo y cartearme más fácilmente con mi sobrino, Y ahora, de pronto, llega su estupendo regalo: « ¡Escribiré para Vd. sobre Proust! »...

12 de agosto de 1958

Querida Renata:

Mi ternura hacia Vd. hace ya mucho que ha ido más lejos de lo que expresa el lenguaje de mis tarjetas. Mis cartas me parecen artísticamente contenidas y frías. Conservemos, no obstante, estas fronteras, vamos a quedarnos entre ellas. Se ha perdido, por lo visto, una de mis tarjetas para Vd. Y en las que ha recibido se me han olvidado muchas cosas y a muchas otras no he contestado.

En julio llegó una carta suya, que traía dentro flores de jazmín. He visto con toda claridad el día de verano por la tarde en Marburgerstrasse, el calor cegador sobre el pavimento; las tiendas de un solo escaparate, de frutas y hortalizas; los matorrales florecientes, en un pequeño jardincillo en el lado de la sombra... Y mi corazón se llenó hasta rebosar de la vida

y de la perceptible autenticidad que la rodeaban. En nuestro jardín, en ese momento, florecía otro jazmín igual.

No le he contestado a su anunciada venida aquí. Querida niña loca, si Vd. viene a M., naturalmente sin falta, al domingo siguiente de su llegada tiene que venir a comer —esto es indiscutible— a nuestra casa, en Peredelkino. Ya encontraré a alguien —personalmente no tengo derecho a entrar en el consulado— a quien poder pedir que vaya por Vd. y la traiga a nuestra casa. Pero ¿qué falta le hago a usted antes de salir «J.» en la edición de Fischer y se aclare su destino en Alemania? ¿Qué puede esperar de mí cuando el cuerpo y la sangre son para mí el trabajo? Mientras no conozca mi trabajo, quiero y debo permanecer para Vd. como una idea inmaterial. ¿Con qué la voy a subyugar, con qué la voy a conquistar? Por eso le pido que aplace su visita por un año, y ya verá cuánto sentido y cuánta belleza reportará con esto a nuestro encuentro, y cuánto más necesaria me resultará entonces su ayuda, su consejo, ¡Vd. misma!

El hombre que prometió enviar mi correo en primavera está vivo. Podemos confiar en que esas noticias de abril las recibirá Vd. en septiembre. Que el Señor la bendiga en España. ¡Con qué exactitud y qué conmovedoramente ha escrito mi dirección en ruso!

Esa carta de abril, tercamente recordada, constituía para mí un rompecabezas. Presentía que su contenido habría de afectarme dolorosamente, y en el fondo de mi alma confiaba en su pérdida. Se lo escribí así a Pasternak, y al mismo tiempo le mandé mis primeros versos que se conservaron en mi casa después del bombardeo de 1943. Era un fragmento de «El hombre que sufre hambre» —la vida de Van Gogh—, poema dramático para la escena. Además, le envié mis apuntes, que por fin había empezado, sobre la obra «Abelardo y Eloísa», inspirada todavía por Wilhelm Furtwängler.

Cuando en el año 1954 me puse a realizar esta idea, le envié a Hermann Hesse dos apuntes en forma de poesía, y algún tiempo más tarde le pedí que los destruyera, lo que cumplió conmovedoramente. Después de la muerte de Furtwängler tenía la sensación de que nunca podría escribir nada más. Recuerdo a Hermann Hesse con profundo agradecimiento, La magnífica carta que me escribió entonces se la recordé a Boris Pasternak en la mía, ya que el profético deseo de Hesse —al parecer— estaba cercano a la realización de la amistad con Boris Pasternak.

Montagnola, diciembre de 1954

Querida Renata Schweitzer:

Me daba lástima quemar sus poesías, pero su deseo está cumplido. Las dos están quemadas.

das. Entre tanto, habrá recibido, sin duda, aquellas pocas líneas que le he escrito en contestación a su primera desesperada carta. He pensado dos días en Vd., antes de encontrar las palabras convenientes. Porque no quería ni juzgar sus lágrimas, ni acariciarle la cabeza, pero sí decirle algo que fuera, dentro de lo posible, sincero. No deseo en absoluto irrumpir en un dolor vivo. Casi ya no puedo escribir más cartas. Con mi debilidad que aumenta diariamente, ya me resulta bastante molesto tener que leer lo que me traen cada día...

Pero ahora tengo que decirle una cosa: posee Vd. demasiado talento y, posiblemente, es demasiado sutil, para tener derecho a entregarse al tormento como una criatura cualquiera de la naturaleza. Me gustaría que de cuanto usted ha sufrido surgiera tanta idea y tanto fervor en lo verdadero y real que su vida se convirtiera, si no en feliz, al menos en más rica y profunda de lo que era antes.

Me resulta tan difícil encontrar palabras como a mis ojos y mis dedos les resulta difícil escribirlas. ¡Conténtese con eso!

Su  
Hermann Hesse

Publico esta carta para que la siguiente contestación de Pasternak sea comprensible.

15 de agosto de 1958  
(Tarjeta)

Todo ha llegado, milagro Renata, concédame tiempo para cobrar aliento. Olvídense de que he recibido todo, de que Van Gogh ha alzado ya la voz y que a mi lado, ensordecedoramente trágico, predica sobre los sufrimientos del mundo. No espere contestación de mí hasta que me comunique el haber recibido la no deseada carta de abril. Así y todo, algo amargo y algo alegre debo decirle ya ahora.

Lo amargo. Otra vez me resulta como un cuchillo clavado en el corazón lo que me escribe de mi retrato. La reproducción está descaradamente embellecida y rejuvenecida. ¡Cuántas veces habré de repetírselo todavía! Me parece antinatural, con unas ilusiones fotográficas, inducir a error a una persona que me es tan familiar y tan análoga. Sin embargo, no me apresuro a destruir esa ilusión. Me falta valor para enviarle una fotografía más parecida a mí y más fea.—En la próxima carta, lo haré.

Lo alegre. Como en todo lo sucedido realmente y no deseado e inventado de una manera abstracta, en mi inclinación hacia Vd. todo es inesperadamente justificado y sorprendente. En eso estriba la conformidad de la vida y la natural dirección del torrente espiritual. Que

el biógrafo de Tagore, Chatterji, me había nombrado a Schweitzer ya se lo dije, y el nombre de Alb. A. Schweitzer lo subraya Vd. en rojo en el recorte del periódico. Pero para convencerme de que le interesa no cualquier voz de la Unión Soviética, sino precisamente la mía, escribe: «Me interesa no solamente lo que piensa la mayoría de la gente. Comprendo perfectamente la diferencia, digamos, entre Hermann Hesse y un simple periodista alemán... Hablando en plan particular, lo que tenga usted que decir es para mí infinitamente más importante que la opinión de centenares, etc.» ¿No es una maravillosa coincidencia? ¡Puedo comprender fácilmente lo que ha supuesto para Vd. la preciosa carta de Hesse! ¡Si su tibieza no se ha enfriado todavía hasta ahora! ¡Ah, qué lleno está todo de belleza y verdad entre nosotros! ¡Pero la carta de abril establecerá para siempre una barrera y colocará fronteras! No se enfade si guardo silencio por una temporada.

Mi presentimiento de que esa carta de abril contenía algo importante, quedaba así claramente confirmado. ¿Qué podía ser? Mi alegría del creciente acercamiento se atenuaba con el miedo de algo amenazador, que era capaz de cambiar todo e incluso separarnos. Ya casi no podía imaginarme la vida sin estas cartas. Me tranquilizaba a mí misma, pensando que estaba

escrita en abril o mayo, y parecía que Pasternak al principio no se apenaba en absoluto con su posible pérdida.

Al día siguiente llegó un gran sobre con tres grandes fotografías. Y una carta... como sólo podía escribirla Boris Pasternak.

16 de agosto de 1958, sábado

Hoy tengo que ir por la mañana temprano a la ciudad. Generalmente, duermo poco antes de estos cortos viajes.

Son las cuatro de la madrugada. Ahora mismo, de un modo desigual, con silencioso temor y liberal desorden, las separadas y distantes estrellas, todavía entre dos luces del amanecer, germinan lenta y penosamente la vivificación. Se oye el canto de los gallos, los prolongados silbidos de las locomotoras sobre dos vías férreas que se bifurcan aquí...

Es el otoño. En primavera y en verano, las locomotoras y los gallos silban y gritan sin darse cuenta ellos mismos. En el otoño se tiene plena conciencia de eso, está animado hasta el infinito y de un modo triste.

Tengo que preparar mi correspondencia para la ciudad. Y ésta es una carta de acompañamiento a unas fotografías parecidas y monstruosas.

Permanezca tranquila y feliz. No haga esfuerzos, no se infunda nada. Los versos, los éxitos, todo eso son detalles. Al fin y al cabo, todo llega; aunque no de conformidad con lo pensado. Lo importante es el conjunto. El conjunto se hace acreedor de la envidia.

Sin esta carta tampoco las fotografías hubieran podido desalojar al poeta del centro de mis pensamientos como yo debería hacer, según sus insinuaciones. ¡Al contrario! Permanecía tan claramente ante mí en estas fotografías, que me hallaba profundamente conmovida. Cada una de las fotografías mostraba un lado distinto de su rostro. Permanecí sentada contemplándolas hasta que ya no pude distinguir nada, y el atardecer se transformó en noche.

De mi carta del 21 de agosto de 1958, Berlín

¡Qué extraordinario fue el 16 de agosto, en cuyo amanecer Vd. me escribió esta maravillosa carta, que ya llegó a mí el 20! —¡Cuatro días! — Si viera Vd. cómo he permanecido ante estas fotografías y su carta... No le pude escribir en seguida, era incapaz de pensar. Enmudezco de felicidad al recibir estos regalos inesperados.

Su fotografía, que también ha aparecido en «Nouvelles Littéraires», aunque naturalmente allí se trataba de una reproducción, aunque es menos precisa, cumple indudablemente su cometido. En ella se parece Vd. a un marqués francés. En cuanto a la fotografía destinada a «asustar», ha producido justamente el efecto contrario. ¿Qué dirá Vd. a eso? Indudablemente tengo muy mal gusto, pero soy partidaria de

la honradez y por eso se lo confieso. La he llamado «habitante del Olimpo», me imagino una corona invisible de laurel en torno a la cabeza, como en una estatua. De haberme convertido en escultor —como deseaba antes— hubiera esculpido esa cabeza para vaciarla después en bronce. Pues ¿y la fotografía del hospital? Sí, Boris, es la más extemporánea de todas las que he visto. Podía ser la de un joven de dieciocho años, después del primer contacto con lo cruel del más allá.

Su carta, escrita en la hora más melancólica del día y de la noche, es de lo más extraordinario... yo también le escribía a Vd. casi a la misma hora. Todavía no era noche cerrada, pero más tarde empezó el amanecer, y hemos visto las mismas estrellas.

Tuve dudas de si debía romper la carta, que todavía permanecía en mi mesa. Pero no podía, ya que se trataba precisamente de aquel «conjunto». ¿Quizá ahora ya la haya recibido usted? No quiero renunciar ni a una sola de las palabras escritas en ella, pero Vd. no debe sentirse por ello molesto o cargado. «No me esfuerzo ni me inculco nada», como Vd. cree. ¿Acaso no sería una auténtica chifladura desearse un destino tan loco como es el mío ahora? Es como si me azotara un huracán, en el que no estamos visibles ni Vd. ni yo. Yo tengo que intentar arreglármelas sola con eso.

Tenemos todavía el verano en pleno auge. Ayer no podía estar en casa, y estuve deambu-

lando hasta la media noche con un vestido blanco. Marchaba por las calles calurosas y animadas de gente, pero no veía nada. Sólo usted, usted permanecía a mi lado. Y su rostro, mirándome desde la fotografía, iba cambiando de acuerdo con el humor y las formas de su carta. Yo no tenía más que un deseo ¡que esta ciudad no fuese Berlín, sino Moscú!

31 de agosto de 1958  
(Tarjeta)

Querida Renata:

Esta tarjeta es únicamente un índice, para mí mismo, de todo lo que tengo que escribirle todavía. Tengo confianza en que todavía seguirá una auténtica respuesta. Las cosas en París van tan estupendamente y de modo tan fantástico como no he podido ni soñar, y como yo no merezco. Tengo la impresión como si me confundieran con otro, que de repente se va a deshacer la equivocación, y se acabará todo.

A continuación, su última carta con pétalos de rosa. Gracias, gracias, gracias por todo. Pero ¿cómo pedía yo haber leído «Nouvelles Littéraires», si en mis manos cae solamente una mezquina y poco expresiva parte de tales cosas y, así y todo, con poca frecuencia? Nunca me suscribiré a esta clase de recortes, por el antinatural y tan continuo «mirar al espejo». Algunas cosas, naturalmente, constituiría una ale-

gría el saberlas. Pero seguro que sería extremadamente entorpecido por las nuevas costumbres de nuestra censura postal. ¿No me reprenden, al menos demasiado, en sus «Nouvelles»? De sus poesías, parece ser que le escribiré alguna vez más detalladamente. Mi juicio y mi entendimiento, sin embargo, son unilaterales y limitados. La más auténtica y noble de ellas es, a mí parecer, las tranquilas descripciones de la naturaleza, como las de «En la finca abandonada», llena de un sentimiento contenido y oculto, que en mi temprana juventud me acostumbré a encontrar y a amar en Rilke, Lenau, Brentano. La más cautivadora y auténtica, la de los trágicos versos del año de guerra del cuarenta y tres, que culmina en «Espectros de Beethoven». Le doy las gracias de todo corazón por las dos fotografías que acaban de llegar. Me inunda Vd. de cartas y regalos. No estoy en condiciones de correspondería en esto. Perdóneme,

La carta con «pétalos de rosa» era la felicitación por la salida a la luz del «Doctor Jivago» y la «Autobiografía» de Pasternak. Leí la reseña en «Nouvelles Littéraires» y le escribí algo acerca de ello. No me arriesgué a mandarle todo el artículo, confiando sin embargo que Pasternak lo recibiría por otro conducto.

Luego, a principios de septiembre, llegó por fin la «carta lenta», depositada en la ciudad de Roma, a la que me unían muchos recuerdos y

donde estuve por última vez en otoño, hacía cinco años.

Hasta hoy no he comprendido todavía del todo por qué Pasternak tenía miedo de que esta carta pudiera ofenderme, desilusionarme o influir de alguna manera en mis sentimientos. ¿Acaso me consideraba tan insensible? Ciertamente él no podía imaginarse qué pesada y solitaria era mi vida y no sabía que lo que para él suponía tan «poco» era para mí superabundancia. Parece como si en mi carácter estuviera metida esta tristeza por el «hombre genial» y acepto voluntariamente la distancia, inevitable en las relaciones con él. Naturalmente, yo tenía un deseo comprensible de ver a Pasternak, conocer su nación y cuanto le rodeaba de cerca, que había marcado en él y en su arte la huella. La voz de una persona significa muchísimo para mí, y yo quería oír la de Boris Pasternak para que sus cartas se convirtieran en un discurso vivo.

Pero hace mucho que he aprendido a tener paciencia y también tenía ganas de prolongar la alegría de la espera de este —tal vez al fin— realizado viaje. Además de eso, estaba en contra de mi manera de ser sacarle al tiempo lo que no me había podido dar todavía, lo que aún no estaba maduro. La visita a una nación extranjera sin el conocimiento de su idioma, incluso de su abecedario, no me hubiera satisfecho. Empecé a estudiar ruso, y mi idea principal era aprender a leer la lírica de Pasternak

en el original. Porque desde luego es posible trasladarlo en traducción a otro idioma, con igual autenticidad de pensamiento, sonido y rítmica estructura de los versos. Pero uno de estos elementos sufre inevitablemente en tal caso, y si no, no se toma en absoluto en cuenta. Por lo visto, de otro modo no resulta. El idioma ruso tiene precisamente un sonido especial cuya fuerza es más difícil conservar en la atmósfera que en las traducciones de versos de idiomas europeos occidentales. No quiero decir con esto, naturalmente, que las traducciones en general estén desprovistas de sentido. Pero esto recuerda la discutida cuestión «del original y la copia» en el arte. A pesar de todos sus defectos, desde mi punto de vista, incluso una traducción deficiente es siempre mejor que un total desconocimiento de la obra. Despierta en el observador o en el lector el deseo de conocer determinada producción artística en el original, o alimenta un recuerdo. En cualquier caso, el esfuerzo de aprender el idioma ruso y las cartas de Pasternak llenaban hasta tal punto mi mundo interior, que sus recelos por la insuficiencia en tan limitada amistad eran completamente infundados.

Hasta ahora me maravilla que esta carta hubiera sido escrita el 7 de mayo de 1958, es decir, cuando Pasternak recibió únicamente dos de mis primeras cartas. ¡Qué confianza, qué necesidad de manifestarse en un largo mensaje...!

He estado vacilando mucho tiempo si debía o no publicar esta carta. Pero por cuanto las relaciones de Olga Ivinska y Pasternak, así como toda la personalidad en conjunto de esa mujer fueron presa de la mentira me siento obligada a desmentir esa temporada de descripciones calumniosas. Y ello con el testimonio escrito por el propio Pasternak. Una exposición verbal carecería aquí de peso. Lo hago también porque esos vínculos y la lucha interior revelan toda la dureza de su destino, de la que han surgido los mejores versos de «Doctor Jivago».

Gerd Ruge escribió entonces en su artículo: «Hablamos de la historia del surgimiento de la novela «Doctor Jivago». El tiempo ha ayudado a Pasternak a superar su crisis interior. No habla de qué tipo de crisis era. Tal vez fuera una crisis lírica, que le obligaba a escribir sus creaciones en una emigración interior y sin la posibilidad de publicarlas».

Dos años más tarde, Pasternak me hablaba en Peredelkino de esta «crisis interior». El trabajo de la novela lo salvó de la desesperación cuando Olga Ivinska había sido detenida por causa suya. Pero entregarse a realizar su creación no era para embrutecerse los sentidos, reconocía el dolor como un profundizar en el alma y lo transformaba en su creación. Era todo lo que podía hacer por Olga y ello constituía su constante agradecimiento.

Aprovecho la ocasión de un desvío en el camino derecho para escribirle a Vd. un poco más y con más libertad. Hace ya unos cuantos días que he vuelto a casa, del hospital. La pierna me duele todavía, pero cada vez con menos y menos frecuencia. Las visitas que he tenido estos días eran imprevistas e innecesarias. No soporto estos encuentros inesperados, sin previo acuerdo y preparación. El tiempo es caro para mí. Además, tenía que contestar a una serie de cartas, cartas buenas, de valor, del otro lado de la frontera, en parte de Francia y Alemania, Y pasando de esta serie a Vd., percibo de nuevo que es única. ¡Seamos amigos!

Tengo una mujer buena y encantadora. Ruge la describió en su artículo. Ella estaba casada con otro, yo también estaba casado. Yo la tomé en la guerra, habían sido destrozadas dos familias. La vida no me resultaba fácil: no estoy dotado gratuitamente de dureza e insensibilidad. La apasionada solicitud de mi mujer, su fogosa maestría en todo —en el lavado de la ropa, en cocinar, en la limpieza, en la educación de los niños— creó un hogar doméstico, un jardín, el tren de vida. El orden del día y el silencio y la tranquilidad necesarios para el trabajo. No se puede decir nada en contra de ella. Merece el cariño, la gratitud y la admiración. Engañarla, ocultarle lo que sea o traicio-

narla, es para mí tan inadmisible, imposible y doloroso, como para cualquier padre es insufrible amargar a su hijo, todas las expresiones de cuya cara conoce sin palabras, de antemano y a distancia, y cuya carita de sufrimiento tendría que llevar en la imaginación, lo mismo que lleva su fotografía en la cartera.

Y ocurrió lo inconcebible, que puede durar, tiene derecho a permanecer, es capaz de ello. Después de la Segunda Guerra conocí a una mujer joven, Olga Vsievolodovna Ivinska. Y rápidamente, sin fuerzas para soportar un desdoblamiento, con un reproche silencioso y lleno de amargura de mi vida, sacrifiqué la apenas iniciada intimidad, y dolorosamente rompí con O, V, Poco tiempo más tarde, fue detenida y pasó cinco años en la cárcel y en un campo de concentración. La detuvieron por causa mía, ya que a los ojos de los organismos secretos era la que permanecía más cerca de mí. Por lo visto, contaban que con rígidos interrogatorios y amenazas conseguirían de ella demostraciones suficientes para hundirme en un juicio. A su heroísmo y a su tenacidad debo la vida y el que no me hayan molestado en aquellos años. Ella es Lara, de aquella novela que precisamente empecé a escribir en aquella época, con interrupciones para trabajar en la traducción de «Fausto» y «Macbeth», y para traducir «María Estuardo», de Schiller. Ella es la encarnación de la alegría de vivir y del propio sacrificio. Vién-

dola, no puede uno imaginarse lo que ha sufrido antes.

Ella también escribe y transforma en versos correctos las traducciones textuales de nuestras culturas nacionales, según las hacen algunos desconocedores de las lenguas europeas. En los continuos disgustos con «Jivago», nada más dos veces me han exigido una declaración personal. Los altos jefes siguen considerando a O.V. como mí sustituta, dispuesta a cargar sobre sí el peso de las declaraciones y de los golpes. No soy juez en cuestiones morales ni luchador contra las formas. En cualquiera de sus manifestaciones me resulta detestable hacer filosofía sobre el «derecho del sentimiento», sobre el «amor libre» y acerca de las relaciones de la gente. No siento ningún respeto incluso ante la estética publicista de Thomas Mann o de Romain Rolland. Considero que las cosas, las criaturas y los asuntos deben exponerse en gran número y de manera sucinta, que hablen por sí mismos, y no desbordarse en largas y prolijas descripciones.

Con todo, sin embargo, el reconocimiento general de las formas resulta con frecuencia insuficiente; el no reconocimiento, que predica un sentimiento de arbitrariedad —precisamente por su prescrita rebeldía— es hueco y teatral. Esta rebeldía avergonzada, escondida, postzada por la ofensa del engaño, pese a toda la ocultación, reaparece una y otra vez, apresurada, cortante, limitada por la falta de tiempo

en lo más importante de lo común del propio contenido; sí es auténtica, es la casi absoluta forma de la atracción recíproca del espíritu, el alegre impulso, la exultación de la afinidad.

Mi carta se alarga. Me he metido en un innecesario lío de sutileza de confesiones que están tanto más fuera de lugar y son superfluas, cuanto que figuran más extensamente y expresadas con mayor fortuna en análogas teorías, que Vd. encontrará en la novela.

Lazos espirituales de amistad, pero muy estrechos, me unen con excepcionales mujeres en Francia: Hélène Peltier, profesora de historia de la literatura rusa y de ruso en la Universidad de Toulouse, y Jacqueline de Proyart de Bailleseourt, en París, conservadora de la sección de Tolstoi en el Museo Eslavo. Ellas dos, con el maravilloso traductor de poesías M. Acourturier y un joven llamado Martínez, se ocupan de la traducción francesa de «Jivago», para la editorial Gallimard.

Nunca más volveré a escribirle cartas tan desmesuradas. No gaste Vd. tampoco en mí tantas fuerzas espirituales y tanto tiempo. No soy tan romo y tonto como para atribuírmela, ni considerar que he despertado yo esa poderosa ola de su riqueza espiritual con la que, dicho sea de paso, me ha asombrado. Esa magnífica eclosión de su limpiísima esencia la atribuyo a otros procesos y cambios de su vida, no vistos ni merecidos por mí ni por otros no iniciados: el período de las altas realizaciones que

se abren paso, de parte a parte, en medio de un torrente de logros, de intensas fuerzas. Un período nuevo de oportunidad reinante, de realidad, de sabiduría. Que Dios le conceda todo eso.

La aparición del libro no sólo reportará alegrías. Traerá también una serie de ataques. Políticos: de los círculos comunistas, que tienen el ánimo predisposto; de los artísticos, por la ingenuidad contradictoria a nuestro tiempo, por la sencillez y transparencia del idioma, por una serie de tristes lugares comunes y por la llaneza. Vd, misma sentirá pena con sus páginas y estará conforme con la verdad de estos reproches. ¡Que esto no le amargue! Procure no tomarlo a pecho. No puedo cansarla más ni tampoco a mí mismo con esta larga carta, de lo contrario le expondría por qué el libro de las cosas importantes, que han costado en estos tiempos tanta sangre y tanta locura, hubo de ser escrito sencilla y claramente.

Y, por último, hasta un próximo agradable encuentro, amable, dilecta al corazón

Su B. P.

\* \* \*

Cuando recibí estas «noticias de abril», me sentí todavía más atraída hacia Boris Pasternak que me confiaba tanto de su vida íntima. No es la estática, sino la dinámica la ley del escritor. Y ¿cómo hubiera podido él alejarse de

su propia ley?... Me sentía feliz de saber que tenía a su lado una mujer a quien no asustaba ninguna clase de sacrificios; que en los crueles interrogatorios no permitía que le sacaran nada, que correspondiera a una realidad y pudiera ser aprovechado contra Pasternak. ¡Qué importante era para un hombre así poder salir de su aislamiento interior, tener la posibilidad de poder hablar con una mujer del mismo temple, encontrar la comprensión y, además, el impulso creador! Durante varios años tuvo que guardar silencio sobre muchas cosas. Ahora le estaba negado el esparcimiento, que podía servirle de estímulo para un nuevo trabajo. Pasternak se percató de que las fuerzas con las cuales —en su secreto aislamiento— había iniciado su libro, provocarían la tormenta. Para el huracán que, sin embargo, se desencadenó después de este mal tiempo, ni siquiera él podía estar preparado. Pero se inquietaba. Y yo estaba preocupada.

Quiso la casualidad que precisamente esos días me encontrara con una mujer —que no veía hacía mucho tiempo—, la periodista Ilse Urbach, a quien conocí en Hamburgo donde dirigía el folletón del periódico «Die Welt». Ahora ocupaba el mismo cargo en el berlinés «Kurier». Era la primera persona que había publicado mis poesías.

Le hablé sobre Pasternak. También le hice conocer mi idea sobre la posibilidad de que le concedieran el Premio Nobel, que ahora me

parecía más inaplazable. Quedé asombrada al saber que Pasternak ya estaba incluido en un reducido grupo del que saldría la elección definitiva.

Luego, contesté a Pasternak sobre su largo «mensaje a los romanos». Le dije que así y todo no se podía «establecer una barrera y fronteras». Su agradecimiento llegó pronto, y me trajo el tan cuidadosamente custodiado «tú».

18 de septiembre de 1958  
(Tarjeta postal)

Querida Renata:

¡Qué feliz soy con tu carta! Gracias. Qué grande, original y auténtico es todo lo que tú me escribes, qué alegrías nos esperan en adelante. Pronto leerás mi libro. Entonces verterás las únicas lágrimas que merece la pena, las mismas que yo no puedo contener cuando empiezo, o solamente intento, leer la traducción francesa.

Imagínate que eres todavía una criatura, estás aún en la época de la ante-guerra, en la espesura de una gran ciudad, casi como en medio de la naturaleza, como en medio del bosque, inundado de cielo, creado, nacido, preparado para el entusiasmo de experimentar la vida. Deambular por las calles, constituía ya entonces un gozo. ¡Esas muchedumbres, esa circulación, esos escaparates! Había una sensa-

ción rica e íntima del arte, como tal vez acontecería sólo en el mundo antiguo y en la época del Renacimiento. Por ejemplo, la creación de Malte Brigge, de elevada espiritualidad que ya no encuentra relación con lo verdadero y queda sin posibilidad de aplicación como una luz desaprovechada.

Lo mismo sucede con mucha de aquella inspiración y de aquella sutileza. Después de esto vino el Gobierno de los porteros y el economismo, la importancia de pisotear, de modo increíble —los nuestros y los vuestros—, a las víctimas y a los testigos en que nos había convertido el destino, la matanza de millones de seres, miles de ciudades destruidas. Me parece como si no hubiera hecho nada nuevo por mí mismo, como si mis predecesores y maestros, nuestros famosos romanistas —y los escandinavos—, tal vez hayan escrito todo esto con mí mano. Es como si yo hubiera encendido la vela de Malte —que permanecía apagada y sin utilizar—, y con la luz de Rilke en la mano hubiera salido a las tinieblas, de la casa al patio, a la calle en ruinas. Piensa con qué frecuencia en sus apuntes —lo mismo que le ocurría a Proust— no había modo de aplicar su genial penetración. Sin embargo, ahora, mira: montones, montañas de posibilidades de aplicación, chanzas y pretextos suplicantes para la creación. Cuánto sirve nuestra realidad para las chanzas, qué poco trágica y sería resulta. Pero es nuestra realidad terrena, nuestra pre-

cisión poética. ¡Vamos, pues, a llorar de felicidad y de horror! Temo haber escrito esta tarjeta con demasiada irreflexión, de modo impreciso e irregular. Ciertamente la escribo con lágrimas anticipadas, y tú ríete de mis faltas. Nada tienes que lamentar. Mi proximidad a ti —llámala amistad o como quieras— permanecerá junto a lo que por fin conocerás por la carta. Si nuestra existencia del uno para el otro te parece una adquisición, se va a ensanchar y profundizar. Pero no por el camino de los sentimientos, sino de los hechos vitales que parecen inmerecida y legendariamente serios y muy prometedores. No me escribas hasta que no leas el libro. Ya verás como tengo razón.

La carta avivó todavía más mi deseo de ver a Boris Pasternak y sopesaba la posibilidad de volar a Estocolmo, cuando recibiera allí el Premio Nobel. Esta celebración —sobre todo, la suerte de la tardía fama mundial, que resultaba una compensación insignificante a sus muchos años de vegetar, sufrir y desesperarse— tenía que significar mucho para él. Además, la alegría del encuentro con los familiares y los amigos que vivían emigrados. ¡El encuentro con los grandes escritores extranjeros! Pero mi entusiasta estado de ánimo no duró mucho.

La carta que recibí poco antes de la concesión del Premio Nobel, hizo que descendiera por debajo de cero. No soporto jugar con el destino y de todas formas me vi metida en esa

situación. Quizá algunos me juzgen, pero tomé mi decisión —después de madurarla mucho— y lo hubiera pasado muy mal yo misma, si este paso hubiera tenido éxito. Pero la vida de Pasternak era más importante. Nadie podía ni imaginar los peligros que había habido en su pasado, y qué amenazas se cernían sobre su presente y su futuro. De no haber recibido su «vacilante carta» probablemente nunca hubiera tenido tales remordimientos ni hubiera sentido tanto pánico. Los siguientes renglones de su carta no me dejaban tranquilizarme.

9 de octubre de 1958

Renata:

¿Cómo se te ha ocurrido volver a leer mi libro? Lo único que necesito de ti, en ese sentido, es que me digas con libertad y franqueza si lo has leído con facilidad sin un consciente esfuerzo de voluntad, y si su lectura te resultó agradable. Todavía dos o tres rápidos reproches, en calidad de orientación, para el futuro, por si tengo tiempo en mi vida de escribir algo grande y serio.

Estupendo que me hayas mandado esa reproducción de Miguel Ángel. El penúltimo verano he escrito algunas poesías, entre ellas una sobre la bañista llamada Eva. Casualmente, entre otras nueve poesías —publicadas en marzo de 1957, en la revista francesa «Esprit»— está

su traducción. Me salto las primeras cuatro estrofas sobre el estanque, los nadadores y los bañistas, etc., y copio para ti las tres últimas.

Oh, mujer, tu aspecto y tu mirada  
No me meten en un atolladero.  
Eres toda como la angostura de la garganta  
Cuando la emoción la aprieta.

Estás creada como un diseño  
Como un renglón de otro ciclo  
Como si, no en broma, durante el sueño  
Hiciste tu aparición de mi costilla.

Y en el acto huías de las manos,  
Te escurrías del abrazo  
Tú misma, turbación y susto,  
Y opresión del corazón del hombre.

Perdóname que la carta resulte vacía y tonta. No consideres como vanidad si de nuevo vuelvo a la cuestión de la lectura del libro. Me importa saber si la lectura te ha producido un auténtico deleite, como suele ocurrir durante la infancia con la lectura de algunos libros célebres que, por lo general, rodean nuestras vidas desde el comienzo.

Como algunos han sido muy amables conmigo, por supuesto quiero corresponder a esa simpatía con el necesario interés hacia ellos. Leo algo de literatura francesa y escandinava, en traducciones inglesas o francesas. Desde

luego son libros, autores, dignos estilistas, hallazgos, pero en total nada fascinante. ¡Qué diferencia de esto con la supervivencia del verdadero creador!

Lo recuerdo. Cuanto más seductor era lo escrito, cuanto más brillante la personalidad del autor, tanto más difícil me resultaba separar al uno del otro y figurármelos cada uno por un lado. La fuerza del pintoresco relato fluía a través del tiempo y el principal deleite consistía precisamente en sumirse en el rico y poderoso torrente, con independencia de la orilla por la cual se descendiera a él. Se llamaba «Crimen y castigo», «Domby e hijo» o «Madame Bovary», y el torrente los bañaba a todos.

¿Sabes una cosa? Mejor voy a interrumpir esta carta, para mandártela hoy mismo. Me aparto de mi regla de escribir solamente tarjetas para mayor seguridad y, por tanto, no puedo estar bastante seguro de que estos pobres, cansados y enmarañados renglones llegarán hasta ti. Tanto mejor.

Algunos consideran que me puede ser otorgado este año el Premio Nobel. Tengo grandes esperanzas de que me pasará de largo y alcanzará a Alberto Moravia. No puedes imaginarte qué cantidad de dificultades, preocupaciones y sufrimientos surgen ante mí, sólo con la idea de esta problemática posibilidad. En la vida existen situaciones en que no moverse de su profesión asegura el equilibrio de

quienes nos rodean. Un paso de desviación y nuestros más cercanos convecinos están condenados a los sufrimientos, los celos, las ofensas, las susceptibilidades, las amarguras de toda clase. Todo esto junto ha hecho abrirse de nuevo las heridas del corazón.

No se te ocurra comprar el libro, lo recibirás de la editorial. Mi futuro inmediato, mi perspectiva para mañana, están tan oscuros que me levanta dolor de cabeza el solo hecho de pensar en ellos.

Te deseo salud y felicidad. Acepta de mi parte, por todo, mi profundo agradecimiento.

\* \* \*

Volví a releer, una y otra vez, estas últimas frases. «Todo esto junto ha hecho abrirse de nuevo las heridas del corazón.» ¿Habría de ocurrir otra vez lo tremendo y, tal vez, ahora sin posibilidad de solución? ¿Se detendrá todo esto ante el hundimiento del propio Pasternak? Los sufrimientos que habían soportado la juventud y la salud de Olga Ivinska ¿los soportará Pasternak tanto tiempo postrado en el hospital? No podía tranquilizarme. El temor por su vida, el horror de perderlo, pensaba no poder aguantarlo. Pasaron el sábado y el domingo. Era ya cerca de medianoche cuando me senté frente a la mesa escritorio. Había mandado la última página de la carta de Pasternak a Estocolmo, al Comité pro

Premio Nobel, solicitando —si así lo exigían las circunstancias— aplazar por un año la celebración de la entrega, en caso de que el Premio se le adjudicara a Pasternak. Cuando ya había mandado la carta me asaltó la duda de si había obrado bien. Pero la cosa ya estaba hecha. Ahora ya era tarde.

Por las noticias publicadas en los periódicos, en los tres días siguientes todo se ponía en claro: Pasternak saldría vencedor del pequeño círculo de los candidatos. Pero yo no podía alegrarme. El jueves 23 de octubre, cerca de las doce de la mañana, sonó el teléfono. Ilse Urbach me daba la noticia que acababa de llegar: Pasternak había recibido el Premio. No le oculté las preocupaciones que me embargaban, si bien me daba pena estropear la alegría de Ilse Urbach. Su respuesta, tranquilizadora y esperanzadora, me permitió no obstante recobrar un poco el ánimo. ¿Podría ocurrir que la concesión del Premio mejorase su situación y recibiera permiso para salir a Estocolmo? ¿Acaso no miraba yo las cosas de modo demasiado lúgubre?

El día 24 de octubre, en los periódicos aparecía lo siguiente: «La Academia Sueca, por telégrafo, invita a Boris Pasternak a recoger el Premio el 10 de diciembre, en Estocolmo». Mientras tanto, la censura soviética impidió a los corresponsales extranjeros que transmitieran a Occidente la más mínima información sobre Pasternak. El corresponsal de D.P.A,

—de la agencia telegráfica de Alemania occidental— logró la posibilidad de hablar con Pasternak, pero no pudo pasar a través de la censura la noticia de la reacción del escritor. Los periódicos de Alemania oriental también guardaban silencio todavía. En contra de mi costumbre, esperaba cada emisión de noticias por radio y estudiaba cada noticia de los periódicos. El 26 de octubre leí el telegrama de Pasternak, recibido en Estocolmo: «Infinitamente agradecido, conmovido, orgulloso, extrañado, turbado». Pero al lado de eso, se decía que en Moscú ya se estaban preparando para la persecución del escritor. Un silencio agobiante cedió el paso a una tormenta ensordecedora. Me ahogaba el hecho de estar condenada a la inacción, de no poder emprender nada que pudiera ayudar a Pasternak.

En los días sucesivos aparecieron grandes titulares en los periódicos: «¿Se encuentra ya detenido Pasternak?» o «La casa de Pasternak está rodeada de agentes secretos de la Policía rusa». Uno de los periódicos, decía: «Del último comunicado de prensa que hemos recibido, que constaba de 500 palabras, han llegado hasta nosotros solamente dos: ¡Pasternak vive! »

El 28 de octubre, a Pasternak lo excluyeron de la Unión de escritores. El día 29, rechazó el Premio Nobel, «contando con la sociedad, a la que pertenezco». El día 30, quisieron despojarle de su nacionalidad soviética y

expulsarlo al extranjero. ¡Cuánto debió padecer su corazón, cuando en una desgarradora carta le pidió a Jruschef que no se recurriese a esta medida! Su amor era más fuerte que su orgullo. No podía dejar a la buena de Dios a la gente con la cual se sentía ligado.

No voy a juzgar en qué medida había surgido aquí el espontáneo sentimiento de los rusos, era como si todo el que viviese en tierra no rusa no fuera del todo real, como sí el hombre ruso en el extranjero perdiera a Dios y perdiera la felicidad. Pero él no pensaba en sí mismo, sino en su responsabilidad y en su problema.

Durante estos días, llenos de oscuridad, llegó una tarjeta apretadamente escrita el 30 de septiembre. ¿Tal vez la última noticia suya? No lograba liberarme de esa sensación. Boris Pasternak me parecía un niño que marchaba cantando al borde del precipicio. Quizá fuera la única posibilidad, en aquellos tiempos, el vivir así.

30 de septiembre de 1958

Renata, querida mía:

Empiezo a recibir cartas de Inglaterra y América llenas de comprensión y de agradecimiento. Ante estas cosas, siempre pienso en ti. También me ha escrito el propietario de la editorial Fisher, el doctor Gottfried Fisher,

con una expresión particular de devoción, y me ha enviado recuerdos de su mujer y de sus ayudantes en la editorial. Gerd Ruge, cuyos artículos en su tiempo nos acercaron tanto, tuvo que volver hace poco repentinamente a la patria. Su mujer se puso enferma aquí, en Moscú, cuando se disponía a un lejano viaje a Siberia. Ella se marchó entonces a Munich. Ahora se ha reunido con ella. Me escribe desde Munich, de modo conmovedor, que, a pesar de la enfermedad, ella sigue las ediciones del «Doctor Jivago», lo está leyendo en inglés y espera la edición alemana. Por mi parte es una inmodestia contarte todo esto, pero lo hago porque existe una tibia e inquieta tendencia en todo ello. Tenía idea de mandar a tu casa, sin pedirte permiso, a Ruge, su mujer y los Fisher, ya que tanta amistad sienten por mí. Pensaba darles tu dirección y decirles que, si fuera conveniente, se pusieran de acuerdo contigo por carta para mis asuntos en Alemania. Es una inclinación natural en mí el deseo de hermanas, de hacer que se conozcan más íntimamente entre sí mis más seleccionados y queridos amigos. Me gusta reunirlos en un conjunto. Se encuentran unos con otros con mucha más frecuencia que conmigo. En realidad es un pequeño círculo en torno a O. Nuestros visitantes habituales, es decir, los de casa, me resultan indiferentes. Esta sociedad dominical O. es completamente ignorada, aunque la componen gentes reconocidas que tie-

nen su porvenir asegurado en los círculos literarios y artísticos. Pero mi corazón no está con ellos, sino con aquellos pobres, ofendidos por la vida o con los que todavía son jóvenes y tienden hacia O., con el mismo entusiasmo con que se alegró Theens al recibir de ti un par de renglones. He contado a O. que te quiero mandar a los amigos arriba mencionados. Tuvo razón al decirme que en vano pienso que el mezclarte en esa red de amistades podía producirte placer. Realmente, tenía que haberte preguntado si esto no te molestaría y enfadaría.

Te comprendo muy bien. Perdóname y perdona también a Theens, con su gran espiritualidad y cordialidad. Estáis hasta tal punto presentes aquí, hasta tal extremo tangibles y palpables, que me produce la impresión de que el «Doctor» —que saldrá a mediados de octubre, el día 17— en Alemania, aparecerá sólo gracias a vosotros dos. Para los demás, será de paso y para añadirnos orgullo y alegría. Perdóname las tonterías que escribo. Añade a mi dirección de Peredelkino nada más que dos palabras: por Bakovka. Que tengas salud y felicidad. Te quiero y te abrazo.

Ernest Schnadel adaptó magníficamente el «Doctor Jivago» para la radio, y las transmisiones se hacían diariamente del 3 al 8 de octubre, de nueve a diez de la noche. Estas emisiones se convirtieron para mí en un gran acontecimiento.

Ahí estaba él, Boris Pasternak. Las distancias y el tiempo habían desaparecido. Me sentía en Rusia. La fuerza del lenguaje y de las descripciones, me ahogaban. Veía a Yuri y Tonía como si estuvieran vivos. Aunque Pasternak apenas apuntó su apariencia exterior, su carácter determinaba de tal manera su conducta, que los veía delante de mí. Estaban en la alcoba de la madre, en el coche de caballos, en el baile. La escena del suicidio de la madre de Lara en un oscuro hotel, y la primera aparición de Lara y de su corruptor, Komarovsky, ya ofrecían la posibilidad de presentir la relación con el futuro destino de Jivago. Moscú —esa ciudad lejana e inalcanzable—, se me colocaba más cerca, incluso la presencia del aire helado con sus susurros era como si hubiese irrumpido en mi habitación. Me acordaba de los «Versos eternos», de Li Tai Po, cuya estrofa fundamental me parecía surgida por esos aromas:

¿Cuánto tiempo dura el aroma de la mandarina  
en la mujer que la ha  
escondido bajo el brazo?

¿Cuánto dura el desprendimiento de las nieves  
y florece la centelleante avalancha?  
¡Y solamente esta cadena de mis versos  
sí será eternamente larga!

Sí, me parecía que también «Jivago» sería «eternamente largo». Lo que se decía en él correspondía al último secreto de la tierra, del que nosotros seguiremos preguntando siempre: «¿Por qué?»

Con qué arte teje Pasternak los hilos del destino secreto... Continuamente arde la vela tras la helada ventana en el callejón del Chambelán —como el símbolo de la vida de Jivago— encendida con el calor del corazón en el frío tiempo de lo deshumanizado. También esta vela era como si alumbrase el encuentro predestinado con la mujer, que debería llenar y aniquilar su existencia.

Muy emocionada con estas horas de la emisión escribí a Pasternak una carta. Y me sentí profundamente conmovida con la respuesta, escrita en la noche anterior al 22 de octubre, en la que se había enterado de la adjudicación del Premio Nobel. No sé por qué impulso, si a causa de la inspiración creadora o por una consideración de seguridad, eligió para una de sus partes precisamente esta forma.

21 de octubre de 1958

Dos encargos, Renata. Escribe, por favor, a Theens. Dile que he recibido su comunicación sobre la primera emisión nocturna del «Doctor Jivago» por radio, que ha escuchado con su mujer y sus tres hijas. ¡Qué bien encaja con su excesiva cordialidad en todo esto! Mi deuda con él me resulta cada vez más impagable, casi como me sucede contigo. Dile que no debe gastar así, en mí, su tiempo libre y sus fuerzas. No se quedará sin una respuesta mía de gratitud. Pero no ahora. Todavía espero escribirle. He aceptado un trabajo urgente y no por consideraciones materiales, pero así y todo solamente compensa si se hace muy de prisa. Por si fuera poco, recibo montones de cartas del extranjero y entre ellas hay algunas que es imposible dejar sin contestación y, además, eso está por encima de mis fuerzas. —Viene a propósito el decir aquí la evidente importancia que tiene para el mundo la necesidad de sencillez y de libertad, si todos se alegran así con el «Doctor Jivago», como con un afortunado pretexto de permitirse expresar la naturalidad—. Además, por culpa de mi pierna no puedo permanecer mucho tiempo sin moverme. Tengo que caminar todos los días unas cuatro o tres horas, como mínimo, y de forma animosa, casi militarmente.

Todavía más: tu posibilidad sobre lo de Suecia, sigue siendo hasta ahora una idea. En caso de realizarse, amenaza con destruir todo en mi vida y cierra y oscurece mi futuro inmediato. Theens me tiene que perdonar si en el transcurso de un corto tiempo no le voy a escribir.

Ahora, el segundo encargo. Dile a Renata —yo, naturalmente, no tengo ocasión de decirle esto— que su gran carta la he leído con lágrimas en los ojos, que hace tambalearse los fundamentos y que es un crimen enviarle a un hombre tales cartas creadoras. ¡Sí, y que me asombra lo mucho que ha leído! Yo ni siquiera sospechaba que Li Tai Po tiene esas estrofas. Es un hallazgo cegador. Creí que esta afinidad del olor de la mandarina y el ligero calentamiento de su piel era una peculiaridad propia de mi memoria, de mi experiencia. Y ya ves, resulta que incluso lo más subjetivo, si se observa y denomina correctamente, concierne a todos.

22/0 noche

Te felicito por tu éxito con los elixires y, ante todo, con la terminación del texto. Me agradó enterarme por tu carta que la segunda noche no pudiste escuchar la transmisión. Que tenías que ir al concierto, tenías mucho trabajo, una deuda inaplazable mandaba sobre

ti, y que estabas ocupada. ¡Ay, qué bien conozco eso de los trabajos urgentes, las cartas y las cosas inaplazables! ¡Así, de día en día, la creciente, indignante y provocadora maldita falta de libertad! El hecho de que a ti te ocurra sentirte su víctima sólo puede reforzar en mí el sentimiento de afinidad interior contigo. El calor de este sentimiento ya ha alcanzado el límite, y ya no tiene sitio para desarrollarse. Pero mi respeto hacia ti, precisamente a causa de esto, ha aumentado todavía más... Estabas en lo cierto con tu premonición sobre el Premio Nobel. Me lo han concedido, y a ti también te felicito por ello. El momento para la traducción de *SI*. no es en absoluto propicio. Por eso hay que terminarla fulminantemente. Por dos días de agotamiento, he perdido el sueño. Pero esto tiene que estar hecho. No te enfades conmigo si voy a permanecer silencioso, y no creas que me he olvidado de ti. Estoy contigo, te quiero, tienes que saberlo y sentirlo. Perdóname.

Yo sabía que Boris Pasternak no me olvidaba, pero tenía una gran preocupación. De qué y cómo va a vivir después de que la Unión de escritores —a la que pertenece incluso la casa que habita— lo ha excluido de entre sus socios. ¿Acaso tendrá que abandonar esta casa, el único sitio donde todavía encuentra refugio? Por compasión no le habían dicho ni siquiera que nadie tenía ya derecho a relacionarse con

él para ningún asunto. La Unión de escritores de Polonia, enterada de esto, hacía lo posible para convencer a la editorial del Estado para que firmara un acuerdo con Pasternak —que no sabía nada— y de este modo eludir la prohibición. Al fin y al cabo, la Unión polaca de escritores consiguió que a Pasternak le autorizaran realizar la traducción de «María Estuardo», de Juliu Slowazki, asunto que aseguraban era totalmente indispensable para los medios literarios de Polonia. Era ya la tercera «María Estuardo» traducida por Pasternak. La primera fue la de Swinburne —en el año 1915—; la segunda, la de Schiller —Pasternak la consideraba la única auténtica— y, finalmente, ésta de Slowazki.

Pero ¿cómo podría yo ayudarle? Si tuviera dinero volaría rápido a Peredelkino. Por desgracia, yo vivía en esos momentos casi sin blanca. No podía disfrutar de la herencia paterna. El senado de Hamburgo complicaba extremadamente la venta del lote de terrenos, perteneciente al grupo de herederos con los cuales era necesario parlamentar. ¡Eso podía tener una duración de años!

Confiaba en que me ayudase alguien de los que se hacían llamar amigos de Pasternak. Pero únicamente me topaba con puertas cerradas o palabras tranquilizadoras. En la Prensa dejaron de hablar de Pasternak, no se oía nada más sobre él. Le escribí, de todos modos, sin

confiar casi en que llegaran mis cartas. Pero llegaron. A mediados de diciembre me dio las gracias por medio de una tarjeta.

5 de diciembre de 1958  
(Tarjeta)

Querida Renata:

Te doy las gracias por todo. He recibido todo; las cartas, tu maravillosa poesía «El dolor tiene alas oscuras», con el clavel rojo, las tarjetas de Miguel Ángel, el libro sobre la Capilla Sixtina y el magnífico Rosselli, al que no conocía. Anteayer G. R. me entregó tu gran carta. Por favor, perdona que te escriba esta tarjeta a toda prisa sin esperar —como sería lógico— el momento de tener tiempo libre. Te equivocaría al no descubrir lo de siempre en estas líneas al parecer tranquilas y frías. El primer sentimiento que te embargue al mirar la recién llegada tarjeta, sin haberla leído todavía, será más cercano y auténtico que la sensación de su lectura.

No me has perjudicado en nada, y no comprendo de qué te arrepientes en tus preciosas cartas para mí. Quizá más que los acontecimientos de aquí me amarga lo siguiente. Después del éxito de «J», todos se han lanzado a traducir y a publicar lo que sea: poesías o prosa, que yo había escrito antes. Pero casi todo eso no vale para nada. Lleva el sello de-

plorable para todos nosotros —digamos para abreviar— de la época del expresionismo, el rompimiento de las formas, es inestable, está lanzado a la buena de Dios con una mediana comprensión de la temática, y es débil y flojo de contenido. «J» se eleva sobre todo esto precisamente porque representa en sí la concentración del espíritu y que —llegado hasta el término del esfuerzo interior— constituye precisamente un trabajo del espíritu. Me gustaría disolver esa densidad victoriosa con cubos, no con toneles de agua. Si los editores ya han sacado provecho y placer de «J», podrían haber esperado a que yo crease algo consistente y que llegara más lejos. Hay otra cosa, todavía más extraña e incomprensible. Después de la prosa, artísticamente escrita y correctamente traducida, se publica una terminación poética sin forma, en contra de cualquier regla de transformación en prosa, que sólo representa una mala prosa en pos de las huellas de la buena. No comprendo dónde está el sentido que culmina esta cosa innecesaria. Al lado de esto, las exactas traducciones de los versos, muy bien rimados, que nadie conoce o que ni siquiera sospecha. Los detalles y formas, en la próxima carta cerrada.

He recibido de Hélène Wolff —y de Kurt W.—, así como de Brigitte Fisher, unas cartas cautivadoras, repletas de bondad, grandiosamente indulgentes. Escríbele a la señora Brigitte que no se perderá la expresión de mis

sentimientos y que perdone mi temporal silencio. El maravilloso Theens me ha escrito, como siempre, una carta llena de generosidad y que da ánimos. Dale las gracias de mi parte.

\* \* \*

La carta que me había anunciado no llegó. Tampoco recibí una serie de las siguientes, ni llegaron a él mis envíos de cumpleaños.

Pero no perdimos el uno al otro. Resultó como una cosa simbólica que, precisamente el día de mí cumpleaños, recibiera una carta, escrita por una mano desconocida.

Moscú, 5 de enero de 1959

Muy respetada y querida señora Schweitzer:

Una joven, completamente desconocida para usted, se permite enviarle un saludo y los mejores deseos de la persona a la que el haber conocido ha sido para ella una gran suerte. Le hablo de Boris Leonidovich Pasternak, quien nos ha encargado —en realidad somos tres— que le transmitamos su cordial saludo. Imagino que en este momento no le resulta muy posible cartearse con usted. Por lo visto ha sido el motivo que ha hecho dar este rodeo por mediación mía. Con esta carta cumplo gustosamente la obligación que me he impuesto.

Nuestro encuentro con el señor Pasternak tenemos que agradecerlo, sin duda, a la casua-

lidad, que puso aquel día en nuestro camino a una viejecita rusa. A través de los periódicos, supimos que el escritor vive en Peredelkino. Al enterarnos, decidimos unánimemente ir allí —ríase, ¡por favor! — para ver por lo menos su casa y conocer los alrededores.

Por las críticas, nos enteramos de qué clase era la discutida producción del escritor. Esto me animó. Aprecio y respeto al hombre que se atreve a destacar con su incondicional y libre amor a la verdad, en nuestra sociedad colectiva contemporánea.

Esto me convirtió en una admiradora incondicional del señor Pasternak. Tengo que confesar que entonces y ahora he pensado y pienso mucho en él.

Comprenderá usted mi alegría cuando, gracias a los desmesurados esfuerzos de nuestra guía, conseguimos hablar brevemente con el señor Pasternak. El caso es que a la viejecita no le pareció bastante enseñarnos sólo la casa en que vive. No nos dimos cuenta cómo desapareció hacia el interior y —no sé de qué forma— habló de nosotros. Luego, comprendí que la amable viejecita obraba en su propio interés, buscaba a alguien que nos apuntara su dirección para que le enviáramos las fotos que le habíamos hecho. Me estoy poniendo pesada, ¿no es cierto? Parece como si tuviera necesidad de justificarme también ante usted de nuestra visita, al parecer insolente. ¡Bendita sea la viejecita!

El señor Pasternak nos recibió en el umbral de su casa muy amistosamente. Nos saludó incluso con cordialidad, aunque sé muy bien que precisamente el pasado noviembre había sido para él muy amargo. Moscú lo tenía en observación. Cada visita, seguramente, era controlada. Pero todo esto, naturalmente, usted misma lo sabe..., etc., etc.

Si le conviene, en cualquier momento puede utilizar mi dirección para enviar un saludo a Pasternak...

Por fin me enteré —aunque fuera de este modo— de algo vivo, real, sobre Pasternak. Parece ser que todavía nunca, a ninguna carta, había contestado con tanta rapidez como a ésta. Escribí una carta de felicitación para el día de su cumpleaños y rogué a esta joven que fuera el 11 de febrero a Peredelkino y llevara el mejor ramo de flores que fuera posible encontrar en Moscú. Esperaba, inquieta, carta con noticias. Deseaba saberlo todo, incluso los detalles más insignificantes. La amable joven cumplió mi petición mejor de lo que yo esperaba. De todos modos, escribí otra carta, incapaz de creer en el milagro de que la primera y el ramo de felicitación llegarían a Peredelkino.

Berlín, 3 de febrero de 1959

Dentro de una semana es el día de tu cumpleaños. No sé si llegará hasta ti la prueba de mi recuerdo, que debe llevarte ese día. Pero confío mucho en ello, debes saber que estoy siempre contigo. ¡Qué interminable y largo me parece el tiempo que ha pasado desde que recibí tu última tarjeta, que me ha hecho feliz! Tan largo que a veces me parece haberlo soñado. Pero tu simpático retrato, adornado siempre de flores, me mira —¡qué gran poder tiene sobre mí! —, y releo todos los signos trazados por tu mano. Poco a poco, empieza a fluir de nuevo el torrente. Cuando pienso que estos papeles te concernían, que tu espíritu y tu corazón estaban concentrados para decirme tantas cosas no pasajeras, los aprieto contra mi corazón y me siento tranquilizada. ¿Notas cuándo pienso en tí y hasta qué punto, consciente o inconscientemente, me das fuerza y sirves de estímulo? ¡Que me sea permitido decirte esto hoy, el día de tu cumpleaños! Que el 11 de febrero sea el día que traiga suerte y alegría y, ante todo, salud y paz. Y el don de la forma, y todo cuanto piensas y experimentas tan hondamente.

Una y otra vez releo tu obra, y siempre me cautiva su contenido, su descripción y sus escenas, y la musicalidad de su lenguaje. El encuentro con tu arte es el primero en mi vida

después del que digo; «He aquí cómo quisiera escribir, cómo quisiera expresarme. ¡Si pudiera! » Aquella convicción con cuya fuerza lo observado se convierte en ti en realidad, y sin ningún énfasis se eleva a la región de la poesía. Esto me subyuga, llevándome al extremo mismo del dominio que alcanza nuestro sentimiento espiritual perceptivo, y llega de esta manera a la perfección.

Si el carácter espiritual y la conducta de tales o cuales personajes no me resultan totalmente claros —no sé si esto es debilidad o mérito—, de todas formas me seduce mucho la posibilidad de conocer por este camino el alma de tu pueblo, y quererla. —Además, intuitivamente, lo he querido siempre—. Esto me ofrece la oportunidad de conocer hasta el final lo que para ti significa Rusia y su desarrollo. Si fuera egoísta, quizá desearía lo contrario. Pero ¡qué cortedad sería eso! Si precisamente lo que une a los pueblos es siempre lo espiritual. Es lo mismo que has vivido, has logrado con tanto amor, tanta pena y tan innumerables sufrimientos. Tiene que dar sus frutos aunque necesita mucho tiempo para convertirse en realidad. En este sentido, nuestra vida, por desgracia, es demasiado corta.

Te abrazo, y el 11 de febrero estaré pensando todo el tiempo en ti.

\* \* \*

De Boris Pasternak continuaba sin llegar correo. Pero a últimos de febrero me enteré qué desesperada y humillante era la situación en Peredelkino. De todos modos estaba contenta de que de nuevo se hubiese tendido hacia allá un puentecito.

Moscú, 16 de febrero de 1959

... Acepte mi cordial agradecimiento por su amable carta y el «afectuoso saludo» y, sobre todo, por su petición que me ha permitido encontrarme una vez más con Boris Leonidovich. Por desgracia su paquetito llegó el viernes, día 13 del mismo mes, así que la idea sorpresa para el día del cumpleaños no dio resultado. El sábado, después de comer, salí para Peredelkino con un ramo de mimosas, las únicas flores que se pueden conseguir ahora en la ciudad. Mi esperanza de que el escritor se encontrara en casa, se convirtió en realidad. Es posible, no, seguro, que Boris Leonidovich será capaz de expresar él mismo hasta qué punto se alegró con su sorpresa. Lamentó mucho que como consecuencia de la publicación de su charla con un inglés —con el cual habló más o menos como conmigo— se le crearan nuevos disgustos por parte de los soviets. Lo han conducido al extremo de que su mujer le ha pedido que no reciba más huéspedes extranjeros. En cuanto a nuestra conversación, se componía casi por en-

tero de palabras de agradecimiento por su parte. Sus últimas palabras fueron: «Por favor, transmita un saludo a todos sus amigos y dígalos que existo todavía sólo gracias a la bondad de ellos».

En todo caso, estoy segura de que su amable recuerdo de usted es como un rayo de luz en su vida, tan escasa ahora de alegría. También con este recuerdo se iluminará la negrura de sus días actuales.

Transcurrió todo un mes en silencio, no hubo nada de Pasternak. Hasta que, por fin, a últimos de marzo, llegó a través de nuestra joven intermediaria la respuesta mucho tiempo esperada a mi carta de agradecimiento. Las fotografías de la casa de Pasternak y de todo cuanto le rodeaba —que habían aparecido en los periódicos— gracias a la esmerada descripción se hicieron mucho más vivas. Yo quería saber más de la visita a Pasternak. Por otra parte, me llenaban de inquietud las misteriosas noticias que se publicaban. Decían que Pasternak se había marchado a Tiflis, para eludir el grupo de reporteros ingleses que acompañaban al primer ministro \* durante su viaje a Moscú. Me embargaba un desagradable sentimiento ante la idea de que no estuviera en su amada «Arca de Noé». Tal vez para las autoridades fuera precisamente el deseo de obligarle a desaparecer en algún sitio, y en el mejor de los casos forzarlo a escribir un libro sobre los petroleros de Bakú, como se lo habían propuesto en cierta ocasión. Pero aquella vez Pasternak logró rechazarlo. Me asaltaban multitud de ideas. La enorme distancia y el silencio de Pasternak hacían nacer en mí la inseguridad y el desconcierto. Pero la carta de la muchacha no me desencantó, sobrepasó cuanto yo esperaba.

\* Mc Millan.

Moscú, 17 de marzo de 1959

... No le he contestado en seguida, porque me he enterado por un conocido, que estuvo hace unos días en Peredelkino —y pasó al lado de la casa de Pasternak—, que Boris Leonidovich está de nuevo en su casa. Lo vio en su jardín.

En cuanto al súbito viaje de Boris Leonidovich me han informado que tuvo que alejarse del camino de los reporteros que acompañaban al primer ministro inglés. Confío en que la «oscura nube» que provocó la charlatanería de los periodistas ingleses se ha disipado de nuevo y se ha transformado en nubes más claras. Si para él ha de quedar el cielo cubierto de nubes, alguna vez el sol se abrirá camino y sus rayos —cortos de tiempo, pero tibios y claros— sustituirán otros días perdidos de buen tiempo.

El sol es como una divisa: cuando el 14 de febrero iba yo por la estación, hacia el tren de Peredelkino, brillaba en todo su esplendor. El gran ramo de mimosas atraía la atención general y, gracias a él, mis compañeros de vagón me lanzaban miradas amistosas.

Al cabo de media hora, el tren se detuvo. Ahora estaba pensando cómo llegaría hasta la casa del escritor sin atraer sobre mí la curiosidad. Para ello, rodeé el pueblo por la derecha; descendí por la espesa y limpia nieve

desde la montaña, vadeé los arroyos y subí despacio hacia el bosque. Al borde de éste se yergue la casa, de fácil acceso también desde la altura de enfrente donde está situado Peredelkino. Durante el trayecto solamente encontré a una persona. Hacía frío. El crepúsculo descendía lento sobre el blando y confortable paisaje, todavía invernal. Las verdes ramas del sauce, a la orilla del arroyo, disimulaban el presentimiento de una lejana primavera. En las distanciadas casitas al borde del bosque se encendieron las primeras luces y, a mis espaldas —en la iglesia del pueblo—, las campanas tocaban a vísperas. Con el corazón saltando en el pecho me encaminé por el senderito que conduce desde la cancela a la casa. Esta vez no entré por la terraza, sino que llamé por la puerta lateral. En el zaguán se oyeron voces. Inmediatamente reconocí su voz, y él mismo me abrió la puerta. Con gran sorpresa mía resultó que todavía me recordaba. Se alegró mucho y sinceramente con su regalo de usted. Tuve que entretenerme un poco antes de entregarle su carta, prendida en el forro de mi chaqueta con un alfiler. Boris Leonidovich sintió mucho que, por motivos ya conocidos, no podía dejarme entrar en su casa, tanto más cuanto que el saludo que yo le llevaba le era tan caro. Le pregunté si tenía que esperar respuesta. Me dijo que le escribiría a usted por correo. Nuestra conversación fue muy corta, ya que el poeta permanecía en la puerta con un ligero

traje de casa. Se interrumpió con la aparición de su mujer, que se había acercado a la casa con el niño. La situación era *incómoda* para todos los presentes. No tuve tiempo de decirme a saludarla, cuando la señora Pasternak ya había pasado a nuestro lado y subía con prisa las escalerillas. Boris Leonidovich le gritó algunas palabras que ella no comprendió. Sonreía ante esta situación, pero me daba la sensación de que su sonrisa era intencionada. ¡Y resulta tan fácil comprender a su mujer! Luego, entró unos minutos en la casa. Cuando volvió me trajo una fotografía suya de regalo con una cordial dedicatoria. Su alegría, su disposición amistosa y la cordialidad de sus palabras se referían particularmente a usted, querida y respetada señora Schweitzer. Me siento feliz con mi papel de intermediaría. No pude permitir de ninguna manera que cumpliera su intención de besarme la mano para despedirse. En este caso hubiera sido más que un gesto, de ningún modo merecido por mí.

No puedo decirle si su aspecto exterior reflejaba su tensa situación actual. Ignoro cuándo el sufrimiento dejó por primera vez la huella en su rostro.

No sé cuántas veces releí esta carta. El torturante conocimiento de los hechos era siempre mejor que el silencio absoluto. De Pasternak seguí sin tener cartas y las mías no llegaban a él. Por las notas de los periódicos tuve

conocimiento de que Pasternak estaba escribiendo una obra teatral, «La hermosa ciega». Esto resultaba tranquilizante y esperanzados. Estaba segura de que el trabajo sobre un tema nuevo puede, hasta cierto punto, superar su situación.

Yo misma estaba trabajando en este tiempo sobre un problema dramático. Estaba escribiendo un libreto de ópera, «Los elixires del diablo», según la novela de E. T. A. Hoffmann para el compositor Max Baumann. Sin embargo, el tercer acto nos producía aún muchas preocupaciones. A los dos nos resultaba claro que la solución que habíamos encontrado no expresaba lo que veíamos. Hacía un intento tras otro, pero estaba descontenta. ¡Qué ganas tenía de hablar con Pasternak en estas situaciones! ¡Qué perspectivas podía ofrecerme quizá con un par de palabras! Me concentré totalmente sobre mi trabajo, al mismo tiempo que su destino —paralelo a mi material— se erguía según mi impresión, como una bandera demoníaca. Pero yo tenía que lograrlo.

A mediados de abril el trabajo estaba terminado. De Rusia no había noticias. Me importaba mucho que Pasternak expresara su juicio sobre mi libreto, y al mismo tiempo tenía ganas de saber algo sobre su vida. No pude vencer la tentación de pedir de nuevo a nuestra intermediaria que llevase mi carta a Pasternak.

Berlín, domingo, 19 de abril de 1959

Hoy tengo que escribirte. Aunque no puedo abarcar y formular todo lo que ya ha ido hacia ti en conversaciones imaginarias. Era en los momentos cuando la música traía un profundo movimiento dentro de mi alma y como un sentimiento de pena. Pero la esperanza de que vas a tener en tus manos esta carta, me obliga a vencer la flaqueza. Qué diferente era todo el año pasado, hasta el otoño. Yo vivía, y tú estabas perceptible, cercano. ¿Qué significaba la distancia? Nada. ¿Y ahora? El invierno, los acontecimientos, el silencio... Todo esto me ha dejado como paralizada. Ignoro si esto no será mi irrupción en tu de nuevo conquistada tranquilidad, peligrosa e indeseable.

Acabo de leer tu libro «Acerca de uno mismo», que me ha enviado el doctor Fisher. Hay en él mucho sufrimiento oculto. Suficiente para una entera y larga vida. Las dos poesías de Rilke que has traducido en él, parece como si estuvieran escogidas para mí, para el momento actual. Me hace falta esta verdad, que viene como de tus manos:

Si alzo la vista del libro  
Y me pongo a mirar por la ventana  
Qué cerca estará todo, qué al lado  
Posible y emparentado al corazón.

Y de «Contemplación»:

Qué menudas nuestras discusiones con la vida  
Qué grande es aquello que está en contra nuestra...

Y el final:

El espera que empiece lo más alto  
Y cada vez vencía con más frecuencia  
Para crecerle en respuesta.

Parece a veces imposible en lo diario distanciar este conocimiento ya vivido.

Tu última tarjeta estaba fechada el 5 de diciembre del año pasado. Estamos en abril, pero ya finaliza. Durante este tiempo me he mudado de casa. No he recuperado la alegría. Sólo cuando tengo la posibilidad de encontrarme unos pocos minutos sola y sin estorbos, encuentro la compensación al dirigir la mirada sobre los árboles del parque y del pequeño estanque que brilla al encuentro de mis ojos. A veces, oigo incluso la llamada del cisne o el grito de los patos salvajes. Hemos tenido una magnífica y tibia primavera, con una gigantesca cantidad de flores. ¿Y la alegría? ¡Ay, Boris! Me parece que me estoy haciendo vieja. No realizaré nada de lo que he pensado, de lo que debo y puedo hacer.

Te envío mi «hijo menor», y me gustaría

que te dijera algo. Sobre todo el comienzo del tercer acto. Quisiera —y también el compositor Max Baumann, claro— que nos concedas el honor de dedicarte esta ópera. Pero, naturalmente, en caso de que esto te reporte alegría. ¿No podrá ser motivo para que te organicen un disgusto? Baumann escogió este material y me ha pedido que lo escenificara para él. Claro está tiene otros giros, nuevos hallazgos, y no se trata sencillamente del «fragmento». No era nada fácil realizar esto sin romper el estilo, porque este salvaje material romántico no se presta de ningún modo a la modernización. Además, ha habido que someterse al dominio del «lenguaje cantado». Sí, Boris, ha sido una experiencia en la que se precisaba el autodomínio.

Si puedes, te ruego me escribas algo sobre esto. Pero ¡por Dios! no te esfuerces por mí, no merece la pena. Salvo si te resulta agradable. Tal vez me gustaría aprovechar en los programas algo de tu opinión sobre la obra, si no tienes inconveniente. Para mí tendría un significado simbólico debutar ante el público con «Elixir», bajo tu «guía». ¡Ay, sí pudieras venir! No puedo desprenderme de mi fe en el milagro, y no me puedo quitar la idea de pasar parte de mis vacaciones de agosto en Moscú. Si existiese la posibilidad de verte, aunque fuera un segundo...

¡Cómo envidio a nuestro pequeño «ángel»

que entregará esto en tus manos! Si no la tuviéramos... En esto también veo la voluntad del cielo, que no desea nuestro exterminio.

\* \* \*

Nuestra amable jovencita —siempre dispuesta a la ayuda— se puso de nuevo en camino para entregar a Pasternak el libreto y mi carta. A mediados de mayo leí la respuesta que reanudó los lazos mucho tiempo interrumpidos.

Moscú, 3 de mayo de 1959

Sí, estuve allí el 1 de mayo. Hacía un tiempo espléndido. Fui de nuevo por la pradera, a lo largo del riachuelo, subiendo hacia el linde del bosque. Iba con el corazón saltando en el pecho y la esperanza de encontrar a Boris Leonidovich en casa. En el huerto ardía una pequeña hoguera, los arriates del huerto no estaban todavía abiertos. Se me vino el alma a los pies. La casa estaba como abandonada. Pero por algunos detalles se veía que todavía la habitaba alguien o se habían instalado nuevos inquilinos. La administradora me abrió la puerta, mejor dicho, salió a mi encuentro. A mi pregunta de si estaba en casa Boris Leonidovich, respondió: «No». ¿Cuándo volverá? No lo sabe. ¿Ha ido a pasear? Otra respuesta ne-

gativa. Le dije que traía una carta, que la debía entregar personalmente. Puse cara de lástima. Me mandó esperar y volvió con una hoja de papel en la que estaba escrito, en ruso y en inglés, que Boris Pasternak no recibía a nadie. Sin ninguna excepción. Lo lamentaba, pero quería ser consecuente. Ya pensaba dejarle a ella la carta y marcharme, cuando apareció Boris Leonidovich. Hasta ahora tengo ante mis ojos el rostro preocupado de aquella mujer. Boris Leonidovich dijo que me había visto desde la ventana, y me pidió que paseara un poco con él por el jardín. Me dijo que habían redoblado la vigilancia y le obligaban a vivir en un completo aislamiento. Me rogó que guardara esto en secreto. Creía que se trataba de un período de experiencia, y que una vez pasado podría mejorar la situación. Pocos días antes, con ayuda de la administradora, se había negado a recibir a un escritor que había llegado expresamente desde París. ¡Cómo debió alegrarse con su carta si accedió a escucharme viendo en mí a su enviada! Me percaté de que su gratitud era más que cordial. El juicio acerca del libreto —que, dicho sea de paso, me ha gustado mucho y seguro que será un gran éxito— tengo que recogerlo un domingo del mes de julio. Estoy muy contenta de eso.

A continuación empezó a preguntarme sobre su proyecto de venir aquí en agosto. Aunque no se expresó con demasiada claridad, pude comprender que no quería influir sobre usted

de ninguna forma en este aspecto. Créame que después de cómo nos hemos despedido —nuestra conversación se prolongó, más o menos, cinco minutos— estuve a punto de echarme a llorar de indignación y de pena, después de comprobar cómo tratan a Pasternak.

¡Perdóneme! Cuánto ha debido alegrarle su saludo, probablemente el único que recibe del extranjero.

En abril, vine de la ciudad de Landkwitz. En estos calamitosos días, la naturaleza serena que se extendía como una peana en torno a mi vivienda, una gigantesca casa blanca, me dio la posibilidad de vivir una temporada de suave tranquilidad y llena de sol primaveral. Esperaba el mes de julio y las noticias de Boris Pasternak. Además, todo el tiempo afloraba a mi conciencia la frase de la carta moscovita: «No cree que esto le perjudique». Ya me veía caminando por la pradera a lo largo del riachuelo enmarcado por las ramas de los sauces, hacia la casa en el linde del bosque. ¡Yo quería estar viajando ya hacia Rusia! Apresuradamente —como si de verdad tuviera que viajar en los próximos días— fui a la agencia de viajes. Me inscribí para el 5 de septiembre. Confiaba que para esa época él «estaría mejor».

Pasaron dos días después de esta decisión. El 24 de mayo encontré en el buzón un aviso para retirar de Correos una carta certificada. Como estaba muy cansada a causa del calor, casi dejo para el día siguiente el ir por el certificado. No podía imaginarme que me esperaba una carta de Pasternak, la primera que llegaba a mis manos después de medio año.

14 de mayo de 1959

Renata:

Perdona que hasta ahora no te haya contestado. Y para que no se me olvide —en el apretado torbellino en que me pierdo—, aunque pregunté realmente al «ángel» cuál era su nombre, se me ha escurrido en seguida de la memoria. Por favor, dime el nombre de esta muchacha cuando me escribas.

Esa muchacha es de un azul celeste indescriptible e irreprochablemente bonita. Intenté decirle algo en mi chapurreado alemán, pero éste se negó rotundamente a servirme.

Describes muy bien tu nueva vivienda —el pequeño estanque, los árboles tras las ventanas, el parque—. Es extraordinario lo que significa para mí la determinación en el tiempo y la distancia, el paisaje de la comarca, la zona de la ciudad, la estructura interior y los alrededores. Mudarme a un piso nuevo es para mí todo un drama espiritual. Si quisiera llevar esto hasta la comicidad, escribiría: la tragedia se escribe para justificar la representación del lugar, para compensar los decorados.

Tienes toda la razón: —«qué distinto era todo el año pasado, hasta el otoño... ¿qué significa la distancia »—. Este año ha cambiado tan colosalmente todas las cosas y las formas — ¡mi actividad, mi existencia! —. El hecho de que tantas cartas este invierno —tuyas y

mías— se hayan perdido, también pertenece justamente a estos cambios, a la naturaleza de los acontecimientos de este año. Nuestro «tú», en tu tratamiento y en el mío, suena extraño, fuera de lo corriente y tenso. Pero ahora resultaría más vulgar tratarse de «Vd». Todo cuanto se ha hecho ahora del dominio público era —cuando te escribía el año pasado, todavía desde el hospital— únicamente un tímido pensamiento que no concernía a nadie. —Por supuesto, tengo en cuenta mi destino de escritor, del que aquí depende todo.

Quieres venir aquí en otoño. Por favor, no lo hagas. Aplázalo todavía por un año más. No eres la única a quien suplico que renuncie al viaje. La señora Proyart, mi amiga francesa, tiene que venir aquí por motivos científicos, en calidad de eslavista. Pues bien, le he rogado que no lo haga y lo aplace por un año. Me resulta imposible, criminalmente antinatural, el recibirte en el marco de la única posibilidad que ahora se me permite. En relación a posibles encuentros, no creas que estoy más libre ahora que en tiempos atrás. ¿Qué sucedería si vinieras y yo, desde el principio, me negase a dejarte entrar en mi casa? ¡Esto es para volverse loco! No tengo derecho a explicarte la hechicera fuerza de estas medidas transitorias. Confío en que todo se transformará en razonable. Ahora surgen mejores medidas y, al parecer, quieren que esto se note.

Sucede que aquí tienen importancia no sólo

las circunstancias accesorias y las exigencias ajenas. Se precisa un año de espera, y yo mismo lo necesito por motivos de índole espiritual. Me remuerde la conciencia y me avergüenza recibir de todas partes muestras de respeto y buenos sentimientos, a los que no correspondo con el pago de nuevos logros. Finalmente, tengo que hacer realidad las nuevas ideas que tengo en la cabeza y no solamente por satisfacer una necesidad interior, sino para dar forma a cuanto se deduce del «Doctor Jivago». Quisiera escribir una obra de teatro en prosa. Pero ¿cómo y cuándo podré ocuparme de eso ante tal sobrecarga de relaciones y cartas?

Se está extendiendo por todas partes una falsa propaganda relacionada conmigo, como si ello redundara en mi fama. Es posible que, en parte, a ti también te hayan mezclado en eso. En América, por ejemplo, mi libro lo interpretan como si se tratara de un criptograma; los nombres de las calles y los nombres propios, las distintas situaciones, incluso las sílabas separadas, lo estudian todo como si fuera una oculta profundidad del pensamiento. De ser el libro una incoherencia tan anti-artística y antinatural ¿qué se podría alabar en él? Todo mi simbolismo —si es que es tan importante— consiste en que sin quebrantar el realismo, para mí obligatorio, y la exactitud circunstancial he tratado de describir lo global y, como siempre, he resbalado en torno al fenómeno y a la acción. Siempre en virtud de un

movimiento de inspiración, tal como lo he observado, lo he visto y lo conozco.

Lo que voy a decirte ahora del romanticismo y de la música —gracias a todos los errores crítico-biográficos— te parecerá inesperado y extraño. Lamento que mi pequeño artículo sobre Chopin—cuatro o cinco páginas— haya quedado sin traducir y desconocido. Voy a escribir hoy a París diciendo que quiero resolver este problema. Allí he escrito todo lo relacionado con esto.

Lo que he borrado aquí con goma, amenazaba con convertirse en un tratado. Pero esto es irrealizable e imposible en una carta. Las palabras «romanticismo» y «música» no figuran, por cierto, para mí como sagradas. Estas ramas de la actividad existen —según creo— sólo para entorpecer de un modo fabuloso al genio, que expía y repara el paso de siglos enteros de oficio de su problema de compensación. Me gusta la tranquila locura de Schumann, todo lo lírico de sus fantasías: en la Segunda Sinfonía, en el Concierto, en el Quinteto. Me gusta la melodía popular de Brahms. Pero la Kleiseriana, todo eso que corre velozmente en ambos compositores, y en todos, esas marchas que atruenan, el oficio cuadrículado de la forma musical, la previsión que engendra los temas en un aspecto hecho, la retórica, las excentricidades huecas de agitados o tranquilos ritmos «volitivos», la mitad de esa música, la mitad de lo creado en la música es frívolo e

inútil hasta hacer reír. Tiene tan poca diferencia del mecanismo de los sencillos ejercicios de escalas, que el profesional de la música debería llevar a cabo estas carreras sonoras diariamente en sentido de improvisación, y en seguida olvidarlas... Y de pronto, después del violín de Paganini tocando al galope y con una velocidad endiablada, a Chopin se le ocurre que en la música cabe la posibilidad de una auténtica vida interior, que este nuevo ancho diapasón del virtuosismo técnico puede ser llenado por lo auténtico que existe, con un sentimiento espiritual propio, con un enorme contenido nuevo. Así fue como llegó la redención de lo artificial y se mantuvo. —Al lado de Chopin sólo puedo colocar a Bach, Wagner y Tchaikovski.

Me gusta el romanticismo, pero no como algo creado por obligación, reiterado, no como el arte con el uniforme del genio. La originalidad no oficial de Gottfried Keller, lo que se oculta detrás de su imaginario tono de brusco realismo y expresado con ropaje corriente me dice más que todas las salvajadas de E. T. A. Hoffmann. Por otro lado ¿qué hubiera sido Dostoyevski y quizá también Dickens sin Hoffmann?

Después de lo expuesto ¿qué más precisiones puedes esperar de mí? En primer lugar no debes tener dudas de la sinceridad de lo que sigue. Cada palabra será pura verdad. Pero ¿qué debo decirte que sea útil para que lo ci-

tes? No tengo ningún miedo a eso. Escribe lo que quieras en el programa.

Para mí será una satisfacción y me alegrará si me dedicáis la ópera. Pero ¿merezco esa dedicatoria? A continuación voy a escribirte en tercera persona, sin tratamiento, para tus posibles referencias.

Es archisabido que el mundo de las ideas de E. T. A. Hoffmann —nacido del teatro y de la música— aparece una y otra vez en el escenario musical. Por tanto corresponde dar la bienvenida a esta nueva ópera de Max Baumann, «Los elixires del diablo», y alegrarse de su aparición. El libreto de esta ópera está escrito por Renata Schweitzer. Lo ha hecho de una manera magistral. La falta de espacio en escena y la natural exigencia del libreto le han ayudado en esto. No sabemos si lo quiso o no la propia escritora, si fue de un modo consciente o inconsciente, pero el caso es que ha logrado, por el camino de la exageración y el aumento reglamentar la violencia y la arbitrariedad de Hoffmann. Los principales temas de la acción están conducidos por ella hacia un grupo de elementos de viabilidad. Lo que en el material romántico parece, a veces, una convulsión histérica, en la desarrollada elaboración interior se ha transformado en una sana reducción de músculos. Los elementos esenciales de enlace son como pájaros puestos en libertad; primero se separan volando el uno del otro; al final vuelan de nuevo para reunirse como

palomas mensajeras. Lo más logrado de la obra es el comienzo y el final de la construcción y del texto donde los encendidos versos están más justificados. También la parte central —mucho más artística y retórica— donde la inspiración de la fantasía de Hoffmann se desarrolla con especial frenesí y el tema de los mellizos transcurre como un rápido juego de cartas, gracias de nuevo a la ayuda de la exageración, la escritora logra hacer algo de mucho valor. El enredo amoroso surge no sólo por el hecho de haber mellizos, sino porque las figuras principales representan entre sí recíprocas igualdades. Dicho de otra manera, acontece porque la apasionada tensión de los sucesos relega las vivencias amorosas a segundo término. Mejor verdad sobre la base filosófica de los espectros de Hoffmann ni se puede encontrar ni se puede ofrecer. La autora del libreto no podía desearse nada mejor.

¡Qué inaguantable y vulgar suena y parece todo esto!

Te abrazo

Tu B.

Al leer esto me sentía feliz, y al mismo tiempo, avergonzada y amargada. Tenía que renunciar al viaje, a mi encuentro con Pasternak. Por suerte, sabía que estaba vivo, que escribía, que estaba en su casa. Había gastado tiempo y esfuerzo para cumplir mi petición de decir unas

cuantas palabras sobre mi obra. ¿Cómo debía darle ahora las gracias? Escribí durante toda la noche, hasta el amanecer.

15 de junio de 1959

Renata:

Te doy las gracias por ser tal como eres, por estar hasta tal punto presente en tu carta que leyéndola puedo entrar en ella. ¡Qué buena eres, qué sincera y qué fuerte! Cómo lo describes todo —leo la carta en la cama—, con qué viva amplitud y libertad me regalas esta viva impresión y haces que se desarrolle todo en tus palabras: el verano, la ciudad, el sol del mediodía. Sin palabras de más, misteriosamente completo, verdadero. ¡Gracias a ti que lo ves todo y todo lo comprendes!

Naturalmente tendría que saber el nombre. He debido preguntárselo. Ahora recuerdo que cuando la conocí le pregunté si se escribía con «v» como «Voss». Después que me lo has dicho, he recordado esta pregunta y la oigo todavía, pero el mismo nombre se me escurre. Es que inoportunan mi memoria con tanta frecuencia y tan inesperadamente —con toda clase de sorpresas, amarguras y alegrías— que me falla. Que no aparezca nuestro ángel antes de finales de julio. Quiero regalar a esta amable muchachita algo que merezca la pena y que sea de valor, pero no sé el qué.

No gastes en mí el tiempo, cuando estés en el Mar del Norte. Debes tener también tus propios problemas, tus obligaciones y tus propósitos de crear algo. Aprovecha el tiempo de las vacaciones. No lo sacrifiques para mí. Escríbeme, de vez en cuando, cartas breves para que yo pueda mirar y verte de nuevo en la carta. Lo que me apena con relación a L. —ya te he escrito de O. V.— y lo mismo en lo que a ti te concierne es que quedo ante vosotros como un vago. Lo recibo todo de vosotros y disfruto, y con lo único que os podría contestar y dar las gracias —una nueva obra— ¡avanza tan oblicuamente y despacio! No os merezco, pero el trabajo vive en mí, creo en él. Eres tan buena, tan indescriptiblemente buena. Me contengo de palabras más fuertes que tienden a escaparse, mi encantadora y generosa amiga.

Tu B.

P.S. ¿Habéis oído hablar —tú y Baumann— algo de Karlheinz Stockhausen? Me escribe de él un amigo mío, un ruso emigrante, crítico musical —musicógrafo—, Pierre Luvchinski, desde París. Este joven músico —Stockhausen— le ha escrito a Luvchinski una magnífica carta sobre el «Doctor Jivago». ¿Por qué a él?

Bendíceme, reza para que yo trabaje, para que no me entregue a la agradable y fácil tentación de escribir cartas, en vez de cumplir mi deber con profunda seriedad.

De la carta del 1 de julio de 1959, Berlín

¡Mi querido «vago»!

Es una palabra encantadora, pero no te va de ninguna manera. Ayer, lunes, recibí tu carta. Temo entristecerte sacando de nuevo a relucir el inquietante tema, aunque esto sería nada más que una variación. Esta vez el cielo estaba borrascoso, cubierto de nubes, embriagaba el olor de los tilos florecientes, y la eterna esperanza camino de la oficina de correos. ¡Qué bien si llegara algo tuyo! El alocado latir del corazón al ver un sobre escrito por ti, el presuroso regreso a casa y otra vez este inexplicable cansancio. ¡Te estoy tan agradecida, mi Boris!

Todo el domingo último estuve pensando en ti. Era incapaz de hacer nada, y permanecía sentada ante tus cartas a lo largo de media noche. Durante todo este tiempo la felicidad y la desesperación desfilaron de nuevo ante mí. Después de comer te he enviado unos versos sobre la tormenta, que me ha inspirado esta última noche tormentosa. Naturalmente, era un escándalo mandarte eso. Es una falta de control. No he podido dormir estas noches, pensando en lo siguiente: ¿qué hacer para conservar una mínima distancia? Ha sido un impulso de la violencia poética de la fuerza de la naturaleza, que no tiene derecho a pretender llevar el nombre de «versos». Lo escribí como en trance, y

tenía que sacar fuera de casa este fragmento. Después, me quedé como exprimida. Esto resultaba más doloroso, debido a tu «primera» carta después de una larga interrupción. ¡Ay, Boris! ¿Cuánta electricidad puede acumularse en una persona? Tengo a veces la impresión de que saltan chispas de mis cabellos y de la seda de mi vestido, tan pronto como los toco. Hoy, con tu carta, es como si te sintiera absolutamente cerca. No podía esperar que contestaras tan pronto, después de que yo no había podido decidirme a contestarte en tanto tiempo. ¡Ay, hacía tanta falta un poco de tranquilidad a mi despedazado corazón! Ahora duermo como una criatura el día de Nochebuena, rodeada de todos los regalos con que me has inundado.

Llévame con más frecuencia a tu pensamiento, y conviérteme en lo que quieras. Es posible que después, quede al menos algo auténtico. ¡Ojalá no estés demasiado desilusionado con la realidad! Esto, me ahoga como una pesadilla y lo único que me consuela con el aplazamiento del viaje es la posibilidad de desarrollar más mi sueño. Si no fuera por esto, no quisiera vivir más. ¿O lo consideras una cobardía?

Además, querido, no te sobrecargues demasiado de trabajo, renuncia tranquilamente por ahora al cumplimiento del «deber» en beneficio de las cartas que tengas ganas de escribir. La absoluta libertad del espíritu es, con frecuencia, mil veces de mayor valor que lo rea-

lizado con el esfuerzo. Cuando te embargue la alegría de la inspiración recuperarás, con la velocidad del viento, lo que hayas aplazado. Es probable que la carta de Karlheinz Stockhausen te traiga magníficos momentos. Desgraciadamente, sólo he oído su nombre; pero preguntaré acerca de él a Baumann. ¿No podría tu amigo dejarte esa carta o sacar una fotocopia? A lo mejor Stockhausen es demasiado modesto para enviártela directamente.

26 de julio de 1959

Renata:

¡Cómo me alegras y me asustas siempre! Soy un grosero por haberte dejado hasta ahora sin respuesta a tu magnífica poesía sobre la tormenta. Resulta más canallesco todavía que —partiendo de tus renglones, que conjuran la vida— te escribo cartas de amor. Es mejor que pongamos punto aquí.

Del librito sobre el «Arca de Noé» no sé nada. ¿No rechaza en exceso ahí el contrapeso de lo admirable? En tal caso, por favor, no me lo mandes.

Un tal doctor Rolph Dietrich Keil de Hamburgo-Nienstedten, calle de Gustav Schwab, 3, autor de una buena traducción alemana de los sonetos de Shakespeare en la edición de Dietrich, ha realizado toda una serie de traducciones cuyas rimas y medidas corresponden exactamen-

te a mis últimos versos. Ha hecho estas traducciones para la editorial de Fisher. Hazte con el libro cuando aparezca. ¿Tal vez María te pueda conseguir una copia a máquina antes de que salga el libro? Es posible que la traducción no sea tan buena como me parece a mí, y tengas todavía tiempo de corregir algo. Solamente sus disminuidas y, a veces, no exactas rimas tienen algunos trazos extraños. Esto no es importante ni se nota mucho.

He recibido algunas cosas de la lírica alemana actual: Kuno Raeber, Paul Celan y Anderes. Por favor, no saques conclusiones de mi conducta personal como si yo fuera enemigo del modernismo. Todo esto es verdaderamente precioso, lleno de clara expresión, de sensaciones agudas e incomprensiblemente verídico. Yo también he sido como ellos. Pero además de la madurez que da la ancianidad, existe otra madurez que no alcanzamos nosotros, sino la vida, los objetos, la comprensión y los problemas del tiempo. Después de todo lo que he visto, vivido y soportado durante los últimos años, no tengo derecho a permanecer fiel a la comodidad de mis primeras formas de expresión. Tengo que prepararme hacia algo más difícil, más insólito. Aunque me resulte peligroso, tengo que hacerme incorruptiblemente verídico.

Sobre música. Por mi parte es una ligereza enorme —con esa manera mía demasiado comprimida y rápida y encima mi defectuoso alemán, inglés y francés— lanzar ideas desorde-

nadas que deben significar algo duro y determinado y que, de esta forma difícilmente comprensibles, caerán involuntariamente en el vacío. Es una impertinencia estúpida de mal gusto.

Los estilos, el pasado, la época del florecimiento de las artes, la cima de la cultura —en el sentido en que la reverencian y se solazan con ella las gentes académicamente educadas— no son cosas sagradas y para mí no significan nada. Puedo decir —con ligera exageración— que aunque Shakespeare representa por sí la indiscutible autoridad de cuatrocientos años de realidad continua, continúa siendo magnífico, vivo y genial. O, aunque Bach era un músico profesional, su creación —auténticos descubrimientos— es inmortal. Si no vas a comprender las siguientes comparaciones en un plan estrictamente técnico, casi podría decir lo siguiente: el arte —así es su naturaleza— siempre se describe en condiciones que no son sólo un fin, sino al contrario, con entorpecimientos que es preciso reducir y dominar, sin quitarlos del camino. Son —en su género— cuerdas circenses por las cuales es necesario caminar, como si no fueran cuerdas y como si caminar por ellas no se diferenciara en nada de caminar por el suelo o por un terreno liso. Otra vez exagerando en extremo y no en sentido de virtuosismo —¡Dios me libre!—, sino en el fondo del asunto. Vivimos y creamos y, a fin de cuentas, quisiéramos llegar a una conclusión: la medi-

da y el ritmo, la poesía, en la manera de permanecer en forma natural y artística, ensanchar el volumen de la naturalidad, descubrir los rincones y la superficie de la naturaleza, de los que la ausencia de práctica, la mediocridad y la torpeza ni sueñan ni imaginan. Piensa, por ejemplo, en la extraordinaria naturalidad de Goethe, cuando vierte el torrente de sus ideas en forma de poesía. En ocasiones parece que nos encontramos aquí con el rescate del idioma y se convierte de nuevo en indomablemente creado antes que todo lo demás.

La cosa, pues, está siempre en el contenido. La posibilidad de mezclar el entendimiento en la vida social y cultural es tan importante, sin embargo, que confundimos las cosas. Y con más frecuencia por error, tomamos una por otra.

De este modo, las cuerdas como tales, sobre las que nadie ha pisado y por las que nadie ha pasado todavía —dicho de otra manera, pobres de contenido o vacías tanto si son formas clásicas o románticas del arte— se reconocen y atraen el respeto, como si esas cuerdas fueran vivas. El arte se crea y se mantiene en la altura no por sí mismo, no por la fuerza de las reglas de la forma artística, sino gracias a las faltas y a las excepciones. Calderón y el teatro español existen porque vivió su antípoda, Shakespeare. Miguel Ángel salva toda la época del Renacimiento y lleva a la vida lo que, de no ser justificado por él, no se hubiera mantenido con su

propio peso. Entonces, todo se convierte de pronto en opulento y atractivo. Pero no olvides que todo esto es aproximado y exagerado. Es para darte una ligera idea sobre el proceso del pensamiento. Temo que voy a parecerte un analista doctrinario, que me adjudicarás despreciables caprichos de gusto y un esnobismo reaccionario como tributo a los clásicos. Por tu bondad, estarás dispuesta a darme la razón en lo que contradice tu forma de pensar.

Entiendo como romanticismo no una corriente pasada, no una escuela que haya existido, no una fase de desarrollo del arte, sino el romanticismo como principio: la creación, no primaria; la literatura por la literatura; el entusiasmo artístico, por parte del artista —en contraposición de lo cual el genio creador del artista desprecia el arte, inclinándose únicamente a la vida, a través del arte—, otra vez está en parte exagerado para que lo puedas captar mejor, y la música permanece al lado porque, independientemente del contenido, lo formal tiene para ella casi un sentido exhaustivo, más que en la poesía y en la pintura. Escuchas a Brahms, y te conmueve el hecho de que sea tal como debe ser. No tropiezas con nada inesperado, con nada que no sea habitual. Haydn, Weber, Schubert parecen ingenuos, como campanillas —en la hora mecánica de su tiempo—. Tomemos por ejemplo a Bach —en parte a Mozart, en parte a Beethoven y Schumann, Chopin, Wagner—. Pero tomemos como ejemplo

a Bach. Aquí está presente, hay algo maravilloso aquí que va contra lo que se espera, que traspasa las exigencias de la estética. Nos hubiéramos saciado con esta modulación, hubiéramos estado agradecidos por esta decisión. Pero no. El acumula y acumula, lo complica y dificulta. Podía haber terminado aquí, y le hubiéramos aplaudido con lágrimas en los ojos. Pero no, es terco, de carácter voluntarioso y camina cada vez más lejos y no quiere detenerse. Esto irrumpe en la creación y sobrepasa las formas y las condiciones de los versos que surgen, se hace presente, inesperadamente eterno. Y aquí comienza lo sagrado, el realismo y todo lo que amenaza con quedar en un gorjeo de pájaros o perderse en el vacío y la esterilidad, se yergue y la música se convierte en música, mientras que Weber y Brahms son compositores.

Te extraña que nombre a Wagner. Thomas Mann tiene razón cuando añora el siglo xix. Pero todavía tiene más razón al llamar a Wagner el centro espiritual de este tiempo. Recuerda todos los preludios para el tiempo de la maduración, y se reunirán en seguida ante ti: los tranvías y los autobuses, los trenes con las vías férreas y los viajes, el florecimiento de los tilos en las grandes ciudades. Se agruparán no por la fuerza de la costumbre y de los lazos de asociación, sino porque todo eso está metido ahí dentro. Y Wagner se ha tomado el trabajo de no conformarse con lo que entonces espe-

raba la gente y consideraba bueno, sino conducir la realidad en inaudibles condiciones. Por lo mucho que ha conseguido, se le puede perdonar su «inquiétate, ola, dirígete hacia la orilla». Comprenderás, naturalmente, que en la composición considero no las ilustraciones ni los elementos programados en música. Además, la ilustración no es posible en nada. Incluso en arte, no es el sujeto o el objeto de la descripción, sino el momento de la tensión, el paso de los límites del arte, la incorporación de la vida misma en lo espiritual. Sí, hace poco todavía la armonía era una parte básica, la expresión del contenido en la música —lo que dices de Mozart no me asusta—, exactamente como para Bach con esta expresión del contenido era el cromatismo. No sé a qué medios expresivos llegará el presente y el futuro, pero se marchará siempre hacia el conocimiento de la vida y los descubrimientos. Y la cima se logrará aquí raras veces.

Contra todo lo previsto, termino por fin esta carta. ¡Cuántos tratados y cuántas cosas de éstas tengo que escribir todavía para ti! La carta de Max Baumann —que conoces, puesto que la dirección está escrita por ti— me ha producido una gran impresión, me ha alegrado y adulado. Todavía me queda la deuda de contestarle. Quería hacerlo un día de éstos, pero me siento vaciado con esta larga carta. El no tiene ninguna necesidad —si le hablas de esto— de darme la razón a lo que digo sobre

arte, música, etc., etc. Transmítele mi cordial saludo. Si leyendo la carta te has entretenido y lo has olvidado, entonces te recuerdo que estoy lleno de amor hacia ti.

Te abrazo,

TuB.

\* \* \*

Al leer esta carta, volví a maldecir la distancia que nos separaba. No hubiéramos tenido horas suficientes para hablar y discutir de todos los temas que había tocado.

Lo que Pasternak escribía acerca de la literatura me llenaba de entusiasmo y confirmaba lo que yo misma quería y sentía. Pero lo que decía sobre música, ahí me hubiera gustado exponer lo mío y escuchar su réplica. No soy aficionada a convencer a nadie, y menos todavía a una persona como Boris Pasternak. Pero desearía explicarle por qué algunas cosas yo las veía y sentía de otra forma.

Caía de su peso que le gustaban Tchaikovski y Chopin. También a mí me gustaba Tchaikovski lo mismo que Chopin, aunque nunca había experimentado esas «enormes nuevas creaciones». Pero estaba muy extrañada de su opinión sobre Wagner. ¿Y a este romántico claramente expresado o, con más justeza, neorromántico con todas sus «marchas atronadoras» al que Pasternak juzgaba tanto y colocaba junto a Bach? Esto me resultaba incomprensí-

ble. Es curioso, ante cada discusión sobre Wagner me pongo tan furiosa como si me hubieran ofendido personalmente. Reconozco su mérito, pero su personalidad —que no puedo separar de su creación y su expresión— me resulta hasta tal punto extraña que cada vez reacciono irritándome.

Me acordé de un caso en Hamburgo, que sucedió en octubre de 1947, cuando una noche de niebla volvíamos con Furtwängler de una velada musical en casa de mi hermana Gabriela, la pintora. Unos días antes había encontrado un librito de Hildebrandt «La lucha de Nietzsche y Wagner contra el siglo XIX», y lo llevó consigo para leerlo. De pronto se puso a hablarme del libro. Sabía que yo no compartía sus ideas sobre Wagner, y que era el único tema de discusión en nuestra amistad. De ningún modo quería yo abordar la cuestión, sabiendo cómo le dolía que yo pensase de otro modo. Pero de repente se enfadó, montó en cólera —se había dominado mucho tiempo— y se puso tan furioso que por poco nos enfadamos para siempre. Pasternak me supervaloraba al creer que yo «por bondad estaba dispuesta a estar de acuerdo con todo» incluso si esto «contradecía mi manera de pensar». Incluso si perdiera, como resultado, a la persona más allegada a mí, no podría de ningún modo decirme de mi condición básica de las cosas, porque pertenecía a la substancia de mi alma. En uno de los cruces me separé de Furtwängler

en silencio y tomamos distintas direcciones. Continué lentamente mi caminata nocturna, cuando de pronto surgió ante mí, de entre la niebla, Furtwängler mismo. Me preguntó de qué compositores aceptaría todo, y al decirle que en primer lugar estaban Bach y Mozart, dijo mientras se alejaba ya del todo: « ¡Ay, éstos! »

Tenía miedo, sobre todo de lejos, de ofender a Pasternak con mi negación hacia Wagner. En ningún caso le quería escribir ahora sobre este asunto. Me extrañaba también el comportamiento hacia Wagner de Thomas Mann, y tenía ganas de saber cuándo y con qué motivo había escrito esas palabras. De recordar mi «tiempo de madurez» tendría que desencantar de nuevo a Pasternak. Había olvidado que yo ya había nacido dentro del siglo xx, y que mi juventud y mi madurez llegaron diez años después de la guerra mundial, en la época de los expresionistas. Gracias a mi hermana mayor —era alumna de Heinrich Stegemann y Ahler Hestermann— ya desde niña me eran conocidas las transformaciones de entonces de las formas y los colores. Contagiada por su ejemplo, incluso trabajé durante un año entero en la clase de escultura del profesor Henneberger.

La obra de Richard Wagner se consideraba entonces —en mi generación— algo superado, perteneciente en esencia al mundo burgués de peluche, y puesto a la orden del día únicamente cuando las «naciones» lo ensalzaron. Yo me

ocupaba entonces de música, y mis dioses eran y siguen siendo Bach y Mozart. Bach es ahora para todos tabú. ¿Y Mozart? Todavía me encuentro con opiniones como si hubiera sido nada más que un amable intérprete, un niño prodigio. Temía tropezarme con algo por el estilo con Pasternak y por eso quería intentar mostrarle a Mozart desde su lado oscuro y trágico. Pero ¿de qué podían servir aquí las palabras? ¡Qué feliz sería si pudiera ir a Rusia y hablar con Pasternak sobre Mozart! Si precisamente su música poseía lo que Pasternak exigía al arte: «permanecer natural en la forma artística». A Mozart, lo mismo que a Goethe, se le podían adjudicar sus palabras en aquello que se refiere al «rescate del idioma que se convierte de nuevo en indomablemente creado antes que todo lo demás».

Cuando ya me disponía a escribir la contestación, vino una carta que relegó a segundo término lo que en aquel momento me parecía importante.

Moscú, 21 de julio de 1959

... He pasado ocho inolvidables días en la isla, en el corazón mismo del Volga. Ahora tengo muchas ganas de describirle a Vd. lo que he experimentado en mi último viaje a Peredelkino. Creo que por esta vez se puede pasar por alto el viaje, el camino por la pradera y por el

declive. El aire asfixiaba amenazando tormenta, de vez en cuando caían unas gotas, olía a trébol floreciente.

Algunas veces me imaginaba a Vd, a mi lado y con el pensamiento le iba enseñando todo; entre otras cosas, la casa hacia la que íbamos y Vd. era igual de feliz que yo. La tormenta que se cernía podía tomarla decididamente como un presagio, porque la mujer de Boris Leonidovich me va a odiar ahora con toda su alma. Aunque yo debería lamentar esto, el sentimiento de una gran alegría me llena todavía ahora, y no disminuye nada por eso. Pero me estoy adelantando.

La advertencia escrita en la cancela «Perro peligroso», salió a mi encuentro moviendo el rabo. La administradora me abrió la puerta, y esta vez no me dijo que no estaba en casa. Oí la voz de Boris Leonidovich tranquilizando otra voz inquieta. Pasternak me saludó cordialmente y dijo que tenía invitados, a quienes quería presentarme. Empecé a poner objeciones y pedí que me diera autorización para venir en un momento más oportuno, pero no me sirvió de nada. Boris Leonidovich me acompañó —yo entré por la puerta de servicio— a través de la cocina al comedor, en el cual empezaban en ese momento a comer. Eran cerca de las tres y media. Ahora ya era inútil protestar. Boris Leonidovich me hizo una breve presentación de los asistentes, entre los cuales se encontraba el hijo del compositor Prokofieff.

Su mujer refunfuñaba.

Después nos sentamos en el mirador uno frente al otro, y habló de su ya comenzado drama. En tales circunstancias, por esta vez, me dedicó a mí su tiempo. ¡Todo cuanto existe entre Vds. había sido dicho en las cartas! Vino hacia nosotros su mujer y le recordó sus obligaciones como dueño de casa. La situación era desagradable, me sentí como un huésped indeseado, pero no me marché. Ahora eso me alegra, y confío en que la cólera de la señora Pasternak se pasará pronto. Pero, dígame, por favor, ¿tenía que haberme marchado? Tenía la impresión de encontrarme ante la elección de la falta de amabilidad de ella y de la alegría de él. Más vale un centenar de mujeres enfadadas —la cólera pasa pronto—, que verle a él desencantado. Además, ni siquiera es posible enfadarse con la señora Pasternak. Su agresividad, mejor dicho, su consecuencia lógica es sólo un arma contra muchas ofensas.

Boris Leonidovich estaba conmovido, por mi culpa se había buscado el enfado de su mujer. Dijo que con mucho gusto me enseñaría su despacho, pero que recibiría por ello una «zurra». Luego, en la despedida, me dijo también que si yo tuviera esa idea que, por Dios, pasara por su casa otra vez antes de marcharme de Rusia en agosto. Dándole las gracias, decliné de mala gana basándome en que, en tal caso, nos amenazaría la «zurra» a los dos. La perspectiva de esta «zurra» nos convirtió en autén-

ticos aliados. Aun ahora veo su sonrisa de conspirador.

Boris Leonidovich pensaba que seguramente usted espera que le escriba de mí. A esto dijo que le había escrito todo lo que deseaba en la última carta. Completamente por propia iniciativa abordó el tema del «dinero». Me advirtió que tiene mucho dinero en el extranjero y —esto no me resulta totalmente claro— dijo que no lo necesitaba. Me pareció comprender que le falta imaginación para disponer de ese dinero de alguna manera. Entonces le pregunté si necesitaba dinero, permíteme, pero ¡no supe hacerlo más inteligentemente! Su respuesta fue: «Esto no incumbe en absoluto a Renata». Creo que con esto basta para saberlo. A propósito de ello me dijo que como resultado de su continuo trabajo de traducción disponía de poco tiempo para su drama. Me da la impresión de que tiene que vivir de estas traducciones. ¿Qué se puede hacer aquí? ¿Podría Vd. aconsejar?

Me dedicó cerca de media hora. Treinta minutos de dobles sentimientos, y así y todo encuentro que precisamente lo prohibido ha convertido nuestra común permanencia en tan extraordinaria. Me pidió que le transmitiera a usted muchos cordiales saludos, y me dio un canastillo de maravillosas fresas rojas —de su propio jardín— para el viaje. ¡Casi me extraña que una persona tan mediocre como yo pueda experimentar tanta emoción maravillosa y de

valor! El tiempo durante el cual he podido servir de *nuntius amicitiae* —embajadora de la amistad— entre dos personas tan simpáticas, termina ahora. ¡Permítame, por último, agradecerle una vez más, de modo muy cordial, su confianza, su predisposición, así como sus encantadoras cartas! Es posible que Vd. sepa ingeniárselas para llevarle también alguna ayuda económica. La elevación espiritual ya la ha recibido de forma determinada por el contacto con Vd. Cómo me extasío con este hombre que me ha dicho: «Estoy nadando en el mar hace ya mucho tiempo, y me extraña que hasta ahora no me haya ahogado. ¡Y no soy un infeliz! » ¡Qué grandeza de alma!

La saludo con el corazón repleto de felicidad, donde todavía permanecen las últimas fuertes vivencias experimentadas en el Volga, inmerso en la naturaleza, en un lugar muy atractivo y casi salvaje. Le envió un saludo con el sol que brilla en el horizonte; con la luna, que pulveriza de plata el río nocturno; con la ola, que refleja el cielo de mediodía...

\* \* \*

Esta carta creó en mi la imagen de Boris Pasternak y el medio que lo rodeaba con tal fuerza, que todos mis problemas artísticos perdieron de pronto su significado. La vida misma exhibía sus derechos. Por fin, le escribí. Pero ya no teníamos una embajadora personal que

nos hubiera resultado mucho más necesaria, desde el momento en que supe que el precioso tiempo de Pasternak tenía que servir ante todo para la lucha por la subsistencia. Por casualidad iba a Rusia un amigo mío. Le pregunté a Pasternak si el viajero, no perjudicándole, podía visitar Peredelkino o si él podía asistir al espectáculo de una ópera de Alemania occidental en Moscú.

Era ya finales de agosto cuando por fin decidí dejar Berlín por unas semanas y dirigirme a la patria de mi alma, la isla Silt, que más de una vez me había quitado las penas y preocupaciones cotidianas. Una hinchazón en la mano derecha me obligó, no obstante, a interrumpir el viaje a Hamburgo. Una semana después de la operación en la parte superior de la mano tuvieron que hacerme otra en la raíz de la uña. Un tiempo magnífico y el verano, que se alejaba, me apresuraron más de lo debido hacia el mar. Por las prisas hube de pagar con una maligna infección de sangre. ¡En estos tiempos, Boris Pasternak se convirtió otra vez en mi sedante! La carta remitida desde Hamburgo, que llegó a mí como un «acercamiento totalmente logrado», me esperaba en el momento de llegar a la isla Silt.

20 de agosto de 1959

Mi amable chiquilla;

¿A qué la palabra «miedo»? Porque expresa sentimiento, porque su naturaleza es intranquila, porque inquieta y preocupa. Porque tu comportamiento y mi respuesta me embargan el alma y me vencen, como un acercamiento totalmente logrado.

¿Tu hermana de Hamburgo se llama María? La he tenido en cuenta en... lo referente a las parcelas. Mira las traducciones alemanas y escríbeme sobre ellas pronto y de verdad.

Puedes hacer lo que quieras con las cartas. No necesito aconsejarte que suprimas de ellas lo que sobre; tú misma hablas de eliminar lo corriente de la vida. Pero es preciso consignar por algún indicio que nosotros sacamos provecho de estas cartas. No puedo escribir aquí simples *artículos* y mandarlos al extranjero, para aprovecharlos libremente. —La noticia, según la cual estoy dispuesto a ocuparme de Rabindranath Tagore parte de aquí, pero es falsa; ni me preparo a ello ni he prometido nada por el estilo—. De la música y demás, he escrito tan desmañada y tontamente, sólo contando con la maravillosa forma tuya de captar toda la comprensión al vuelo. Lo principal de todo esto era que el arte debe existir, que debe permanecer como una realidad, como una esfera, que eso ya está logrado, que el arte por

sí mismo es un don y una alegría. Que en los casos poco corrientes, cuando la vida misma pasa a través del arte —lo cual procediendo de un objeto se puede esperar y exigir en tan pequeña escala como la manifestación de cualquier dominio de la vida— y la cultura, la historia se llena de lo eterno, de acontecimientos, de personalidades. He tenido esto en cuenta al hablar de las creaciones.

Hace casi un año que ha madurado en mí el deseo de hacerte a ti y a algunos amigos del extranjero un regalo con mis honorarios. El hecho de que se haya alargado hasta aquí se explica porque mi principal editor se enfadó con mi apoderada y amiga parisina —alguna vez te he hablado de ella— y no quiso hacerle caso sobre este particular. Hace poco he recibido noticias de Thenns y de un tal místico John Herris que Ja cosa por fin está arreglada, y me extraña que no te hayan comunicado nada todavía. ¿Es posible que en el Berlín occidental, en Marburgerst. 30, no sepan tu nuevo lugar de residencia y tu dirección?

Eres estupenda, estoy orgulloso de ti.

Lo entiendes todo sin necesidad, a veces, de que te hable de ello. No lo busques al final de la carta, escribo de nuevo con negro sobre blanco. Es tu capacidad la que va a inquietar todo dentro de mí. ¡Me hace hasta temblar!

La creación misma ha surgido de la vida, henchida y alimentada por la vida.

Pero hablo de la nueva irrupción primaria complementada, lograda ya y completa.

\* \* \*

En el pequeño jardín de verano, junto a la casita en que yo vivía, ante mi ventana florecían los gladiolos blancos y flores de color oro rojizo. En este silencio me hubiera podido dedicar por entero a las cartas que me disponía a escribir, pero la mano fuertemente vendada y el penoso cansancio que sentía me lo impedían. Así, las poesías que había prometido a Pasternak, quedaron sin escribir. Le mandé nada más que dos de la primera época, que surgieron también en Silt: «El estanque» y «El dragón».

En Berlín, en los primeros días de octubre, me esperaba todavía un estupendo tiempo de verano. Ya el día de mi llegada recibí, reexpedida, una carta de Pasternak. Al abrirla, *lo* primero que vi fue una fotografía suya sobre un fondo de paisaje veraniego. La encontré muy buena, a pesar de que su rostro estaba delgado y serio. Pero tan pronto como leí los primeros renglones de la carta, mi alegría desapareció.

29 de septiembre de 1959

Posiblemente hubiera callado —en aquella preocupada y cargada situación, viendo ante mis ojos nuevas amenazas de complicaciones

para mí, como en tiempo no lejano— sin la imprescindible necesidad de reparar una falta y aclarar el error que traslucen tus tarjetas, con vistas del Mar del Norte.

Me han pedido de París tu dirección. No tenía otro deseo que darte una alegría, poniendo en orden el natural fruto y el anhelo de dejarte algo como recuerdo por nuestra lograda intimidad de las cartas, gracias a tí. Bien sabe Dios que aquí no se deben buscar segundas intenciones. ¿Por qué otros han comprendido correctamente este deseo mío? Cuando me describes tus fantasías del mar Negro u otros pensamientos o viajes, me parece como si te rieras de mí. Estás tan lejos de imaginarte mi verdadera situación.

¿Cómo está tu mano? ¡Me ha dado mucha pena de ti cuando he leído en la carta lo de la enfermedad! En estos casos, de enfermedad de las glándulas linfáticas, basada en el agotamiento, resulta muy perjudicial suscitar fantasías algo vanidosas, superfluas e innecesarias. A esto lo he llamado siempre una forma de pensamiento indigestado de nervios —como, por ejemplo, suele haber una indigestión— lo cual, se sobrentiende, es sólo una analogía sin ningún sentido médico. En parte soy culpable de que durante el tiempo de tu enfermedad, de la que nada sabía, te hacía rabiarse en vano con mis tontos escritos, como cartuchos sin pólvora o cargas vacías.

Me despido de ti con un largo-largo beso y

un abrazo. Es posible que durante algún tiempo no pueda ni escribir ni contestarte, como esperábamos. Quiero dominarme, con fuerza, mientras todavía me pertenezco a mí mismo por entero. Trabajar por las mañanas en el drama —que no me puede producir aquí ningún ingreso— y por las tardes, acumular, con estúpidas traducciones, el dinero suficiente para nuestra vida doméstica. ¿Acaso tengo la culpa de que me lean con agrado en todo el mundo? Aquí esto irrita a algunos y les enfurece. Por eso, al fin y al cabo, tendré que perecer. Tú me vas a recordar y llorar. ¡Adiós, Renata!

La adjunta fotografía fue hecha este verano. Mi monstruosidad se atenúa en ella por la nebulosa imprecisión fotográfica. Parezco más joven.

Te beso otra vez.

Lo de la ópera no saldrá de ningún modo. Después de dedicar el concierto \*, la cosa empezó a transformarse. Eso era un crimen que no esperaban de mí.

No te hagas complicaciones con el regalo. No tienes que ahondar y descomponerlo.

\* \* \*

Esta carta me puso de muy mal talante. Me oprimía no sólo el pensamiento de una nueva racha de sufrimientos para Pasternak y el mie-

\* Pasternak dedicó el concierto a la orquesta neoyorkina en Moscú, dirigida por Leonhard Bernstein.

do ante la repetición de lo pasado, con la incertidumbre y el silencio de meses, sino también mi propia incapacidad de hacer algo. Aumenté su pena, sin haberlo deseado. Su interés en hacer regalos descubrió de nuevo la naturaleza de su carácter, siempre tratando de regalarse a sí mismo por todas partes. Pero me daba pena ver cómo este hombre gastaba toda una posición en hacer regalos a gentes extrañas, cuando él tenía que sostener una difícilísima lucha equilibrando el trabajo de creación y las preocupaciones cotidianas. Traté de explicarle por qué este regalo iba a oprimirme, y le preguntaba si no hubiera sido mejor que gastara ese dinero en un viaje al mar Negro, ya que ante todo le deseaba descanso. ¡Y ahora resulta que le he ofendido con mis ofrecimientos!

Me reconcentré y traté de poner en orden la tempestad de ideas y sentimientos. ¿Qué ocurrirá si precisamente ahora se va a interrumpir el lazo de la correspondencia, si no vamos a recibir más cartas el uno del otro y me quedaré con mi culpa y, por último, si Pasternak no vivirá ya mucho tiempo? La decisión que tomé en este estado de pánico, fue parecida a la de una persona que se encuentra en un edificio incendiado y fía su destino a fuerzas superiores; es la única manera de explicar mi determinación de entonces. Quería dejar por las buenas Alemania y marcharme para siempre a Rusia.

3 de noviembre de 1959

La contestación a tu carta del 15 de octubre —sobre el recibo de la mía con la fotografía, fecha en la que de nuevo te metiste en la cama— quisiera empezarla con las palabras «mi amable niña». Las dos poesías de la isla —«El dragón» y «El estanque»— me atrajeron como un contacto, y me han llenado de agradecimiento. Todo lo demás es una tontería.

Es una completa locura por tu parte cambiar de nacionalidad. ¡Que Dios te libre de cometer tal locura! ¡Búscate otra! No conozco ningún caso de regreso de los que, nacidos aquí, salieron al extranjero, sin terminar trágicamente o llegaron a lamentarlo de un modo tardío y amargo por una serie de cosas.

No debes dudar de mi inclinación hacia ti. De esto te he dado algunas demostraciones, y por el contrario en ocasiones he tenido cuidado de no mostrar interés en mi intento de ligarte con determinados asuntos de publicación. No comprendo qué clase de dificultades —no sólo en tu caso, sino también en todos los demás— se alzan en el camino de realizar mi deseo de regalar dinero. Pero alguna vez, a fin de cuentas, esto se conseguirá.

Ahora hablemos de la película del «Doctor Jivago». Incluso gente particular, poco conocida por mí, me advirtió desde Alemania y

Francia sobre la trivialidad que amenaza llevar a la pantalla un trabajo tan difícil. P. desde París se opone a esto; F. quiere llevarlo a cabo. Yo no quiero saber nada, que las cosas vayan como van; no me mezclo en nada, no tengo posibilidad, no puedo y no quiero tomar aquí ningunas medidas.

Lo único importante, querida mía, que quiero y debo hacer es justificar y revivir mi nombre salido al mundo y la confianza que se ha creado en torno suyo. Hace ya casi un mes que he sentido la ineludible necesidad de dejar a un lado el trabajo de mi drama. Urgía el dinero y me aferré a la posibilidad de tomar parte en la edición de Calderón, y traduje en tres semanas «La vida es sueño». Esta noche lo he terminado, y te escribo y te beso. ¡Oh, tú! Hoy me sonrías de una manera penosa y larga...

\* \* \*

Aunque venían más cartas que me traían indudables demostraciones de la amistad de Pasternak, octubre y noviembre fueron meses malos, tristes. Sobre todo, porque me había engañado la esperanza de una nueva posibilidad, casi segura, de ayudar a Pasternak, posibilidad que se hundió donde yo contaba con el éxito.

12 de noviembre de 1959

Querida Renata:

No te enfades. Pasará el tiempo y todo se arreglará y se pondrá en claro. Desaparecerá lo malo, y te olvidarás de ello. Se han acumulado muchas cosas distintas: libros sin leer, cartas sin contestar, preocupaciones, promesas incumplidas, disgustos. Pero lo principal es que con mi libro precedente yo mismo me he dificultado mi trabajo de ahora, que no tiene derecho a ser peor que su antecesor. Te escribo de noche, tarde, mortalmente cansado y sólo te pido una cosa: tranquilízate.

Es una inexplicable cochinada, mi manejo—referente al dinero— no se ha cumplido aún y a nadie de los muchos que me han dado las gracias, hace ya más de medio año, no les han entregado nada.

Buenas noches,

Tu B.

En vísperas de Nochebuena traté de introducir en la vida de Pasternak un poco de ese tibio adorno y del inextinguible encantamiento de estos días. Por cierto, le mandé unas poesías chinas traducidas con ternura por Klabund. «Poesías eternas» de Li Tai Po de las que el pasado año le hacía referencia en una de mis cartas, también aparecían en este libro, y en este sitio puse una señal.

10 de diciembre de 1959

¡Te deseo una alegre Navidad, Renata, te deseo un maravilloso, rico, feliz Año Nuevo! Con qué palabras debo darte las gracias por la carta, por la vela de Navidad, por Li Tai Po, si con tanta preocupación y cuidado rodeo todas las palabras de amor, para no colocarme en el camino de la traición y la infidelidad. Quisiera decir que te beso y te abrazo, pero la imaginación de la escena se me hace tan viva que casi tiemblo.

Y, naturalmente, no tuve necesidad de traer a mi memoria la mandarina bajo el brazo para que al momento me acordara de esto —a propósito, has metido en ese sitio una señal cosida con oro—. Klabund se las ha arreglado muy bien con el problema. La poesía que aflora de su traducción señorea con tal independencia y contrapeso que carece de significado e interés la idea de en qué medida es fiel o no al original. No creo que Klabund en la fuerza apretada de la moda actual se permitiera en su poesía expresionista tanta naturalidad y tanta subordinación como en este incomparable librito. ¿Dónde está ahora Klabund? ¿Vive todavía? ¿Puedes encargarte de transmitirle mí reconocimiento y mí gratitud sí todavía está vivo?

Dos observaciones sobre la mandarina. Te he escrito que, hasta tu mención, yo no tenía idea sobre estos versos chinos. De Li Tai Po

sabía tanto y de la misma manera como he conseguido mis conocimientos sobre casi todo en el mundo, por el sonido de los nombres propios y el color de las portadas de las encuadernaciones. ¡Y qué fabulosa coincidencia! El olor de la cáscara de la mandarina está ligado con la atmósfera de los primeros enamoramientos escolares, en las fiestas de invierno, de la cegadora iluminación de los abetos y con el acaloramiento de las muchachas bailando. Por dos veces, en una de mis primeras poesías y en una novela, busqué la expresión de este estado de ánimo.

Segunda observación. En la época de la Segunda Guerra Mundial, un embajador de la China de entonces, hombre muy culto y que valoraba el arte, míster Fu, me regaló una riquísima edición de poesía china —inmediatamente presté el libro a alguien para que lo leyera, creo que a Ana Ajmatova, y no lo volví a recoger nunca— con la dedicatoria: «B. P. a quien mis compatriotas —míster Fu no sabía ruso— comparan con Li Tai Po».

Te doy también las gracias por la estupenda poesía «Ajena».

A lo que cuentas de la casa de María, añades que precisamente desde ese jardín escuchabas las canciones rusas de los prisioneros, y tu primera carta revive de nuevo el final del invierno antepasado, los sufrimientos, las preocupaciones y las penurias del hospital. Este jardín con tu infancia y la canción de los soldados —no

sé por qué— lo trasladé al más oriental Hamburgo, a algún sitio de Wiesbaden o Würzburg.

Gracias, amable amiga, por estos dos años pasados, en el transcurso de los cuales quererte dulcificaba tanto, enriquecía y llenaba de sentido mi vida. En nuestras suposiciones y logros hemos llegado bastante lejos.

No hagamos más esto. Después de todo lo que sabes sobre mí no sería honrado por mi parte, sería una bajeza.

Si mi silencio, a veces, se prolongara no será éste el motivo, sino la ineludible necesidad de ponerme a trabajar que constituye mi deber y por consideración a ti.

Aquí se dice que has estado en París y has visitado a madame Proyart. ¿Es verdad eso?

Que seas feliz y tengas salud durante estas fiestas. Deseo te resulten fáciles como un juego y casi inadvertidas las modificaciones que te piden hagas en el texto de la ópera.

Tu B.

El 16 de diciembre recibí un regalo, auténtico regalo, de Boris Pasternak, enviado desde Milán, por el editor de «Doctor Jivago», Feltrinelli. Pasternak, con mano generosa, distribuía lo devengado por «Doctor Jivago», mientras que en su casa tenía que sacrificar el arte para ganar el pan de cada día. Soñaba con hacerme merecedora de ese don de amistad.

En esa misma época se celebraba en Moscú una gira artística del conjunto hamburgués «Teatro alemán». Ponían en escena «Fausto» y «La jarra rota» de von Kleist, dos piezas que Pasternak había traducido al ruso. Los periódicos lo comentaban y publicaban reportajes gráficos. En esta ocasión Pasternak tuvo la posibilidad de asistir a las representaciones, donde para muchos se convirtió en el centro del acontecimiento. Me alegraba mucho que pudiera estar presente y que los artistas de mi ciudad natal tuvieran ocasión de hablar con él. Confieso, sin embargo, que a esta alegría se mezclaba un poco de envidia hacia los que lo veían con sus propios ojos.

Llegó Navidad, y esta Navidad no la olvidaré. Me fui a Hamburgo donde se hablaba casi nada más que de las giras moscovitas. Parecía como si Boris Pasternak estuviera esos días entre nosotros; hasta tal punto se sentía su presencia. Y su carta, que me reexpidieron reforzaba esta sensación, pese a la sombra que envolvía su final.

23 de diciembre de 1959

Te agradezco infinito los ensayos de Beutler y la loca dedicatoria. ¿Recibiste mi carta sobre la «mandarina»? La compañía de tu ciudad natal ha estado aquí de gira. Estuve entre bastidores, no me pude permitir más. Hube de

renunciar a un encuentro en mi casa. Pero todo resultó bien y cordial, me sentía con ellos como en familia y casi en tu compañía. Por ahora no diré nada más. Escribir cartas se me hace cada vez más difícil; cada vez tengo menos tiempo. Te quiero, te beso y te abrazo,

Tu B.

Había mandado a Pasternak unos apuntes de Beutler sobre Goethe, y la «loca dedicatoria», decía: «Del famosísimo genio alemán, para el famosísimo ruso». Más tarde me dijo en Peredelkino: «Le di a leer este libro a un amigo, pero la página de la dedicatoria la doblé varias veces».

Cuando al día siguiente del Año Nuevo me encontré con la fotógrafa del teatro de Hamburgo, Rosemarie Clausen, lamentó mucho que un fuerte catarro no le había permitido tomar parte en la gira moscovita. Le dije que me preparaba a ir a Moscú ese verano, en junio, y decidimos hacer el viaje juntas. De nuestras impresiones y experiencias habría de salir el librito sobre Rusia, cuyo centro sería Peredelkino.

Apenas tuve tiempo de regresar a Berlín, cuando cayó en mis manos propaganda de una agencia en la que se brindaba un viaje por Pascua a Moscú. No me he arrepentido nunca de nada de lo que he hecho por intuición, de cualquier forma que terminase. Por eso me quedé

tranquila tan pronto como salí de la Agencia, inscrita para el viaje del 14 al 23 de abril. Este viaje sería de exploración con el que podía llevar una alegría a Pasternak y enterarme de qué forma la señora Clausen y yo podíamos quedarnos en Rusia, en junio, más tiempo del señalado por la agencia de viajes. Con cierta timidez advertí a Pasternak de nuestro viaje. ¿Cómo lo tomaría esta vez?

El 29 de enero recibí dos cartas que habían tardado nada más que dos días.

25 de enero de 1960

Me escribes cartas divinas, Renata. Tus versos, enmarcados en oro, sobre el último sonido del reloj de la Nochevija, son muy buenos. Y todavía más estupenda la descripción de la Navidad en Hamburgo. El relato de esa Navidad es como vivo, y se yergue ante mis ojos. La carta brilló y flotó hasta hacer desaparecer por completo la oscuridad con la luz de las velas, como la habitación de la fiesta de tu hermana, rebosante con la maravilla del abeto. En cuanto a tu sobrino-angelito \*, lo has hecho desfilar delante de mí de tu mano y me lo has presentado para llevártelo después, como por

\* Mi sobrino, de doce años, vestido de ángel por propia decisión, recitó de tal forma, de memoria, los versos navideños, que no pueden olvidarse. R. S.

un senderito, por los renglones de tu carta a la profundidad de su casa natal.

Gracias por los persas. Estás muy bien, querida amiga, en l fotografía de perfil. La tranquilidad, el mérito y la sencillez se han convertido, según mi criterio, en la sintaxis de la construcción de tus últimas cartas. Tu ofrecimiento de venir esta primavera lo he tomado por primera vez sin inquietarme y sin preocupación, con tranquila y comprensible alegría, Vendrás, y nos visitarás en Peredelkino. Conocerás a mi mujer, la casa y la vida de la casa. Vendrás y te encontrarás con gentes y con situaciones que repercuten en mi vida, y quizá con gentes y situaciones de caracteres que no me van en absoluto, pese a la aparente proximidad. Depende de los casos,

Luego te llevaré a casa de O,

Ningún desencanto, nada forzado, antinatural nos espera ni amenaza a ninguno de los dos. Tu talento, todo cuanto ha habido entre nosotros, es una garantía para ello. No busques en mis palabras disminuir algo o hacerlo demasiado estrecho. Al revés. Nada más grande de lo esperado que tu llegada. Para mí, puede decirse que ya ha empezado, ya ha comenzado a existir. A nadie —tampoco a ti— le es posible comprender qué sería, qué difícil es mi situación actual después de haber recibido toda la admiración, después de la confianza que me han regalado. ¡Ay, cómo obliga todo esto! ¡Pero el trabajo se mueve tan despacio!

27 de enero de 1960

Querida Renata:

Quiero añadir nada más unos renglones a la carta precedente. 1. ¡Ah, qué fino, que hondo, verdadero y afín en lo espiritual es lo que H. Hesse dice sobre Gottfried Keller! Sabías con qué animarme. Si en marzo caen en tus manos mis renglones sobre Chopin, no olvides compararlos con estas palabras de Hesse.

2. Te quie hablar de esto, pero se me olvidó. Cuando hace año y medio una americana, después de leer «Salvoconducto», quiso decirme algo bueno sobre mis descripciones, me advirtió que Venecia permanecía tal como yo la había visto. Las violetas en ningún sitio, incluso en Parma donde se hospedaba esa dama, huelen ya como en los años de mi adolescencia y «todavía huelen» en «Salvoconducto». Por primera vez desde entonces he sentido de nuevo este olor cuando abrí tu sobre con la violeta. ¡Qué recuerdo tan lejano! Te doy las gracias por este encuentro, ángel mío.

Tu B.

Con el recibo de estas cartas empecé a comprender que había comenzado mi inmediato viaje. Ahora se había convertido en una realidad. Así y todo, cuando en febrero leí la descripción del corresponsal en Moscú de «Die Welt», Heinz Schewe, cómo se celebraba el día de Navidad de Pasternak en la casa de campo de Olga Ivinska, no podía imaginarme de ninguna manera que dos meses más tarde, quizá estuviera yo en esas mismas habitaciones. Como Heinz Schewe decía que entre los regalos que le habían hecho a Pasternak había discos con la inscripción alemana «Fausto», pero no había tocadiscos para escucharlos, fui rápidamente a comprar uno. Hice esto en parte por egoísmo, ya que sobre todo quería llevarme discos de música. De manera especial quería llevar conmigo a Mozart, el Concierto en la mayor, opus 488, para orquesta y piano, bajo la dirección de Herbert von Karajan y con Walter Gieseking, como solista.

Los amigos y conocidos me advirtieron que mi plan era una absoluta locura. ¿Acaso me había olvidado de la aduana? ¿Cómo podía estar segura de que llegaría a Moscú mientras mi pasaporte no fuera devuelto por el consulado? Incluso en la frontera podían no dejarme pasar, lo cual podía ser una suerte para mí... Y en tierras rusas perderme en cualquier sitio para siempre. ¿Cómo pensaba solucionar lo de

Peredelkino? Si era casi una hora de automóvil desde Moscú. ¿Cómo pensaba llegar hasta allí con mi lamentable conocimiento del idioma y con todas mis cosas? Pero todas estas preguntas no me afectaban. No dudaba ni un minuto de alcanzar mi objetivo. Lo que sucediera después estaba dispuesta a aceptarlo como mi destino.

A mediados de febrero vino todavía otra carta de Pasternak con las gracias por los regalos, enviados para el día de su cumpleaños en la que, sin embargo, no volvió a mencionar mi viaje. Así era mejor. Adiviné por qué, pero no me inquietó en absoluto, porque esta carta era la última antes de mi marcha.

14 de febrero de 1960

Gracias por la orquídea y por la copa de plata, querida. ¡Eres tan generosa, tan indescriptiblemente generosa! Te abrazo

Tu B.

Llegó abril, y me puse a contar los días. El miércoles, 13 de abril, la víspera de mi marcha era el estreno de «La Pasión», de Max Baumann, en el salón de la emisora de radio «Berlín Libre». Con todo lo que me hubiera alegrado antes esta velada, el concierto me

oprimió el corazón. Con el pensamiento ya me había marchado, aunque todavía quedaba mucho por preparar y finalizar. No podía defraudar a Max Baumann en un día tan significativo para él. Dejé el caos en mi casa de mala gana, como si me retuviera algún presentimiento. En efecto, al volver a casa me caí en la calle, en el cruce, con tan mala fortuna que no me pude levantar. Junto a mi cabeza vi la enorme rueda de un autobús, el motor rugía y yo me confié a mi destino. En ese momento apareció una patrulla de policía, y dispusieron mandarme al hospital. Inmediatamente me hicieron una radiografía, ya que mi pie se había hinchado mucho y lucía todos los colores del arco iris. El hematoma de la cabeza no tenía gran importancia. A pesar de ello, decidieron dejarme en el hospital. En la radiografía no se podía distinguir si me había roto o no el tobillo. Apenas pude balbucear: « ¡Eso es imposible, mañana por la noche a las diez sale mi tren para Moscú! » El médico creía sin duda que estaba delirando y quería mandarme a la sala, pero yo me defendía, deseaba volver a casa a toda costa. Me dejó marchar bajo mi responsabilidad y riesgo. Por suerte, estaba conmigo una amiga, y cuando llegamos sin novedad hasta mi piso, sacó los cubitos de hielo de la nevera, los echó en mi gorro de baño y me lo puso sobre el pie para que la hinchazón bajara durante la noche.

Para terror mío, la inflamación a la mañana

siguiente había empeorado en lugar de mejorar. Permanecía sentada al borde de la cama, sin poderme mover, miraba las maletas sin arreglar, y no sabía cómo hacerlas. Cogí la venda elástica que me había quitado por la noche y, a pesar del fuerte dolor, me vendé con fuerza la articulación. Mal que bien, ahora podía pisar con cuidado.

Por la noche vino a casa mi amiga. Fuimos en coche a la agencia de viajes en Uhlandstrasse, desde donde nuestro grupo turístico debía ir en dos autobuses a la estación del Este. Estaba contenta con mi amplio abrigo de piel de camello que me tapaba el pie y que por haber anochecido no se lucían mucho mis blancas zapatillas de lino. Entré en la oficina tratando de mantenerme lo más erguida posible. Recogí los papeles necesarios, metidos en una pequeña carpeta roja. A continuación subí al autobús que estaba esperando. El asiento de al lado lo ocupó una señora que me produjo una simpática impresión. Preguntó algo, y en sus palabras descubrí en seguida un acento conocido. ¿Hablaban el ruso? ¡Qué ayuda podía resultar eso para mí! Apareció el guía de nuestro grupo y nos deseó felices vacaciones de Pascua. Sonó el motor, a la luz de los faros surgió otra vez el rostro de mi amiga, empezamos a viajar, a viajar...

En la estación del Este estaba formado el «Express azul». Encontré mi vagón y mi departamento. Nada más entrar me sentí como

en casa. Una pequeña lámpara bajo una pantalla de color verde pálido lucía sobre un blanco mantel en una mesita plegable, junto a la ventanilla; la ancha cama estaba cubierta de ropa blanquísima. Era un poco menos de las nueve y media. Mientras me dedicaba a sacar el pijama entró en el departamento la señora que ocupaba el asiento a mi lado en el autobús. La segunda cama era la suya. Me puse muy contenta cuando supe que hablaba ruso con soltura y que el año pasado ya había hecho un viaje semejante. El tren se puso en marcha sin darnos cuenta y salimos de la estación a la noche centelleante de estrellas.

Nos trajeron té y el guía consiguió hielo para mi pie accidentado. Me sentí embargada por una beatífica ingravidez; el ruido de las voces lejanas y el monótono golpear de las ruedas me produjo un sueño tranquilo. A medianoche, rápida y amablemente pasaron los aduaneros alemanes y polacos e hicieron el control de los pasaportes. Una mañana nebulosa y gris pendía sobre Polonia. En la frontera rusa de Brest-Litovsk permanecimos cerca de dieciséis horas. Por fin llegó el momento del control de los pasaportes y el equipaje. Cae de su peso que es un deber para mí someterme a las leyes de un país del que soy huésped. Estaba dispuesta a pagar cualquier impuesto aduanero por el tocadiscos, pero tenía miedo de que me lo quitaran. ¿Y si no me dejaban pasar, como elemento indeseable, por conocer mi correspon-

dencia con Pasternak? No me tembló la mano al entregar los documentos al aduanero soviético, pero mi corazón latía con violencia. Los funcionarios eran amables, sonreían y lamentaron mi situación. De todos modos, uno de ellos me pidió que me levantara, corrió el asiento y con una linterna de bolsillo iluminó la oscuridad del suelo. Después de esto me pude tumbar de nuevo. Me entregaron un cuestionario sobre divisas y valores y me explicaron de buena gana cómo tenía que cumplimentar el informe. Después estudiaron mis respuestas. Ni mis maletas, ni los regalos metidos en ellas les interesaban. ¡Me dieron ganas de abrazarlos! Me desearon: « ¡Feliz viaje! » Y me autorizaron a quedarme en el vagón mientras lo pasaban a una vía ancha y el resto de la expedición visitaba la ciudad o se sentaba en el restaurante de la estación frente al primer menú soviético. Cuando el tren se puso de nuevo en marcha empecé a cojear hacia el vagón-restaurante.

Allí estaba ya sentado ante la comida, con su mujer y sus hijas, el hijo de Chaliapin, que iba por primera vez a Rusia desde que la abandonara con su famoso padre. Los camareros le rodearon sirviéndole caviar y bebidas. Parecía como si fuera su propio hijo pródigo que volvía al amparo paterno. Estábamos sentadas con la señora G. en una mesita separada, y ella me informaba sobre los secretos del menú ruso, me hablaba de su juventud en una enorme fin-

ca siberiana y de su viaje a Rusia el pasado año. Después nos fuimos a dormir. El tren avanzaba en la oscuridad, poco a poco se apagaban las voces y los ruidos, y la noche transcurrió sin complicaciones.

Desde mi cama veía al amanecer pasar delante de mí el paisaje ruso, lejanías infinitas con un oscuro bosque de abetos en cuyo linde brillaban los blancos álamos de ramas desnudas todavía, dibujadas a contraluz, como siluetas recortadas con tijeras. Sobre el camino caía la amarillenta luz de distintas tonalidades que procedía de diversos poblados. No se veía gente en ningún sitio. Justo a las 13,40 nuestro tren llegó a la estación de Bielorrusia, en Moscú. La estación me resultó clara y muy amplia, pintada de color azul y blanco. No era necesario subir ninguna escalera y llegamos cómodamente hasta los autobuses azul pálido, que ya nos esperaban. A mi compañera, la señora G., la esperaban unos familiares. Acordamos pedir habitaciones contiguas en el hotel, pero cuando después me puse a buscarla en el hall me enteré de que la habían autorizado a vivir en casa de su hermana. En su viaje anterior se habían visto por primera vez después de treinta y cinco años de separación. Estaba contenta por ella, la vez pasada la obligaron a vivir en el hotel y apenas pudo verse con sus parientes.

Nos instalaron en el hotel «Metropol», un gran edificio de la época de los zares. Mi apar-

tamento estaba cubierto de una alfombra, tenía cuarto de baño y habitación en la que había todo lo que puede desearse. Lo que más me hubiera gustado era quedarme un par de horas aquí arriba, en la soledad, pero ya nos esperaban para la comida. En una sala tapizada de damasco rojo oscuro del restaurante estaban dispuestas las mesas... Mantel y servilletas de tela blanca con dibujos, cubiertos de plata, bonitos vasos para agua mineral y zumos, preparados para nuestro uso.

Para la tarde estaba prevista una visita a la ciudad. Al salir del hotel nos fotografiaron con enormes cámaras de los noticiarios de cine. Viajamos por la ciudad, salió el sol; el cielo azul y una tibieza de verano alegraron Moscú. Una recepción más agradable no podía esperarse. Nos detuvimos en distintos lugares con magníficas vistas sobre el río Moscova, al que podíamos fotografiar. Con frecuencia nos rodeaban niños de diez o doce años y nos pedían en inglés o en alemán que les regaláramos un sello o un bolígrafo. Lamenté no haber traído todo un montón. Sólo tenía tres.

Y por fin vi el Kremlin, pálidamente amarillo, emergiendo tras las altas paredes dentadas, las torres cuadrangulares coronadas de grandes estrellas. La «Plaza Roja» —«roja» significaba en la vieja Rusia «bonita»— separada del río Moscova por la iglesia de nueve cúpulas de San Basilio —con esa conquistadora orgía de colores, que subía incluso a las torre-

tas coronadas por cúpulas de cebolla. La calle Gorki, el Gum —grandes almacenes de Moscú—, el teatro Bolshoi mantenido en el estilo clásico, situado transversalmente a nuestro hotel y separado de él por un pequeño jardín público. Todo esto se me hizo tan pronto conocido que me extrañaba ante la idea de encontrarme en Moscú hacía nada más algunas horas. Las gentes pasaban ante nosotros, muchos hombres acompañando a sus mujeres llevaban grandes bizcochos de Pascua en servilletas blancas, bordadas en amarillo con campanitas de Pascua, para que los bendijeran en la iglesia. Lamenté mucho no poder llegar a los matines en la catedral de Uspenski, donde se habían coronado los zares rusos, ya que mi pie enfermo no me hubiera permitido estar una hora sin sentarme. La mañana de Pascua yo me preparaba para salir hacia Peredelkino. Eso era lo más importante. Cómo llegaría hasta allí, no lo sabía, pero lo tenía que arreglar de alguna manera. Pasternak ya no tenía teléfono y yo no quería telegrafiar.

A las siete nos encontramos todos de nuevo en el comedor del hotel. Por la noche algunos fueron al circo moscovita y otros decidieron pasear por la ciudad. Subí en el ascensor a mi habitación y me puse a hacer mi maleta ligera de avión. El primer día de Pascua se nos ofrecía libre, y yo me preparaba a viajar después de comer.

Pascua del 17 de abril de 1960... La Pascua en Rusia... El refulgente cielo azul se enmarcaba en la ventana de mi habitación. Levantándome entoné la canción del libro infantil, la misma que hacía tanto tiempo sembró en mí la semilla de este viaje.

En estos tres días disminuyó la hinchazón de mi pie, la vanidad me indujo a probarme unos anchos zapatos a juego con mi traje color amarillo arena, que me disponía a poner. Metí en ellos los pies y noté que podía moverme mejor incluso que en mis zapatillas de tenis.

Bajé al comedor cuando la mayoría ya había terminado. Y eso estuvo bien, porque no tenía apetito. Las mesas estaban repletas de bizcochos de Pascua, huevos, distintos platos de carne y quesos. Tomé un zumo de frutas y una taza de café. Por fin empezó a salir el tercer grupo, que quería visitar la galería Tretyakov, y fui a coger mis cosas. ¿Vería hoy a Boris Pasternak, cara a cara, tal vez dentro de una hora?

Cuando en el vestíbulo de mi piso entregué la llave a unas mujeres de aspecto maternal, vestidas con delantales negros y blancos, me preguntaron preocupadas si acaso me marchaba ya. No, no, solamente quería hacer una corta visita de Pascua. Comprensivas, se echaron a reír y, al hacerles un pequeño regalo de Pascua, agradecidas, me besaron a la antigua cos-

tumbre. El hall estaba vacío. Salté a la calle. A la izquierda había una parada de taxis. A ciegas me acerqué al primer automóvil. «No, éste es un coche particular. ¡Ahí tiene!», me dijo el chófer, y llamó al taxi. El conductor del taxi parecía asiáticamente impenetrable. Le expliqué dónde necesitaba ir. Conocía el poblado, el nombre de Pasternak no le decía nada o no quería oírlo. El potente automóvil se puso en marcha.

Atravesamos rápidamente la ciudad. La amplia carretera abrió ante nosotros la lejanía, y ante mí se presentó toda la maravilla del paisaje ruso. Los bosques, inmensas llanuras, abigarradas «dachas» de madera. Me eché hacia atrás y saqué los cigarrillos. No me había dado tiempo a sacar uno, cuando ya el conductor me ofrecía una cerilla encendida. Por su gesto deduje que también era fumador y le ofrecí el paquete de cigarrillos ingleses. La extrañeza y la gratitud cambiaron inmediatamente su semblante y le abrieron la boca. ¡Sabía alemán! Me contó que había estado en Dresden, y hablamos amistosamente. En este momento me percaté con claridad de haber alcanzado mi objetivo.

Entramos en Peredelkino por entre una alta valla de abetos. El olor a resina flotaba en el aire soleado. Cuando encontramos a los primeros paseantes de Pascua, familias, ataviadas con vistosas camisas y trajes de fiesta, el chófer preguntó cómo podíamos llegar a la «da-

cha» de Pasternak. Todos se pusieron a hablar al mismo tiempo y al poco rato, pasando entre pequeñas y bonitas «dachas» pintadas de blanco o amarillo, nos detuvimos ante el «Arca de Noé», que tantas veces había visto en fotografías. El chófer, sin hacerme caso, cogió mi maletín y la bolsa con el tocadiscos y subió con ellos por un caminito bastante largo hacia la casa.

Me abrió la propia dueña. La reconocí en seguida, y ella comprendió quién era yo. Me hizo entrar y pasamos al lado de la cocina, en la que se preparaba afanosamente la comida festiva de Pascua. La señora Pasternak habla un poco de alemán y estuvo hablando conmigo. Llevaba un sencillo vestido negro de cuello blanco. En su cara también se reflejaban los sufrimientos que le había proporcionado el destino. A través del comedor me llevó al salón de música, donde me pidió que esperara un momentito: Boris vendría en seguida. Me senté en un canapé azul oscuro; frente a mí brillaba un piano negro y sobre él la pequeña copa de plata que yo le enviara para su cumpleaños. Ahora, cuando el objetivo de mis esfuerzos estaba cumplido de manera tan sencilla y como resuelto por sí mismo, me invadía un profundo sentimiento de tranquilidad. Hubiera podido permanecer sentada así durante horas, pero de pronto tuve la impresión de no estar sola. Volví la cabeza y vi a Boris Pasternak.

Su silueta permanecía inmóvil junto a la

puerta medio abierta. Nos mirábamos el uno al otro, sin movernos. Su cara delgada, apenas morena, era exactamente como yo la conocía por fotografías, se destacaba en el fondo oscuro como un camafeo esculpido en piedra. Pero sus ojos... No eran grises. Dos chispas doradas —según me pareció— estallaron en la oscuridad. Me levanté, y él se acercó despacio a mí. No nos dijimos ni una palabra. Solamente nos abrazamos, como si nos hubiésemos encontrado de nuevo después de una infinita separación.

El no decía nada, todavía no decía nada. Desempaqueté el tocadiscos y estaba contenta de poderle proporcionar todavía otras cosas. Aunque Boris Pasternak estaba lejos, allí donde yo no podía seguirle. Sus ojos parecían haberse convertido en lagos sin fondo. Por fin oí una voz de bajo, tibia. Empezó a preguntarme sobre el viaje, si vivía en un hotel y si el coche en el que había venido pertenecía al consulado alemán. Le conté todo lo que hasta ahora me había acontecido en Moscú. La animación y la alegría aparecieron entonces en su cara. Me pidió que le disculpara. Quería ver cuanto antes a su mujer y hablarle de mí, de lo que había traído. Esto era imperdonable, pero su hijo Lonia se alegraría de un modo especial con el concierto para piano, ya que él mismo lo interpreta. Por desgracia no pudimos oír en seguida los discos, porque aunque en la casa había televisión no era posible conectar el tocadis-

cos. Pero Lonia lo conseguiría. Al volver me dijo: «Ahora te voy a enseñar mi despacho». Subimos por una ancha escalera al piso superior y entramos en una sencilla habitación donde había escrito el «Doctor Jivago». Ese despacho me era tan conocido por fotografías, que me daba la impresión de haber estado ya con frecuencia.

Una gran ventana orientada al sur iluminaba bien la superficie lisa de la mesa escritorio, animada sólo por un pequeño reloj y una lámpara. Una humilde silla de madera que no tenía cojín; en el suelo no había una alfombra que diera calor. Tras la ventana que daba al norte se veía un oscuro y erguido bosque de abetos; también al sur daba un mirador de cristales inundado de sol. Las únicas manchas de color en esta habitación eran los lomos de los libros en una estantería de la pared contraria. Al lado estaba el pupitre en el que trabajaba Pasternak, cuando a causa del dolor de la rodilla no permanecía mucho tiempo sentado. Ahí vi ediciones del «Doctor Jivago» en distintos idiomas; a excepción de éstos, casi exclusivamente libros ingleses, alemanes y franceses. Me asombré de que tuviera tantos. «Te extraña —dijo Pasternak—, y el tenerlos es uno de mis crímenes. ¿Para qué los tengo? ¿Se puede lograr algo si se toma una medida parcial, un trabajo unilateral? ¿Acaso no queremos dar lo mejor que podamos?» Sacó del

cajón izquierdo de la mesa escritorio el manuscrito de «La hermosa ciega», el drama que nacía en él. Lo tuve un rato en la mano y volví a quejarme de no entender el ruso. Otra vez había olvidado casi todo. « ¡Ay! Deja eso, no hace ninguna falta», me tranquilizó Pasternak que hablaba tan bien el alemán, que podía olvidarse que era ruso.

Me recordó los tiempos de Goethe, ese documento, esas infinitas páginas escritas con tinta violeta, con la letra musical de Pasternak... Empezó a hablar de su idea sobre la libertad, que se le venía a la mente al trabajar sobre este asunto; de la libertad que constituye la del hombre como tal. Era una enorme responsabilidad esa libertad, responsabilidad en la que los pueblos y las personas se deben formar.

Luego estuvimos sentados en su mesa, uno frente a otro. Yo miraba desde la ventana el jardín, las praderas en dirección a la aldea de Peredelkino, cuyo campanario se veía a lo lejos. Quería saturarme de este paisaje para tener la posibilidad después de traerlo una y otra vez a mi memoria. Así y todo, presentí que desaparecerían todos estos detalles y nada más que la cabeza y las estrechas y nerviosas manos de Pasternak vivirían en mí como señales grabadas en la memoria. Por lo visto estaba muy ocupado con Thomas Mann y, como disculpándose, dijo que a mí, alemana, tal vez no

debería decirme hasta qué punto no le había satisfecho su último trabajo. No sólo por el contenido de la obra, carente de trascendencia según todas las reglas del arte, sino también por la indiscutible forma de virtuosismo: tal exceso de adjetivos, cinco, seis, ante un sustantivo. Con semejante técnica no es milagro —con esta broma sonrió y acabó el tema— terminar tan pronto unos libros tan gordos.

Su mujer nos mandó una gran bandeja con café y bizcocho de Pascua, pero Pasternak no probó nada. Ahora, con toda la luz, noté su cansada palidez bajo la piel oscura y pregunté preocupada: «¿Te sientes mal?» «¿Acaso no has recibido mi última carta? Te he escrito hace unos días», soslayó mi pregunta, «No, pero la encontraré cuando vuelva. ¿Y qué hay en ella? Dímelo, por favor.» « ¡Ay! Me siento tan feliz de que estés aquí, está bien el que hayas venido. Te escribí que confiaba en que pudieras renunciar al viaje... No, no he estado nada bien durante los últimos tiempos.» Me asusté y le supliqué que fuera al médico: yo temía una enfermedad del corazón y de la circulación sanguínea, y se lo dije. Pero se echó a reír, y dijo: «Si se empieza a visitar a los médicos ¡no acabas nunca! Ahora parece que va pasando todo». Se puso a hablar de su estancia en el hospital en el año 1958. «Yo mismo no comprendo en realidad por qué fui entonces al hospital. Puedes imaginarte que hay

un momento en que no sabes qué hacer después. Era un estado de ánimo horroroso, y no quisiera volver a pasarlo. Si no me hubieras escrito entonces... Esto me ayudó a superar muchas cosas.» Así empezamos a hablar de nuestra correspondencia y de los tiempos felices y difíciles...

La historia del Premio Nobel la concluyó en seguida, contándome la parte esencial del asunto. Sí, le habían aconsejado se trasladara por una temporada a un piso de Moscú porque los del Komsomol se disponían a quemar su casa. Pero no se movió y daba sus acostumbrados paseos. Sólo una vez vio cómo dos individuos se peleaban por culpa suya, porque uno le había llamado traidor. Una auténtica amenaza la constituyó para él entonces y tal vez ahora la publicación hecha por un reportero inglés de la poesía «Premio Nobel». Tan pronto como fue publicada, vinieron a buscarlo sobre las once de la mañana, con un automóvil, y lo llevaron al alto tribunal soviético, donde le acusaron de traición. Pasternak dijo esto con una sonrisa infantil de extrañeza: «Luego, me preguntaron cómo me llamaba, ¡como si no lo supieran! » El hombre que constituía el protocolo le acarició ligeramente la mano, y dijo: «No se preocupe. No le pasará nada». Esto le conmovió mucho. Cuando le advirtieron que harían nuevas investigaciones quiso evitar nuevos viajes y dijo que era mejor que lo dejaran

allí. Sin embargo, hacia las tres de la tarde lo llevaron de regreso. Y cuatro meses más tarde, llamaron a declarar a Olga Ivinska, y esto fue lo más horroroso para él. Explicó asimismo cómo había ocurrido lo de la poesía. El día que la escribió fue a pasear por la mañana. «Tan solo y aplastado como ese día no me había sentido nunca. Estaba desesperado y no podía imaginar qué haría en adelante. Al volver a casa empecé a trabajar de nuevo con estos versos, y mientras los escribía se me caían las lágrimas.» Aún oigo estas palabras como si Pasternak las acabara de pronunciar. En este momento apareció el reportero y le pidió le diera aquella hoja escrita por él. No se le pudo ocurrir que este hombre la publicaría. En el estado de ánimo en que se encontraba, realmente no pensaba en nada, dominado por la tristeza y la desesperación... Observé que en su cara no había ni un síntoma de despecho ni indignación, nada más un gran dolor. Le pregunté qué había pasado desde entonces. «Por ahora nada», contestó completamente bajo y me percaté de la tragedia que se ocultaba en esas palabras.

Pasaron unas cuantas horas, el sol ya estaba alto cuando nos dirigimos a casa de Olga Ivinska. Salimos por una pequeña puerta de rejas directamente al bosque. Una fina capa de nieve cubría, a trechos, el suelo, una solemne penumbra verdosa nos rodeaba. El bosque pa-

recia cantar su canción, cuyas palabras Pasternak transformó en poesía;

...Entre la arcilla empapada  
Donde ha aflorado el suelo desnudo  
Pía con sordina un pajarillo  
Con un problema de unos segundos.  
Como a una caja de música  
Le está escuchando el bosque.  
Alza la voz que retumba  
Y espera mucho tiempo que se pierda el sonido

Estos versos no dejarán de sonar nunca en mi corazón, porque todo «se ha cumplido y confirmado».

Salimos a una ancha calle del pueblo inundada de sol. El lago gris azulado parecía acompañarnos. En los prados de sus orillas se extendía el hálito del verdor primaveral. Pasternak, con un claro traje de verano, caminaba a mi lado como un joven. Con verdadero sentimiento se abrazaba y besaba con los conocidos que encontrábamos. Sacaba continuamente la cartera y con el semblante alegre les hacía regalos. Estaba como transformado. Cuando llegamos a la «dacha» de Ivinska subió corriendo a la colina como un niño. Olga Ivinska ya nos abría la puerta y gritaba: «Me he imaginado que Renata estaba aquí, ya que viene usted tan tarde». Salió a nuestro encuentro ayudándose de un bastón. Se había lastimado

el pie derecho y las dos nos reímos de nuestra misma desgracia.

Luego estuvimos sentados en la habitación de la que yo había leído tanto. Una larga y estrecha mesa estaba adornada con violetas, alhelíos y una rosa de té. Tuve que elegir para mí, de una cestita, un huevo pintado y bendecido; y todavía lo conservo ahora, rojo, como el cinabrio. Parecía no ser la primera vez que nos encontrábamos así los tres. Pasternak traducía inclinándose a derecha e izquierda, porque Olga Vsievolodovna no entendía el alemán ni yo el ruso. Pero no obstante, gracias a Pasternak, parecía que hablábamos el mismo idioma. Bebíamos vino, charlábamos, nos reíamos y éramos felices. Pero ya era hora de marchar a casa. Confiábamos en vernos todavía en el teatro, en la representación de «Los hermanos Karamazov». Eran ya las cuatro cuando volvimos al «Arca de Noé», donde hacía mucho se habían reunido los invitados.

La mesa de fiesta estaba ya puesta en el comedor, y me presentaron a los invitados. Los hijos de Pasternak, Eugenio y Lonia, estudiantes de física —va los había conocido antes—; la viuda del poeta Tizian Tabidse, en cuya casa el matrimonio Pasternak pasó una semana en la crítica primavera de Tiflis; el famoso pianista Heinrich Neuhans, con su mujer; Stasik Neuhans —hijo de Zenaida Nikolaievna, de su primer matrimonio—, también con su

mujer, un matrimonio de escritores de las afueras de Tifus, venido expresamente para ver una vez más a Pasternak.

El aparador estaba convertido en una mesa de Pascua. Las velas, las luces y todas las golosinas que se suelen preparar en Rusia para esta fiesta, la mayor de todas, se amontonaban sobre él. Empezamos por aperitivos fríos y casi no podía ya comer más cuando empezó la verdadera comida, con sopa, aves y legumbres. Con una copa de vodka en la mano, Pasternak dio la bienvenida a sus invitados en un encendido discurso del cual yo, desgraciadamente, no comprendí nada. Pero el propio sonido de su voz y de su idioma, y la tensión de las caras de los oyentes, como encantados, era para mí un regalo. A continuación los invitados, uno tras otro, se pusieron a pronunciar discursos, y Pasternak, que se sentaba a mi lado, me los traducía. Luego se dirigió a mí para decirme que los invitados esperaban el mío. Debo confesar que ni por un minuto pensé en tal posibilidad. Todo esto sucedía a mi lado como un poderoso torrente y me aturdí de tal manera, a causa del apuro, que me olvidé incluso de ponerme en pie. Conté, como pude, nuestra amistad que había empezado a tanta distancia y alcanzaba su apogeo en este encuentro. Di las gracias a todos, y, particularmente, a Zenaida Nikolaievna, por estas horas de fiesta, por el inmerecido y cordial recibimiento en el círculo

de sus amistades. Pasternak fue de nuevo el traductor, y me sentí incómoda por los ruidosos aplausos con que me premiaron. Las altas pirámides amarillentas y rosadas del pastel de Pascua terminaron este festín. Poco después, durante el café, «Alborotador», esa bola de lana blanca con afilados dientes y lengüecita roja, se apretó contra mi pie y se dejó acariciar y mimar. Pero Pasternak no quería dejarle quedarse en la habitación y tuvo que correr de nuevo al patio hacia una gran perra de lana oscura, «Doddy», parecida a un galgo.

Ese día transcurrió demasiado rápido. Apenas el crepúsculo vespertino empezó a entrar por las ventanas comenzó la despedida general. ¡Qué gente tan extraordinaria había conocido! El matrimonio georgiano de escritores Kodshory se ofrecieron a llevarme a Moscú en automóvil. Vivían en un nuevo gran hotel, en Moscú, muy cerca del «Metropol». El escritor era un hombre alto, bien plantado, con un gorro caucasiense, sobre una estrecha y expresiva cabeza, su mujer —una auténtica belleza rusa— con el pelo negro tirante y un temperamento encantador. Había pasado dos años interna en un colegio de Berlín y hablaba magníficamente el alemán. Me dijeron que si venía para el verano fuera sin falta a visitarles a su casa del Sur. Y lo prometí con mucho gusto. Los que se quedaban nos acompañaron hasta el coche. Cuando me volví de nuevo vi la silueta de Pas-

ternak entre los rayos del sol poniente, en la escalinata de su casa. Sobre la tierra tranquila descendía lento el anochecer. .

\* \* \*

El lunes fuimos al monasterio de Sergio y de la Santa Trinidad, a unos setenta y cinco kilómetros de Moscú. Otra vez íbamos por una ancha carretera en cuyos bordes los abetos y los álamos se perdían en infinitas lejanías.

Después de casi tres horas de viaje brillaron, coronadas por cúpulas de oro, las blancas torres. Pronto nos detuvimos ante el conjunto de edificios del siglo XIV, donde está instalada la academia eclesiástica. En la catedral principal oficiaban la misa de Pascua. El olor a incienso flotaba en la enorme iglesia con columnas, y las velas ardían ante el iconostasio. En los peldaños de las escaleras había gran número de viejas con delantales de algodón y pañuelos en la cabeza, sentadas junto a las cestas con provisiones. En las iglesias y capillas se apretaban innumerables fieles que cantaban a coro, respondiendo a las preces de los sacerdotes. Atraída por los cánticos entré en una estancia circular en la que ardía un mar de finas velas rojas. No me había percatado de que estos sonidos, sin acompañamiento musical y sin dirección, eran tan sólo las voces de los creyentes. Un milagroso manantial salía de una piedra junto al altar. El sacerdote, al verme entrar,

se acercó y me ofreció un vaso de agua bendita.

Por desgracia nuestro tiempo en el monasterio fue demasiado corto para percibir todo lo que yo hubiera querido. De todos modos me llevé de recuerdo a Alemania dos iconos de la «Madrecita Rusia», la que al parecer todavía se venera aquí. Con mis fotografías, sin embargo, ocurrió una desgracia irreparable. Uno de los jóvenes integrantes de nuestro grupo sacó tan torpemente el carrete de la máquina que veló toda la película con las mejores fotografías de Pasternak, de sus habitaciones adornadas para la Pascua, Peredelkino y Olga Ivinska y su «dacha» y algunas otras de Zagorsk.

Por la noche fui al teatro Bolshoi a ver la ópera de Prokofieff, «Guerra y paz», según la novela de Tolstoi. Nuestro amable intérprete Igor, un intelectual de pelo negro, a última hora me consiguió una entrada en una de las primeras filas del patío de butacas. Una atmósfera de fiesta llenaba la sala, tapizada de peluche rojo y oro. Los padres llevaban a sus hijos; había niñas de trece a catorce años con largas trenzas y limpias caras infantiles. En los palcos podía verse a los diplomáticos extranjeros con sus esposas, con brillantes joyas y pieles. Estaba sentada al lado de unos jóvenes oficiales de la marina. Escuchaban con mucha atención, y de sus caras había desaparecido el militarismo juvenil.

Yo no esperaba un espectáculo tan maravi-

lloso. Me parece que lo esencial de esa ópera de tan tradicional colorido ruso no puede ser superado por ninguna representación extranjera. En la segunda parte había cierto tono tendencioso. ¡Pero qué orquesta! ¡Qué voces y qué decorados!

El martes estaba reservado a visitar el Kremlin, con sus tres catedrales: Uspenski, donde se coronaban los zares rusos; Arcangelsk, donde están enterrados los grandes príncipes moscovitas hasta la época de Pedro, y Blagoveschenski, que servía de capilla particular a los zares.

La sala de armas está convertida en museo donde se guardan objetos que fueron propiedad particular de los zares. En altas vitrinas, bajo cristal, estaban los regalos traídos por los embajadores de las casas reinantes, sobre todo ingleses, alemanes y holandeses. La mayor parte eran objetos de plata y oro del siglo xvi, relojes y objetos de mesa y escritorio. Los tronos ricamente adornados. Las carrozas con piedras preciosas y las sillas de montar destinadas a lucir los vestidos de brocado de las zarinas. Lo que más me llamó la atención fue el regalo de Federico el Grande de Prusia, tan poco próspera en aquellos tiempos: una carroza dorada, adornada de piedras preciosas, a la que estaban enganchados seis caballos de imitación. Una riqueza difícil de imaginar estaba reunida en estas salas de «nuestros zares», según la expresión del guía.

De paso nos llevaron al mausoleo, junto a la pared del Kremlin, donde rodeados de plantas siempre verdes yacían los féretros de cristal de Lenin y Stalín. Lenin con traje negro. Stalin con su capa azulada con vueltas rojas. Los proyectores inundaban sus cabezas de luz. Ese día se celebraba precisamente el aniversario de Lenin; los colegiales con uniformes de pioneros pasaban en interminables filas y depositaban flores y coronas junto a la pared del Kremlin.

La noche teatral que habíamos acordado con Pasternak no tuvo lugar, ya que la señora Pasternak se sentía inquieta. Me parecía lógico renunciar al teatro si esto amenazaba nuevos disgustos. Por el contrario, Boris Leonidovich parecía no preocuparse en absoluto. «Nadie se imaginará quién soy si voy al teatro», dijo, y añadió que se sentiría contento si publico en la prensa alemana mi viaje a Rusia. No veía ninguna necesidad de ocultar mi visita a su casa. « ¡Aquí todos saben todo! »

El miércoles 20 de abril fui por última vez a Peredelkino. Mientras me bajaba del taxi, Pasternak salió hasta la cancela a mi encuentro por el jardín inundado de sol. Y otra vez pasé todo un día inolvidable en el «Arca de Noé». Esta vez le traje de parte de mí sobrino, V. Heinrich, el «tigre» del que ya le había hablado. Era una gran acuarela sobre cartón duro, que había pintado un niño de nueve años en los días que a Pasternak le otorgaron el Premio

Nobel. Una de las patas del tigre, que paseaba por un fondo azul cobalto, era negra. El niño explicó a su madre que el tigre tenía que ser así, no sólo por figuraciones «de composición», sino también porque Pasternak había recibido en Rusia la «pata negra». En el anverso escribió con su letra de niño: «el sufriente Boris». Por qué en aquellos dramáticos días había elegido precisamente un tigre como expresión del sufrimiento vivo se explica —por lo visto— en una lejana asociación con la traición y el hacer prisioneros. Siendo un niño muy pequeño, vio un tigre en una jaula, y se impresionó tanto a la vista de la inquieta fiera, tras la reja, que se deshizo en lágrimas. Su acuarela me pareció un comentario del alma infantil al Premio Nobel de Pasternak. Al ver el cuadro, Pasternak exclamó: « ¡Pero sí esto es un pequeño Chagall! ¡Ahora mismo voy a colgarlo! » Me obligó a hablar con detalles sobre el niño, y en seguida, en presencia mía, le escribió una tarjeta de agradecimiento, que se guarda ahora como un tesoro.

Sobre la mesa escritorio de Pasternak estaban los libros que yo le había traído, y su mayor interés lo había despertado «Cultura y Ética», de Albert Schweitzer: « ¡Si tuviera tiempo para leer todo esto tranquilamente! » —dijo con aspecto triste—. «Lo que dice este hombre es tan importante y nuevo para mí. ¡Qué conversaciones tendríamos si fuera posible! ¡La veneración ante la vida, sí! Los sufrimien-

tos de las mujeres me afectaban profundamente ya en mi primera infancia. Me han escrito muchos alemanes y entre ellos una mujer, cuya vida es muy trágica. Acabo de escribirle estas dos páginas, pero ante mi falta de tiempo será quizá mi última carta. Y aquí está la de un artista de teatro de marionetas que pide ayuda, como lo hacen otros.» Sobre la mesa apareció un montón de cartas que me desconcertaron. Boris Leonidovich se dio cuenta de mi reacción y me tranquilizó: «Ayudar en la desgracia con dinero —cuando esto es posible— es lo más fácil. Voy a hacer que pongan a tu nombre cinco mil dólares y tú podrás distribuirlos de mi parte, como ayuda, según creas conveniente. Tú conoces mis ideas sobre la fortuna y la propiedad. En este mundo somos huéspedes. El valor del dinero es tanto cuanto permite libertad y tranquilidad para el trabajo, que es nuestro único deber».

Me daban ganas de sollozar pensando en sus propios agobios, y resulta que ahora ¡tenía yo que distribuir su dinero! ¿Miraba por casualidad los dibujos de su padre? Eran ilustraciones para «Resurrección», de Tolstoi, colgadas en la pared cerca de su pupitre. ¡Qué honda vivía en Pasternak la influencia de este famoso escritor ruso! Dan ganas de decir: «Como una poética veneración». La filosofía le había enseñado las fronteras de la metafísica y en la cuestión del trato del hombre hacia

el mundo, en el resultado de sus propias ideas, encontró la respuesta en el amor activo.

Luego estuvimos viendo las fotografías que yo llevé. Cuando le enseñé las de mi casa y sus alrededores, Boris Leonidovich preguntó: «A Lankwitz hay que bajar por la avenida del Kaiser, ¿no es cierto?» Ante mi asombro, sonrió y dijo: «¡Oh! La última vez pasé todo un año en Berlín, en 1922. Viví entonces en Fassannenstrasse. Sí, Berlín me gustó mucho, pero para un escritor es importante vivir en su propia nación. La penuria que atravesaba entonces Berlín me torturaba tanto que cada noche me compraba una botella de coñac y leía a Dickens para olvidar aquella indigencia». Empezó a recordar los nombres de los artistas y pintores de entonces, el chocolate marca «Sarrotti» y los cigarrillos «Reemtsma». Parecía haber estado en Berlín hacía poco.

Hacíamos planes para el verano y para el año próximo. Yo no dudaba en absoluto de volverme a encontrar en esta habitación al cabo de dos meses. Muchas cosas sobre las que quería preguntar y saber las aplazaba conscientemente por este motivo, para entregarme por completo a lo que surgía por sí mismo y por casualidad. Incluso hablamos poco de música. En todo caso me dio tiempo para asombrarme de que el violín —como instrumento solista— no le gustaba. El órgano, según su criterio, sí era un instrumento capaz de expresar todo lo importante y lo posible de la música. Sólo de

la obra de Bach el aria de la «suite» en *re* mayor, dirigida por Furtwängler, dijo: «Sí, oyéndola te transformas en lágrimas». Y como sometido a una próxima corriente oculta del pensamiento, prosiguió: «Cuando yo muera no escriba un libro sobre mí... Pero ¡déjeme hablar a mí mismo! » En ese momento me acarició con su fina mano y le pedí no hablara de cosas tan terribles.

Nos llamaron a la mesa. Con la señora Pasternak y la señora Tabidse comimos juntos la última vez. Vi que Boris comía poco, aunque su mujer preparaba platos exquisitos. Le pregunté bajito a ella: «¿Qué, siempre come tan mal Boris?» « ¡Ay, sí! —contestó—, come un poco de sopa y eso es todo.»

Cuando hablé de mi próxima partida, Pasternak preguntó: «Así, ¿cuándo vienes otra vez?» «En julio, como estaba previsto, pero solamente a condición de que cada uno de ustedes me diga lo que tengo que traerle.» Pero nadie quería contestar a mi pregunta. Al fin conseguí enterarme de todo. Boris Leonidovich hacía mucho tiempo que tenía que haber recibido un traje negro, que no le mandaron nunca. Convencí a Tania —que precisamente recogía la mesa— de que me trajera un metro. La señora Pasternak, por fin, cedió a mi petición, y Boris Leonidovich, de mala gana, se puso a anotar las medidas. Entonces Tania pidió una aguja para la máquina de coser. Para indicarme las agujas que eran necesarias, me

llevó a su habitación, y Boris Leonidovich se sentó y desatornilló la aguja para muestra. Cuando la señora Pasternak pidió al chófer que me llevara de nuevo a Moscú, Boris de pronto dijo: « ¡Ay! Ahora se acerca el último momento». Y poco después: «¡Y ahora, de verdad, el último! » Subimos otra vez a su despacho donde para despedida me puso en su libro de versos «Cuándo distraerse»:

«Renata Schweitzer

En recuerdo de tu visita. Estoy casi dispuesto a decir que eres como César: *Venisti, vidisti, vincisti*, viniste, viste y venciste. Pero mejor, diré otra cosa. Has visto un fragmento de verdad, has visto mucho auténtico, tal y como merece ser visto. Tengo ganas de que no te arrepientas de tu viaje. Adiós, amable amiga, vive tranquila, feliz, a tus anchas, con éxito. Feliz viaje. El futuro no nos separará.

Tu B.

En la habitación, con las manchas brillantes de las mariposas con las que cada noche tengo que luchar cuando enciendo la lámpara.»

Quería entregarme por completo a la esperanza de que pronto nos encontraríamos de nuevo y ahogaba en mí cualquier pensamiento de la «posibilidad de lo imposible», que en último extremo podía encontrar en los acontecimientos internos. Me obligué a adelantar el

tiempo con el pensamiento para no amargarme sin necesidad la despedida. Nos abrazamos todos la última vez. El automóvil cruzó el jardín. A través de las lágrimas, que ya no era capaz de retener, vi cómo Pasternak permanecía solo en la escalera. Su espeso y suave cabello se movía al viento, los perros estaban tumbados a sus pies. Permanecía inmóvil.

\* \* \*

La última mañana en Moscú nos llevaron a las montañas de Lenin para ver la Universidad. Es en realidad un barrio totalmente apartado. Unos enormes edificios, blancos como la nieve, se alzan como pirámides sobre fríos jardincillos públicos, y la torre de treinta y tres pisos se yergue sobre la plata que afluye a la ciudad desde el río Moscova. Entre los estudiantes se pueden encontrar de muchas nacionalidades. Junto a los negros azulados, altos como palmeras, pasan los graciosos chinos; se oye hablar inglés y francés, y diferentes lenguas asiáticas. La entrada a la Universidad, que lleva el nombre de Lomonosov, sólo se autoriza a los extraños con permisos especiales. Este fabuloso complejo consta de veintisiete edificios principales y diez auxiliares, en los que viven el sesenta por ciento de los estudiantes.

Comoquiera que hasta la comida quedaba tiempo libre, decidí ir al museo de Pushkin

para ver los impresionistas franceses. Me dijeron que había allí una extraordinaria colección. Por desgracia las salas que me interesaban estaban cerradas por obras. Nada más vi en el pasillo el maravilloso Corot «Mujer en el bosque». Así llegué a los flamencos. «Retrato de una anciana», de Rembrandt y dos grandes Rubens eran los mejores cuadros de esta sala.

Por la tarde empezó el arreglo de las maletas. No podía imaginar mi vida normal en Berlín: mis pensamientos ya estaban ocupados con la preparación del viaje de julio. Estaba impaciente por abandonar ya la habitación del hotel. A las cinco y media el autobús nos llevó a la estación, y a las seis y media el tren se puso en marcha. A última hora tuve tentaciones de saltar a tierra. Me invadió una sensación extraña, como si no fuera a volver. Trataba de imaginarme todo lo vivido en los últimos días. Pero no podía. Sólo el humor de la señora G. —de nuevo íbamos juntas— me tranquilizaba. Me contó cosas de su familia y regresaba más satisfecha que la vez anterior. En las largas horas de viaje pensé mucho en Rusia.

Durante mi ausencia brotaron las hojas y flores de primavera, en casa me esperaba la prometida carta de Pasternak y un telegrama. Al abrirlo no me di cuenta de que venía de Moscú. Sonaba como una estrofa de una poesía. Decía:

«Entristezco lamento guardo cada sonido voz  
envío saludo adoro con corazón cansado Boris.»

Después leí la carta que Pasternak había escrito poco antes de mi viaje a Moscú.

14 de abril de 1960

Querida Renata:

Los últimos tiempos no escribo cartas, no siempre me encuentro bien. Pienso que vas a venir en estos días de Pascua y temo que te espera una gran desilusión. No lo digo por mí —aunque eso también—, sino por todo lo demás, de la suciedad y el desorden, de todo el cuadro fatalmente hecho por nosotros mismos en el intento imposible de construir la vida que nos rodea. Si renunciaras a la idea de venir aquí, sería quitarme un peso de encima. En cierta ocasión recibí una sonriente fotografía tuya con dedicatoria y te contesté en seguida. Me gusta mucho la fotografía. Antes ya hubo interrupciones en nuestra correspondencia. Ahora tendrás que esperar hasta que de nuevo empiece a escribirte. ¿Te han mandado ya mi libro «Cuándo distraerse»? Es una extraordinaria traducción al alemán. Ya verás hasta qué punto es mediocre y banal la auténtica existencia, según esta exacta y magistral traducción. Los malos traductores engañan al lector y me han convertido, gracias a la poca

claridad de sus traducciones, en incomprensible, pretencioso, confuso. No vengas aquí. Te abraza

Tu B.

Qué contenta estaba de no haber leído antes esta carta. Me imaginé el pánico que hubiera experimentado si la carta hubiera caído antes en mis manos. Al cabo de unos días vino otra carta...

Jueves, 21 de abril de 1960

Acabo de volver de la oficina de teléfonos, donde ahora mismo —entre las dos y las tres de la tarde— he tratado de telefonearte. ¡Cómo me faltas! Qué lástima me da no fuera anteayer —naturalmente, no se podía ni soñar con encontrarte en tu habitación el día de tu partida.

Has entrado tan hondamente en mi alma y en mi vida. Te doy las gracias y te quiero. Todavía llegarán y ocurrirán muchas cosas.

Tu B.

Esto es lo único que quería y quiero decirte. Si quieres aceptar un encargo mío entonces transmite, por favor, mis recuerdos —si te agrada— a Elise Hebel y Bern Hentz y Emma Bessel en Hamburgo, y pregúntales otra vez si recibieron mi carta y mis libros,

Empecé a hacer nuevas compras: concierto de Bach para órgano, que le gustaba a Paster-nak, con relación Albert Schweitzer; el concierto de Brandemburgo, dirigido por Munchinger y las sinfonías de Beethoven bajo la dirección de Furtwängler. Pero de pronto caí enferma. Escalofríos y una fiebre alta. No me dolía nada, y el médico no podía establecer un diagnóstico. Cuando al cabo de algunos días me levanté de la cama llegó una carta de Moscú, del 25 de abril, que casi me pareció una explicación a mi enfermedad.

25 de abril de 1960

Te escribo en la cama. Hace ya cinco días seguidos, empezando desde el jueves, tengo horribles dolores en todo el pecho, la espalda y el hombro izquierdo. No sé qué es. ¿Angina de pecho? ¿Cáncer de pulmón? Esta noche vendrá el especialista. Te escribiré entonces lo que diga y lo que pasará después.

Tanto mayor es mi alegría de que hayamos llegado hasta el final en nuestro conocimiento y en nuestro amor. Ese infinito y amable pasado tan próximo es todavía un cercano anteayer en estos días de horribles dolores corporales, cuando con tanta tranquilidad pienso en la muerte, me parece lleno de luz y promesa tal como en el transcurso de toda mi vida era para mí el futuro.

Ha venido el médico. Nervios, neurosis. Pero el dolor en el omóplato izquierdo es tan cruel como insufrible. Recetas, temporales prohibiciones, prohibiciones, prohibiciones, estar acostado, no poner los pies en el suelo, etc., etc.

En la cuestión de ayudas de mi parte no te hagas problema. Exigirá todavía mucho tiempo —meses enteros—, habrá que actuar a través de F, No puedo escribir más, me ahoga el dolor del corazón.

¡Mortalmente enfermo, en medio de sus sufrimientos pensaba en el futuro de gentes totalmente extrañas para él! Esto me parecía superior a las fuerzas humanas. De todos modos estaba tan ciega que no me daba cuenta de que se moría. Creí en la enfermedad de los nervios, le pedí que se cuidara y mandé un paquete de cosas que me parecían necesarias. No se me pasaba por la imaginación que ya no lo recibiría.

Y cuando el 6 de mayo llegó el telegrama, no acertaba a creer todavía que era la última noticia de Pasternak vivo.

«No hay peligro inminente pero insufribles torturantes dolores en pecho hombros espalda tercera semana en cama adiós deseóte alegría fructífero trabajo Boris.»

De lo que aconteció en las semanas siguientes--., al recordarlas, me parece casi imposible escribir algo sobre ellas. Cuando leí, publicado en las revistas, el diario de enfermo de Pasternak: «Si me pongo peor quisiera que llamaran a mi casa a mis amigos», hice mi petición de visado, que me concedieron para el 2 de junio.

La noche del 30 de mayo estaba ante mi maleta abierta, en la que me disponía a colocar mi bata blanca para el caso de que me dejaran cuidar a Boris Leonidovich. De pronto se me cayó todo de las manos y tuve que sentarme en un sillón. Un azul blanco asomaba por las ventanas, no había luna ni estrellas, el viento no empujaba ni una nube. Mi mano buscaba de modo inconsciente la radio para sintonizar las últimas noticias. La transfusión de sangre había ido bien, tal vez quedaban esperanzas. Escuchaba la voz del locutor, después de cada frase esperaba la noticia. No había nada.

El 31 de mayo, a primera hora de la mañana, conecté la radio. La voz crecía lentamente: «El escritor ruso Boris Leonidovich Pasternak, en la noche...». Por segunda vez en mi vida, la cruel noticia llegó a mí por radiodifusión.

Bajo tres altos pinos Boris Pasternak fue descendido a su natal tierra rusa. Más de tres mil personas —la mayoría jóvenes—, que comprendían que había escrito y sufrido por ellos, lo acompañaron en su último viaje y lo enterraron en un mar de cariño y de flores. En

ataúd abierto, los hijos y los amigos lo llevaron a través del día primaveral y llenaron de flores los alrededores de su tumba. No hubo discurso funerario. El mismo Pasternak lo hizo en su «Doctor Jivago», donde todo estaba ya dicho, todo cuanto puede servir para esclarecer su existencia: «La vida significa siempre una cosa: esforzarse hacia la cumbre, hacia la perfección, subir siempre más y más alto, tratar de alcanzar la meta». Boris Pasternak alcanzó la meta.

Como la entraña de la catedral  
En ilimitada extensión y a través de la ventana  
El lejano eco del coro  
Me hace falta escuchar a veces  
La naturaleza, el mundo, el escondido universo.  
Yo, de tu largo servicio,  
Lleno de secreto estremecimiento,  
Con lágrimas de felicidad, me alejo.

Como un final conciliatorio suenan sobre los sufrimientos de Pasternak en estos últimos versos suyos.

APÉNDICE

*POESÍAS*

*de*

*RENATA SCHWEITZER*

VIERNES SANTO

Palideció la noche en que Le traicionaron.  
Se puso el sol —nubes entoldadas—  
Se detuvieron sobre el negro Gólgota  
Donde Dios abandonó esta tierra.  
Coronada de espinas la cabeza en una indecible  
[ofensa  
Ya se ha inclinado, como muerta.  
No gritará el pájaro, la tierra se balancea y es-  
[tremece,  
Llora el viento en el Huerto de Gethsemaní.

La mañana se torna profunda noche.  
En el último suspiro sale del alma de Cristo  
El consuelo para las gentes: «Padre, en tus  
[manos  
Encomiendo mi Espíritu. ¡Todo se ha consu-  
[mado! »

EL ÁNGEL

Muy alto, por encima de las nubes, Dios me ha  
[llevado  
Y me ha fortificado, y descubriré la ofensa del  
[mundo.  
El que cree en mí oye el movimiento de mis  
[alas  
Y ve mi luz que le alumbró el camino.

Gustoso me inclino hacia todos los que piden  
Y alivio las dificultades del corazón.  
En mi irradiación está la fuerza, que templa a  
[los desesperados  
Y mis manos conducen dulcemente hacia la  
[tranquilidad.

Irradio de las benditas profundidades del amor  
Iluminadas, en los días creados, por el brillo  
[de las lágrimas.  
En mi alma se hace palabra la eternidad.  
Y proclama el milagro a los oscuros destinos  
[humanos.

LA TUMBA

¡Nieve blanca sobre la tumba de Orfeo!  
Se inclinan miles de estrellas  
Inquietas y trepidantes  
Como los sonidos de sus canciones.

Una blancura silenciosa cubre  
Las tinieblas del sepulcro del cantante.  
En silencio mis manos arreglan  
Las flores en la nieve centelleante.

Duerme, mi Orfeo. A través del plumón  
De este paño mortuorio  
Casi no se oyen mis pasos.  
El perfume de las rosas está destinado a des-  
[pertarte  
Y, superando los días de la separación,  
Revelarte a ti mi amor.

## EL ÁLAMO

¡Muerte, mira el álamo! Afilado por los vien-  
[tos  
Sus esbeltos brazos tiende hacia los cielos,  
Inclinando el tronco que se mece. La lluvia  
[lame  
Las verdes y lisas hojas. Bebe con avidez

El aire no enrarecido.  
Vibran los relámpagos en la distancia que os-  
[cila.  
Desde las nubes, más negras que la noche, ruge  
[el trueno  
Pero el árbol señorea en la tormenta como un  
[zar.

¿No es parecido a Orfeo, cuando el poder de  
[los sonidos  
De los primeros versos creados se agitaban en  
[su espíritu  
Y se postraba con él o vencía  
En la lucha del sol contra las tinieblas?  
¡Sé, pues, indulgente, árbol! No lo destruirá  
[el rayo  
Mientras yo vague en mi clara soledad.

## LAS OVEJAS

Van errando entre balidos  
Las silenciosas, maternas y tiernas ovejas,  
Y pacen tranquilamente en las pendientes de  
[las laderas  
El pasto de los cerros, hasta el sueño del verano  
En una noche estrellada. Las sobrevuelan las  
[gaviotas  
De grito único y violento.  
Se arriman los corderos hacia el cúmulo de lana  
De los cuerpos maternas, sobre débiles pe-  
[zuñas.  
Y descansan como los niños, después del juego,  
Abrigados bajo el calor del vientre  
Les cantan una canción de cuna,  
Bajo el velo de la noche están como en casa.  
Cómo le gustaban a Orfeo estos blancos re-  
[baños  
Llenos de silencio en el tráfago mundano.

LA GRAN CIUDAD EN INVIERNO

En un mar de luces multicolores se refleja he-  
[chicero  
En el asfalto negro y mojado.  
Las fachadas, los anuncios luminosos y pode-  
rosos  
Irrumpieron multiformes en aquella época.

Y cada ruido que traen los motores  
Acelera el latido del pulso de las calles ilumi-  
[nadas.  
Con un sordo zumbido se detiene en las esqui-  
nas  
Y se precipita incontenible en la corriente de  
[la muchedumbre.

La vida borbullea en la red extendida  
En el laberinto de la risa, los bostezos, el co-  
[mercio  
Donde se buscan tesoros no vistos.  
Pero me parece ver la oscuridad y las lágrimas  
Y un cruel vacío que se esconde en las esquinas  
Y un mortal suspiro que hiela mi sangre.